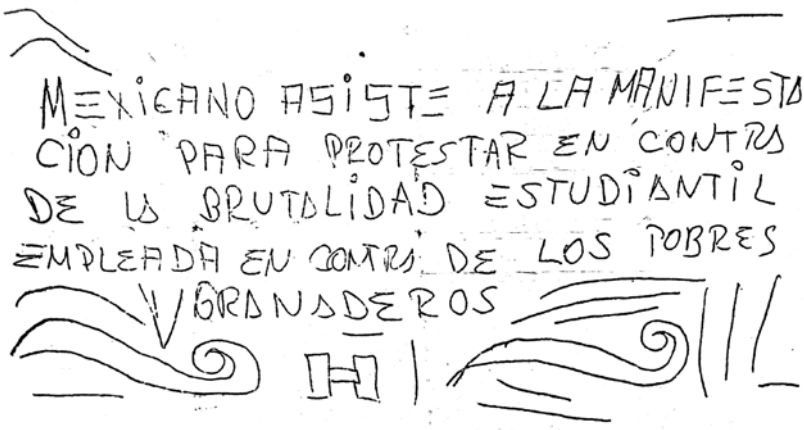
Agosto 68

Historias de amor rebelde

Salvador Ruiz Villegas

MEXICANO ASISTE A LA MANIFESTA-
CION PARA PROTESTAR EN CONTRA
DE LA BRUTALIDAD ESTUDIANTIL
EMPLEADA EN CONTRA DE LOS POBRES
GRANADEROS



Agosto 68

Historias de amor rebelde

[A partir del libro MALKHUT,
publicado en 2008 por el autor]

HAZ EL AMOR
NO LA GUERRA

AMOR Y PAZ

LA VIRGINIDAD
PRODUCE CÁNCER,
VACÚNATE!

PROHIBIDO PROHIBIR

ENTRE + HAGO EL AMOR
+ GANAS TENGO DE HACER
LA REVOLUCIÓN

AGOSTO 68

Historias de amor rebelde

Salvador Ruiz Villegas

prólogo de Paco Ignacio Taibo II

TLATELOLCO
centro cultural universitario

Brigadistas es una colección del Centro Cultural Universitario Tlatelolco-UNAM, dedicada a la recuperación y divulgación de la memoria de procesos de resistencia política y social en México.

Agosto 68. Historias de amor rebelde,
de Salvador Ruiz Villegas

Primera edición bajo el nombre de *Malkhut*, 2008
Primera edición en la UNAM: agosto de 2019
D.R. © 2019 Universidad Nacional Autónoma de México
Ciudad Universitaria. Delegación Coyoacán, C.P. 04510, México, Ciudad de México.
Centro Cultural Universitario Tlatelolco
Ricardo Flores Magón 1, colonia Nonoalco-Tlatelolco, Delegación Cuauhtémoc, C.P. 06900, http://ccutlatelolco.com/

D.R. © del texto, el autor

ISBN de la obra: 978-607-30-2019-0

Editor: Ricardo Cardona / rcardona@unam.mx
Cuidado de la edición: Ricardo Cardona
Diagramación, formación y
diseño de portada: Mariko Lugo
Transcripción: María Buss
Ilustración de portada: Estelí Meza

Esta edición y sus características son propiedad de la Universidad Nacional Autónoma de México. Prohibida la reproducción total o parcial por cualquier medio sin la autorización escrita del titular de los derechos patrimoniales.

Impreso y encuadernado en México

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

Enrique Graue Wiechers
Rector

Leonardo Lomelí Vanegas
Secretario General

Leopoldo Silva Gutiérrez
Secretario Administrativo

Jorge Volpi
Coordinador de Difusión Cultural

CENTRO CULTURAL UNIVERSITARIO TLATELOLCO

Ricardo Raphael
Director General

Carlos Jiménez
Jefe de la Unidad Administrativa

Ander Azpiri
Subdirector Académico

Paola Zavala
Subdirectora de Vinculación

Yuridia Rangel
Secretaria de Planeación

Eunice Hernández
Coordinadora del M68 y colección
Ciudadanías en Movimiento

A mi familia:
Blanca, Salvador, Rodrigo y Gabriela,
mi religión.

A mis padres y hermanos;
a mis amigos y amigas.

A todos los que de alguna manera
participaron en el Movimiento Estudiantil de 1968
y compartieron nuestros sueños.

MEXICO 68

PARTICIPA EN LA GRAN MANIFESTACION DE PROTESTA, EL PROXIMO MARTES 27 DE AGOSTO A LAS 17 HS. DESDE EL MUSEO DE ANTROPOLOGIA, MASIVA Y POPULAR CONTRA LA INJUSTICIA SOCIAL, LA ANTIDEMOCRACIA Y LA OPRESION.

FACULTAD DE DERECHO
DE CHAPULTEPEC AL ZOCALO

Sin ánimo de exagerar,
podemos decir que se juegan en esta jornada
no sólo los destinos de la Universidad y el Politénico,
sino las causas más importantes, más entrañables
para el pueblo de México.

Javier Barros Sierra

Yo no tengo más armas que las ideas...

Heberto Castillo Martínez

Índice

13 ***La vida es cuento***
Prólogo de Paco Ignacio Taibo II

17 ***Presentación***

21 *Clases*
REMEDIO PARA UNA OBSESIÓN AMOROSA

31 *El anarquista*
TRAVESURAS DE LA REVOLUCIÓN SEXUAL

39 *El espejo*
EL BANQUETE PERDIDO

55 *El Pájaro*
LA DANZA DE LAS LUCIÉRNAGAS

61 *Gabriel*
DOS DE OCTUBRE: DRAMA DE AMOR Y MUERTE

65 *Jesuso*
DOS NACIMIENTOS

71 *La carta*
EL DESENGAÑO

75 *Las cuatro vírgenes [4V]: el pacto.*
PARA CURARSE DE LA VIRGINIDAD

81 *Las 4V: Marcela*
AMORES *GRILLOS*

93 *Las 4V: Cecilia*
¿Y ESO ES TODO?

99 *Las 4V: Sara*
FUEGOS DE ARTIFICIO

103 *Las 4V: Carmen*
EL FIN DE LA INOCENCIA

107 *Los amigos*
HERMANOS DE SUEÑOS, HERMANOS DE SANGRE

113 *Malkhut*
UNA HISTORIA DE TODOS O DE NADIE

127 *Marianne*
¡VETE POR EL ARMAMENTO!

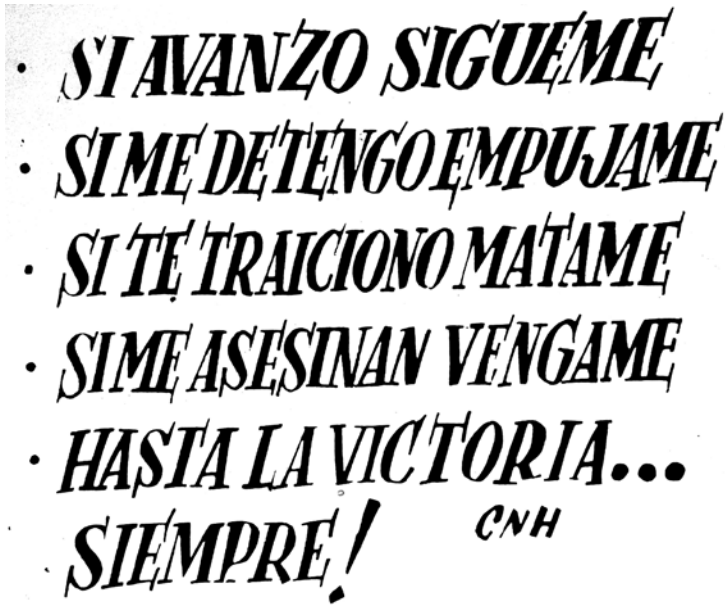
133 *Nacho*
MIRAR DE FRENTE

137 *Toño*
MUÉSTRENME SUS CREDENCIALES

145 *Zapata*
UNA YEGUA DEMASIADO FINA

159 ***Semblanza del autor***
Agradecimientos
Créditos de imágenes

LA VID


· SI AVANZO SIGUEME
· SI ME DETENGO EMPUJAME
· SI TE TRAICIONO MATAME
· SI ME ASESINAN VENGAME
· HASTA LA VICTORIA...
SIEMPRE!
CNH

La vida es cuento

prólogo
Paco Ignacio Taibo II

I

Ellos desde luego pensaban que eran inmortales. Estaban absolutamente convencidos de que el pasado, el presente y el futuro eran material intercambiable tan sólo en un ciclo de 24 horas. Era la consecuencia de no tener demasiado pasado, de tener un exceso de involuntario respeto al presente y de no haberse puesto a pensar seriamente en el futuro. Por lo tanto, ni siquiera intuir que existía el futuro.

Ellos creían fielmente en la multitud de inexistentes paraísos que en aquellos años estaban de moda, y desde luego no participaban de la maligna frase de Paul Nizan, que hacía de la adolescencia y la juventud una desgracia irreparable; aunque la citaban frecuentemente, pasando por Malraux.

Ellos hablaban de sí mismos como si fueran volátiles, efímeros, como si estuvieran siempre al borde de la desaparición o la consagración. Parecían desgastados héroes deportivos, discípulos de un Houdini maoísta dotado del sentido del humor, o personajes de un Rulfo leninista, urbanizados por 50 años de magia repetitiva.

Ellos intuían que nada era totalmente imposible.

Fueron al movimiento convencidos de que México, esa extraña cosa que inventaban los corridos de Jorge Negrete y que todos los días confirmaba el Alí Babá priista y sus cuarenta ladrones y las emisiones de televisa, podía ser otra cosa.

Quizás la culpa la tenía el clima, la atmósfera irreal que se vivía en la Ciudad de México de los años setenta, las perniciosas lluvias de aquel septiembre.

Eran días en los que las ilusiones se desvanecían sin dejar el regusto de la derrota, porque habían sido substituidas rápidamente por otras nuevas igual de flamantes y rotundas.

Ellos vestían camisas blancas y azules de algodón (de ésas que quién sabe por qué concesión imperialista llamaban *oxford*) y pantalones vaqueros levemente acampanados, sin llegar a las patas de elefante. Ellas usaban blusas rosas y azules pálido, con bordados mexicanos y pantalones vaqueros, porque la minifalda no era una buena compañera para entrar en las tardes y salir en las noches de los barrios obreros y andar boteando en los camiones.

Ellos y ellas recorrían impávidos —como *peterpanes* y *campanitas* al timón del acorazado Potemkin— una ciudad sucia y áspera donde si te descuidabas te podían romper las medias con una navaja, robarte las ilusiones, torturarte, meterte en el suelo de una patrulla azul y romperte la mandíbula a patadas, sacarte un ojo con una punta de varilla, llevarte entre las patas de los caballos, rellenarte los pulmones de gas y las costillas de palos.

Ellos y ellas creían que eran inmortales e incorruptibles. El tiempo, que es una mierda, se encargó de demostrarles lo contrario, o una variación: algunos serían corruptibles, todos eran mortales.

II

El 68 es memoria, de la mejor de las memorias. Aquélla que se comparte y se presta, se hereda y se regala. Es memoria honorable, repleta de dignidades.

Veinticinco años más tarde las memorias del movimiento del 68 retornaban amorosas, incisivas, a veces rasposas, cáusticas. ¿Por qué esta endiablada vigencia de los fantasmas?

Puedo explicar fácilmente cómo me afectan a mí, que he sido formado moralmente de esas espumas, que hasta en los malos días recobro imágenes sueltas (David Cortés enfrentándose a una tanqueta con una varilla; los ojos extraviados de Héctor *el Chilito*, cuando los blindados recorrían la explanada de Ciudad Univesitaria; el menú de la ocupada cafetería de Ciencias Políticas; algunas y muy personales sensaciones del miedo, la gloria y el amor). ¿Y a los demás? ¿Era pura nostalgia que se desenlazaba del presente?

III

Veinticinco años más tarde hago amigos que no hice en 68, por falta de tiempo, supongo: Cabeza de Vaca, dirigente de Chapingo en los remotos años del movimiento y el líder de Ingeniería, Salvador Ruiz Villegas. Mi compadre, Paco Pérez Arce, me dice que hay veces que encontrar una relación de veinte años deja una sensación de pérdida. Aquí sucede lo contrario, tengo durante todos estos días una extraña sensación de encuentro.

Éstos dos, Salvador y el Cabeza, están bastante locos, incluso levemente por encima del promedio; al acabar las reuniones de la comisión se van a su casa caminando para quitarse los humos de la cabeza, dicen.

Trotamos en la noche por el interior de la San José Insurgentes y luego la Nápoles. Se dice, mientras evadimos pisar mierda de perro frente a las casonas, que lo mejor de todo es haber

descubierto que tener ideas diferentes no es pecado. Que no hay un solo camino a Roma, que el pensamiento de izquierda es sobre todo un pensamiento moral, que quién sabe dónde andará Roma. Rollos que podrían haberse dicho hace veinticinco años.

Conservo de esas noches caminando el mejor de los recuerdos y el inicio de una larga amistad con Salvador. Nos hemos vuelto a ver varias veces, de cuando en cuando, menos de lo que debiéramos. A veces nos sentamos a estudiar la corrupción del Plan Chalco o hablar de literatura.

IV

¿Por qué Salvador elige las historias de amor como material esencial para recontar el 68?

Amores imposibles o fracasados en el fragor del movimiento. Amores que tuvieron su momento de júbilo. Ecos de historias de hombres, mujeres, muchachos y muchachas, candorosos, frustrantes, fáciles y difíciles.

¿Por qué de todas las maneras de abordar su historia y las historias de los otros, nosotros, elige esencialmente ésta?

No lo sé.

Tampoco quiero saberlo. Me conformo con entrar en ellas y sacudir mis fantasmas.

Me quedo con la grata sensación de haber estado recontando historias con un hombre bueno.

Historias que como todas las buenas historias del 68, son de todos, no sólo de los que las vivieron.

Agosto 08

(Para escribir este texto he canibalizado fragmentos de otros textos propios; que ellos me perdonen]

Presentación

Muchas veces me he sentido perdido, como todo ser humano. Es entonces cuando requiero, reclamo, exijo, grito, grito, grito y finalmente suplico una señal que me permita aferrarme a la vida.

León Felipe me mostró una cuando era joven (sueña); otra cuando era adulto (quiero); y ahora, de viejo, puntualmente lo vuelve a hacer... porque de nuevo requiero, exijo, reclamo, grito, grito, grito y finalmente suplico ¡que quiero una señal!

Y el viejo sabio me contesta:

SÉ TODOS LOS CUENTOS

Yo no sé muchas cosas, es verdad.
Digo tan sólo lo que he visto.
Y he visto:
Que la cuna del hombre la mecen con cuentos...
Que los gritos de angustia del hombre los ahogan con cuentos...
Que el llanto del hombre lo taponan con cuentos...
Que los huesos del hombre los entierran con cuentos...
Y que el miedo del hombre...
ha inventado todos los cuentos.
Yo sé muy pocas cosas, es verdad.
Pero me han dormido con todos los cuentos...
Y sé todos los cuentos.

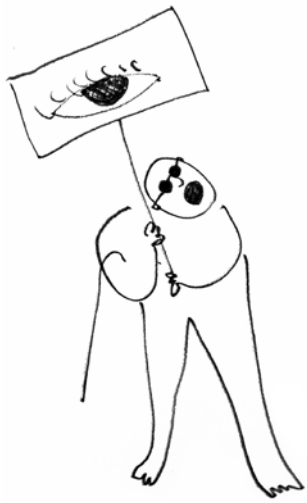
Y, es verdad, yo también me sé ya todos los cuentos.

Por eso quiero agregar estos cuentos de amor (el mejor de los cuentos) al "dulce cuento de la rosquilla", porque a fin de cuentas,

...los que bajaron subirán
y los que subieron volverán a bajar.

Unos cuentos más...

¡Qué importan!



A TODOS LOS ESTUDIANTES
A LOS ESTUDIANTES DE INGENIERIA

Hoy es notorio de que la unidad Estudiantil se debe manifestar en todos sentidos, y en estos momentos estamos pasando por una etapa difícil de nuestro Movimiento,ya que habiendo decidido regresar a nuestras aulas - con la continuidad de Nuestra Lucha, se ha desatado una ofensiva reaccionaria gubernamental y a ésta debemos de responder con valentia, firmeza y combatividad y a una sola voz, TODOS los Estudiantes Unidos, protestemos enérgicamente en contra de la nueva ola de represión que ha desatado el gobierno. Ejemplo de ésta ola de represión es el encarcelamiento ilegal de los siguientes Compañeros que entienden que solo unidos podemos luchar por la Libertad y la Democracia en nuestro PAIS.

SALVADOR RUIZ VILLEGAS (FAC. DE ING.), TITA, BEREZ Y NASHA (FAC. DERECHO MASTACHE (E.S.I.M.E.), CHICALI (E.N.E.) Y O T R O S.

MANIFESTEMOS CON VALENTIA, COMBATIVIDAD Y FIRMEZA, ya que solo asi podremos obtener:

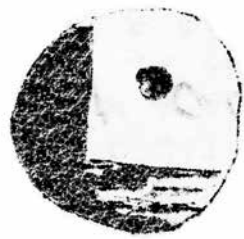
LIBERTAD DE NUESTROS COMPAÑEROS DE LUCHA
DESOCUPACION DE LA VOCACIONAL 7
LIBERTAD Y DEMOCRACIA EN NUESTRA PATRIA

ASISTE AL MITIN de protesta el Martes 14 a las 18.00 en la Explanada de C.U.

UNIDOS VENCEREMOS

COMITE DE LUCHA, FAC? DE INGENIERIA CONCEJO NACIONAL DE LUCHA

UNA OBSESI



Clases

REMEDIO PARA UNA OBSESIÓN AMOROSA

El hombre es una pasión inútil

Desde aquel año de 1968 en que la conoció, se le metió en la cabeza, en el corazón, en el alma. Pasó 27 años soñando con ella, pensando en ella, todos los días sin que faltara uno sólo.

Todo y nada empezó así:

La joven estudiante iba caminando por la explanada que separa a la Facultad de Filosofía y Letras de *las Islas*, buscando el salón en el que habría una junta convocada por alumnos de esa Facultad, justamente hacia donde él también dirigía sus pasos. El encuentro fue casual e intrascendente:

—¿Dónde queda el salón...? —le preguntó ella.

—Voy hacia allá —contestó él.

Así que juntos caminaron el breve trayecto, que para él se convertiría en el inicio de un larguísimo camino hacia el olvido de un amor que se tornó imposible. Ella, llegado el momento, terminaría la relación y la olvidaría "al doblar la esquina", como reza una vieja canción francesa.

Nacho y yo la conocimos quizás el mismo día que él. Estábamos estudiando en la Biblioteca Central junto con León, otro compañero de Ingeniería, pegados a los ventanales del lado

oriente, a través de los cuales la mirada abarca todas *las Islas* y las explanadas del área de Humanidades. Con un susurro apremiante y desbordado nos llamó León:

—¡Vengan! ¡Vengan! Esa es *la niña* que les conté, la que tiene los ojos más grandes que jamás haya visto y ¡vean!, ¡vean!, ¡qué cuerpo!

La joven, de tobilleras blancas y falda azul, cruzaba la explanada hacia la Facultad de Filosofía y Letras. Su porte, su andar suave y a la vez seguro, permitía adivinar que se sentía, se veía y se sabía bonita y distinguida. Aunque ella misma no lo tuviera plenamente consciente, cada una de sus células y neuronas sabían a cabalidad que era una *niña rica*. Esto último nos lo confirmaría él más tarde.

Pero en ese momento seguimos estudiando sin darle mayor importancia al suceso, porque la verdad es que en el área de Humanidades abundaban las estudiantes guapas y muchas también provenían de familias acomodadas. Y es sólo relativamente cierto que todos seguimos estudiando, porque Nacho, como estaba profundamente enamorado de Natalia, no pasaba de la misma página con la que había empezado. Nacho poseía un asombroso, pero también bastante incómodo don, que nos mostraría en muchas ocasiones durante el Movimiento estudiantil del 68. A su tiempo les narraré su historia. Por ahora, y antes de volver a la que en este momento nos ocupa, permítanme algunas reflexiones que vienen muy bien al caso.

La historia que estoy contándoles sólo es original en sus matices, porque es una historia que se repite, que sucedió y seguirá sucediendo mientras existan las clases sociales. Entra en ese género de encuentros que se convierten en desencuentros desde antes de nacer. Ya el maestro Carlos Marx nos había enseñado que el ser humano está determinado por sus condiciones materiales de

existencia y que hay una infraestructura a la cual corresponde una superestructura. La desigualdad social no sólo nos hace vernos distintos, sino también pensar distinto, amar distinto. Y cada uno nace en un nivel diferente y con diferentes instrumentos, tanto en cantidad como en calidad, para enfrentar la vida. Digamos que nuestros «pisos de arranque» distan mucho de ser iguales. A esto viene a agregarse la aportación del maestro Freud, que conocí a través del maestro Santiago Ramírez: «infancia es destino». Es esa cara, ese bagaje de origen del cual es difícil, si no imposible, liberarse, y que vamos arrastrando por la vida y nos define.

Para redondear el tamaño de nuestras limitantes, desde otro punto de vista, el maestro Ortega y Gasset agrega «la circunstancia», dejando bastante claro entre todos ellos que el «libre albedrío» no ocupa demasiado espacio en nuestras vidas y que, por lo general, los seres humanos sólo podemos ser lo que somos.

En los años sesenta, a la Universidad Nacional ingresábamos desde los hijos de los pobres y los más pobres, hasta los hijos de los ricos y los más ricos y poderosos del país. No había otra. Así que todos compartíamos un mismo espacio durante algunas horas del día, pero al salir del aula y de Ciudad Universitaria, cada cual regresaba a su propia realidad. Bien sabemos que no es lo mismo, en este conglomerado de *aldea*s contiguas que es el DF y su área conurbada, vivir en San Ángel, el Pedregal, Las Lomas, Polanco o Ciudad Satélite, que en Tepito, Peralvillo, la Guerrero, la Morelos o Ciudad *Neza*. La diferencia es grande entre quien tiene para comer hasta el lujo o el desperdicio y entre quien tiene que acallar el hambre con unas cuantas tortillas y una lata de chiles. Los diferentes orígenes de los que entonces ingresábamos a la UNAM eran determinantes para el desempeño escolar, pero también para las futuras relaciones económicas y sociales, así como para la ubicación en el mundo laboral. Consecuentemente, se reflejaban en los

afectos y en el amor, a pesar de todos los esfuerzos *telenoveleros* y *cuentísticos* por convencernos de lo contrario. El aula cotidiana y su promesa sólo nos igualaban aparentemente. La realidad era otra y el caso de ellos no fue la excepción.

Eran los primeros meses del ciclo escolar. En la Facultad de Filosofía y Letras había un gran bullicio: los estudiantes rechazados que no habían podido ingresar al sistema de escuelas preparatorias de la UNAM se organizaban, con el apoyo de los alumnos de esa Facultad, en busca de una alternativa. Se estaba gestando la Preparatoria Popular. Unas semanas antes del inicio del Movimiento estudiantil de 1968, la Preparatoria Popular fue reconocida oficialmente, el 12 de julio. Los rechazados habían ganado una batalla e iniciaban otra: su participación solidaria en el movimiento.

A él lo conocí en el Consejo Nacional de Huelga. Era un joven muy inteligente; no tenía la ideología de izquierda propia de esos años, pero era uno de los líderes de la Preparatoria Popular más comprometidos con ese proyecto y quizás el más activo e imaginativo. Durante el movimiento, la actividad de la *Prepa Pop* —como se le llamaba de manera familiar— fue estudiantil, igual a las de las escuelas y facultades: ahí se realizaban asambleas, brigadas, *boteos*, mítines, *pinta*s y *pega*s; también se imprimía y se distribuía propaganda. Asimismo, participaban con entusiasmo en las manifestaciones a las que convocaba el Consejo Nacional de Huelga.

Por su parte, ella era una diligente activista que participó durante todo el movimiento. Después del primer encuentro, muy pronto se fue dando entre ellos, de manera natural y debido al ambiente y las circunstancias del momento tan especial que se vivía, una admiración recíproca y un incipiente sentimiento amoroso, que crecía con el transcurso del mes más esplendoroso del movimiento: agosto. Para entonces se experimentaba ya una sensación cercana

al triunfo de la utopía, y cada estudiante se sabía un guerrero de la eterna lucha del bien contra el mal, representado ahora éste por el autoritarismo y la injusticia social. Se saboreaba la miel de uno de los sentimientos humanos más sublimes: la solidaridad, que se manifestaba entre los compañeros, entre la gente de la calle, entre los movimientos similares que se sucedían en diversas partes del mundo, en los largos festivales de canciones de protesta social que se celebraban entre la torre de Rectoría y la Biblioteca Central. La lucha era también fiesta, celebración colectiva, e incluía la ruptura de tabúes ancestrales.

Sin embargo, diariamente, al terminar las actividades del Comité de lucha, que casi siempre se prolongaban hasta entrada la noche, ella se dirigía a su espaciosa casa en un barrio exclusivo del sur de la ciudad, mientras que él, cuando no se quedaba a dormir en la Facultad de Filosofía y Letras —que albergaba entonces a la Preparatoria Popular— llegaba a dormir a su vecindad, en una colonia popular del norte del DF.

Mientras ella gozaba del amor y ternura de su padre, él sufría el desamor del suyo; mientras ella disponía de casa en Acapulco y Cuernavaca para sus fines de semana, él deambulaba, solitario, por los alrededores de la ciudad de México; como dice la canción, la verdad es que ella era de «noble cuna» y él, un «humilde plebeyo».

Los noviazgos de aquella época eran quijotescos, cada cual soñaba con su propia Dulcinea y, al igual que Don Quijote, atribuían a las mujeres de nuestra fantasía cualidades que estaban lejos de poseer. Por su parte, ellas lo que menos deseaban era un remedo de Don Quijote. Muchas veces la declaración de amor solía ser una tímida confesión, ante la necesidad imperiosa de expresar nuestros sentimientos a la mujer que nos había *volado* (porque han de saber, mujeres, que el hombre es *volado* por naturaleza). Bastaba una simple mirada, una pequeña atención, el más leve

contacto, el más elemental flirteo para mandarnos hasta las nubes, para soñar.

Ése fue exactamente su caso.

Como las cosas suceden justo cuando tienen que suceder, fue el día preciso —y precioso— en que paseaban por el parque cercano a la casa de ella, el mismo día en que el padre de la *musa* había alabado las virtudes de él frente a ella, cuando, envalentonado, se atrevió a declararle su amor. Era una tarde de septiembre llena de luz, cinco días antes de la Manifestación silenciosa. Tomados de la mano se sentaron en una banca del parque para contemplar el atardecer. Los contornos eléctricos de las nubes rojizas de la puesta de sol se reflejaban en el iris de las pupilas dilatadas de ella. No era necesario, entonces, continuar viendo el atardecer sobre los perfiles de los cerros, porque bastaba acercarse a sus ojos para percibir los colores mágicos de esa tarde mágica. Ni siquiera fue necesaria la declaración; las cosas simplemente se dieron. Él le dio un tímido beso con los labios y ella le correspondió con un tierno beso en la mejilla. Fue un momento, sólo un momento, en el que esto sucedió, en el eterno tiempo de los enamorados. Cuando ella se levantó le cedió sus dos manos para ayudarlo a erguirse, y así, tomados de la mano, él la acompañó hasta las puertas de su casa. No sucedió nada más, pero el alma de él quedó atrapada en esa tarde inolvidable.

Tres semanas después del 2 de octubre, la breve relación terminó, tan inesperadamente como había comenzado. El 2 de octubre parecía haber arrancado de cuajo todas las utopías, todos los sueños; era un final de fiesta imprevisible y trágico. Todavía sacudido por el drama colectivo y por el suyo propio, él simplemente se refugió en el recuerdo de aquella tarde de septiembre.

Vino la vuelta a clases; la *Prepa Pop* se trasladó, a fines de 1968, a un viejo edificio de la calle de Liverpool, frente a la Zona

Rosa. Él se había tornado triste, meditabundo y aún más solitario. Un día, un amigo común lo sorprendió sentado en una de las bancas de la preparatoria, esperando a que llegara el profesor que impartía la clase de Lógica; su ensimismamiento era tal que no se dio cuenta de que el profesor ya había avisado que no habría clases, por lo que un condiscípulo intentó sacarlo de su estado casi catatónico:

—Que no hay clases, el profesor...

Sin dejarlo terminar la frase y de manera agresiva, él le contestó...

—¡Claro que sí hay clases! El maestro Carlos Marx tiene toda la razón.

Ciertamente no dejaba de pensar en ella. Estaba seguro de que la diferencia de clases los había separado.

Muchos años después, casi veinte, lo visité en su casa. Puesto que se había doctorado en Filosofía no me pareció extraña su extensa biblioteca sobre el tema; sin embargo, sí hubo algo que llamó mi atención: sobre las paredes colgaban varios cuadros, todos ellos con hermosas puestas de sol de diferentes partes del mundo. Le pregunté sobre la procedencia de una de ellas, particularmente bella por sus colores. Reflejos de rayos luminosos brillaban sobre un cielo azul plomizo, mientras que de las nubes orladas de hilos dorados y del sol crepuscular escapaban haces de luz más claros que se proyectaban hacia el cenit, desde donde parecían dirigirse de nuevo hacia el sol, que semioculto tras las aguas, declinaba en un mar rojizo impasible. Los dos estuvimos contemplando el cuadro, en silencio, por un largo instante. Después me dijo, como evocando aquel momento:

—Fue en Puerto Vallarta —y dándose la vuelta me indicó que lo siguiera—. Ven, te voy a mostrar mi colección de atardeceres, no hay día en que mi cámara fotográfica no atrape uno.

Entonces me mostró cientos de atardeceres a cual más de hermosos, tomados en el mar, en el desierto, en las montañas, en ciudades y pueblos, rancherías y caminos, y me dijo:

—Tengo capturados 7,304 atardeceres, uno diario al menos, contando los días de los años bisiestos. Desde que contemplé el atardecer en las pupilas de sus ojos, quiero captar uno que se asemeje al de aquella tarde del 8 de septiembre de 1968. Todos son en su memoria, porque no hay un solo día, desde entonces, que no recuerde esa tarde.

Mi amigo y yo nos despedimos hasta la madrugada y por varios días traté de entender su actitud. No pude. Para que mi mente ya no se ocupara del caso, me apresuré a cerrarlo concluyendo que ciertamente el hombre es pasión refrenada por la razón, pero también es una pasión inútil.

En 1993, durante la celebración de los 25 años del Movimiento estudiantil, volvimos a encontrarnos. Por teléfono acordamos vernos en el Sanborns de los Azulejos después de la marcha y del mitin del 2 de octubre. Durante la cena platicamos sobre muchas cosas, pero al final volvió a surgir el tema redundante en su cabeza: ella. Pero fue hasta dos años después que conocí el epílogo de la historia, de nuevo en los Azulejos y previa cita telefónica: "Es importante", dijo. Y puesto que la amistad reconoce el deseo del otro de vaciar su corazón, de compartir sus vivencias y tan sólo ser escuchado, en cuanto llegué puse a su disposición mi atención y mis oídos. Esto fue lo que oyeron de una voz apresurada que entremezclaba júbilo con amargura:

—Tengo algo que contarte. Hace unas semanas (agosto de 1995) me la encontré en una comida en la casa de campo de unos amigos. Me atreví a hablarle. Ella estaba sentada en el borde de un pozo y me le acerqué con el pretexto de verlo. 'Desde que era niño no había vuelto a ver uno, mis abuelos tenían uno en el patio

de su casa', dije. Distraídamente, tiré al fondo del pozo una piedrita que llevaba en las manos, mientras recordaba el cuento que me había narrado mi abuela en su casa de Torreón. De niño, cada fin de cursos me iba de vacaciones con mi abuela. En una ocasión me sorprendió tirando piedras al pozo y, para que dejara de hacerlo, me dijo que su pozo era mágico, que no tenía que desperdiciar las piedras porque en cada piedra está el deseo de dejar de ser piedra, que tenía que arrojar una sola y pedir un deseo, sólo uno, cerrando los ojos y deseándolo con todo el corazón. Así la piedra dejaría de ser piedra y a mí se me cumpliría el deseo. Claro que, de paso, el pozo de mi abuela se salvaría de la amenaza de azolvarlo con mi manía de arrojarle piedras.

Después ella y yo platicamos de no sé qué tantas cosas, hablamos de nuestras respectivas parejas, de los hijos... Pero al final, intempestivamente, le dije, *¿Por qué no te casaste conmigo?* Ella, levantándose del borde del pozo en donde estaba sentada y encaminándose hacia su hijito, me contestó, *¿Me lo pediste alguna vez?* Ambos nos callamos. No hablamos más.

No la he vuelto a ver, no deseo verla, no colecciono más atardeceres. ¿Lo ves? ¡La magia de mi abuela funcionó!

Su sonrisa fresca me recordó al joven que había conocido hacía más de 27 años, mientras seguía escuchando la voz cada vez menos amarga y más jubilosa:

—Arrojé la piedra deseando profundamente que ella se saliera de mi cabeza, de mi corazón y de mi alma.

Y así fue.

DE LA REVOLU

PUEBLO DE MEXICO:

EL EJERCITO HA INTERVENIDO PARA DETENER AL MOVIMIENTO ESTUDIANTIL HIRIENDO Y MATANDO CON SUS ARMAS A MUCHOS COMPAÑEROS Y COMPAÑERAS. ELLOS TIENEN TANQUES, METRALLETAS, BAZOOKAS, BAYONETAS, ETC. NOSOTROS NO TENEMOS ARMAS, TENEMOS LA RAZON POR MEDIO DE LA LUCHA.

DEMUESTRA TU APOYO Y APROBACION AL MOVIMIENTO QUE ES YA TUYO, REPUDIANDO AL EJERCITO EL 16 DE SEPTIEMBRE (EN EL DESFILE), A ESTE EJERCITO QUE HA MASACRADO A TU JUVENTUD, QUE ES LA JUVENTUD DE MEXICO.

COMITE DE LUCHA

MEDICINA VETERINARIA.

MEXICO; DESPIERTA, MEXICO TUS HIJOS ESTAN EN LA UNIVERSIDAD, POLI, ETC. MEXICO APOYAMOS-MEXICO LIBERTAD, MEXICO A LA LUCHA POR LAS LIBERTADES DEMOCRATICAS.

COMITE DE LUCHA-MEDICINA VETERINARIA.

El anarquista

TRAVESURAS DE LA REVOLUCIÓN SEXUAL

Nadie experimenta en cabeza ajena (dicho popular)

El anarquista y Andrea se conocieron en la manifestación del 5 de agosto, convocada por el Comité Coordinador del Movimiento de Huelga del Instituto Politécnico Nacional. La marcha se inició en la Plaza de Honor de la Unidad Profesional de Zacatenco y terminó en la Plaza del Carrillón, en el Casco de santo Tomás; de nuevo, lo más significativo fue la unidad de los estudiantes de la Universidad Nacional, del Politécnico y de Chapingo.

Dentro de un grupo de jóvenes que marchaban divertidas y alegres, tomadas de la mano, sonriendo y con un desparpajo absoluto, ella iba cantando a coro unas improvisadas consignas armadas al vapor contra Gustavo Díaz Ordaz. Desde que la vio, el anarquista quedó prendado tanto de Andrea como de la consigna, que le pareció hermosa en la voz de las jóvenes. Con la música de una canción de muy conocida de Cri-Cri, la letra decía así:

Di por qué... dime Gustavo
di por qué... eres tan feo
di por qué... no tienes madre
dime Gustavo por qué...

Esta vez, a diferencia de muchas otras, durante toda la marcha la atención del anarquista se centró fascinada en el coro, pero su fascinación principal la provocaba Andrea, de quien no podía desviar la mirada: bonita, alegre, divertida, atrevida, inteligente, activista; en suma, la fantasía hecha realidad. Por su parte, Andrea iba, momento a momento, quedando atrapada en las redes del seductor y carismático líder que ahora fijaba en ella sus ojos: el sueño de muchas activistas se concretaba en ella.

Desde ese día y durante todo el tiempo que duró el Movimiento estudiantil, Andrea y el anarquista ya no se separaron. A pesar de la diferencia en sus elecciones profesionales (¿o quizás gracias a ella?), puesto que él estudiaba en el área de Ciencias y ella en la de Humanidades, no hubo ningún obstáculo para su cabal e inmediato entendimiento. Tan no lo hubo, que muy pronto se autodenominaron la "fracción sectaria" y no aceptaron a nadie más en sus deliberaciones, pues decían divertidos que era evidente que si incluían una persona más, dejarían de ser la «fracción sectaria» por excelencia, y eso, «¡Nunca jamás!». No podían permitirlo, pues iría en contra de sus principios y reían a carcajadas. Quizás era esa capacidad de reírse de las cosas más triviales, ese sentido del humor que brotaba en ambos de manera similar y constante, basado sin duda en una complicidad vital y espontánea, lo que más los unía.

Especie de *Bonnie & Clyde* del movimiento, juntos llegaban a acuerdos que más tarde el anarquista expresaría en las reuniones del Comité de Lucha. Ella era su compañera de juegos y de ideas, su amor, su inspiración, su alma gemela, su gurú, su cómplice, su pregunta y su respuesta. Pero el acuerdo secreto que habían convenido entre ambos, del cual me enteré años después, acechaba ya su aparente y envidiable amor.

Como para tantos otros en esa época, la idea de hacer la Revolución, que haría realidad la utopía de un mundo mejor para

todos, había llenando los vacíos dejados por los decadentes conceptos religiosos. A diferencia de éstos, las ideas revolucionarias reivindicaban el papel del sexo en el amor, y frente a la opresión de la mujer, lejos del feminismo radical, se esparcía por todas partes el poema de Mario Benedetti: *...y en la calle, codo a codo, somos mucho más que dos...* Los modelos: Sartre y Simone de Beauvoir, Lenin y la Krupskaia.

El anarquista provenía de uno de los numerosos grupos políticos que participaron en el movimiento. Andrea, hija de refugiados españoles, formaba parte de aquellos otros, quizás aún más numerosos, a quienes alguien, alguna vez —un padre o una madre, una película, un maestro o un libro— les había depositado en la mente y en el corazón un amor profundo por la justicia y por la libertad. Ellos querían hacer la Revolución juntos. El pliego petitorio y el diálogo público, las demandas básicas del movimiento, les eran poca cosa.

A veces, en chunga, él me sugería consignas al revés: **«No queremos diálogo»**, enfadado porque no nos hacía caso el gobierno; **«No libertad a los presos políticos»** —pues como no nos escuchan, si pedimos al revés a lo mejor nos hacen caso—; **«Llenemos las cárceles de presos»** —a ver qué van a hacer con miles de presos voluntarios—. Y aquí sí acertó, pues para acabar con el Movimiento estudiantil el gobierno llenó al menos varias crujías con cientos de estudiantes y no precisamente voluntarios. Por lo demás, el anarquista tenía buenas propuestas de cómo debería ser la propaganda impresa, diseñaba pancartas y mantas, inventaba consignas e ideaba estrategias. En especial, recuerdo una consigna que a todos nos pareció no sólo sensata, sino brillante:

Por la repartición equitativa de la belleza
y no sólo de la riqueza

Él deseaba con vehemencia convertirse en un "revolucionario profesional" y ella estaba de acuerdo. Puesto que había que comer y, al parecer, todavía no se pagaba bien a los revolucionarios profesionales, ya que el movimiento feminista exigía la igualdad de derechos entre el hombre y la mujer, idearon una solución que les pareció —dijeron— *chingona*: **«Yo voy a trabajar y él se va a dedicar a la revolución»**, me dijo Andrea un día de agosto mientras cientos de brigadas estudiantiles invadían de propaganda los camiones, los mercados, las calles y otros sitios públicos, al igual que los hogares de la ciudad.

El Movimiento estudiantil de 1968 en México, si bien retomó consignas e ideas de los movimientos estudiantiles de otros países, particularmente del Mayo Francés, trajo consigo una verdadera explosión de creatividad, de imaginación y de capacidad organizativa. Miles de volantes informaban paso a paso lo que los medios oficiales callaban, carteles y pegas con caricaturas y frases ingeniosas forzaban la atención y la simpatía de muchos ciudadanos, billetes de un peso (entonces de papel) con consignas políticas circulaban de mano en mano; cientos de brigadistas participaban diariamente en decenas de mítines relámpago, mientras que las manifestaciones y muestras de apoyo al movimiento aumentaban día con día. Al fin jóvenes, al fin idealistas, todavía ajenos a las consecuencias de enfrentar al poder, no sólo ellos dos sino también muchos de nosotros creíamos en lo que Andrea dijo ese día de agosto: "La revolución está a la vuelta de la esquina".

Después, todavía durante el movimiento, los vi en pocas ocasiones. Nunca supe a qué se dedicaban. Esporádicamente se presentaban en el Comité de Lucha de la Facultad y luego desaparecían. Habían transcurrido varios meses cuando me encontré de nuevo con ellos, o más bien, ellos se encontraron conmigo: fueron a visitarme al Palacio de Lecumberri. Ella iba toda de blanco, con

un vestido oaxaqueño que le llegaba hasta el tobillo, y él vestía pantalón de mezclilla, una camisa blanca de manta con grecas zapotecas, y unos huaraches que se quitó en cuanto llegó a mi celda; descalzo anduvo todo el tiempo que duró la visita. Volvieron a visitarme un par de veces más.

Y seguían juntos.

El departamento que renté cuando salí de la cárcel estaba cerca del Parque Hundido. No quería compartirlo con nadie. Quería gozar de mi libertad, mi privacidad, mi orden y mi desorden, mi disciplina y mi indisciplina, mi sensatez y mi insensatez, mi cordura y mi locura, mi bien y mi mal, mi Dios y mi Diablo. En una ocasión un ex compañero de la crujía M me pidió que compartiéramos el departamento; me negué rotundamente diciéndole la verdad: que necesitaba estar solo.

Pero un día recibí una llamada del todo inesperada. Enseguida reconocí la voz del anarquista, preguntándome si podía darle alojamiento por unos días. Su voz sonaba tan quebrada, tan angustiada, que no pude negarme. Le dije que lo esperaba esa misma noche.

El edificio en donde vivía entonces tiene la forma de una *u*; en uno de los costados se encuentran las escaleras y 184 pasillos que sirven de distribuidor para acceder a los departamentos. Decidí esperar a mi amigo en la puerta del departamento contiguo, mientras platicaba con mi vecina. De repente, desde el fondo del

pasillo vimos venir hacia nosotros a un hombre desaliñado y encorvado, con el rostro desencajado, que con una mano sostenía una pequeña caja de cartón. Pero era apenas un pálido reflejo de lo que sufría por dentro.

—¿Qué le pasó a tu amigo? ¿Se le acaba de morir algún familiar? ¿Quieres que me quede contigo? —me dijo, sinceramente preocupada, mi vecina.

—Gracias, te lo agradezco, pero mejor déjanos solos para que podamos hablar.

Una vez que llegó a la puerta del departamento tomé la pequeña caja, que puse por ahí, y le ofrecí de cenar. Me contestó que no tenía hambre.

—¿Qué te pasó? —le dije, sin esconder mi preocupación, al tiempo que le acercaba una taza de café.

—Andrea me corrió de la casa.

Después de una larga pausa, continuó:

—Ayer que regresó de Chile, después de estar allá durante seis meses, no pude más. ¡Lo supe! ¡Lo supe todo el tiempo! ¡Le reclamé que desde que se fue allá anduvo con su amante! Discutimos. La sangre me hervía y quise pegarle. . . Pero no pude, no puedo pegarle a una mujer. Se burló de mi intento fallido por golpearla y me dijo que no tenía las agallas para hacerlo, que mejor recogiera de una vez mis cosas y me largara de su vida. . . Que ya la tenía harta.

Me pidió más café, le dio unos cuantos sorbos y prosiguió:

—Yo tengo la culpa de todo. ¡En qué cabeza cabe establecer una relación abierta con esta mujer que se coge a cuanto cabrón quiere! Desde agosto de 1968, a los pocos días de que la conocí, acordamos la relación abierta, era muy snob, muy cómodo y muy divertido. Ella me platicaba sus esporádicas aventuras sexuales y yo también, pero éstas fueron en aumento y los celos comenzaron a martirizarme. Además, los roles que nosotros mismos nos asignamos

ya eran insostenibles: yo era el revolucionario, iba a trabajar por la Revolución... Y ella, ella era la Providencia que iba a trabajar para que los dos tuviéramos casa, vestido y sustento.

Se rió levemente de su chiste y se quedó callado. Entonces vi dibujarse en su boca una leve sonrisa, una mueca irónica que era todo lo que quedaba de sus risas y carcajadas, una mofa de sí mismo que, a final de cuentas, era un residuo de esperanza.

En situaciones como éstas uno no sabe qué decir. Recordé entonces que yo me enteré de las relaciones abiertas hasta que salí de la cárcel. Cuando mi mejor amiga en ese tiempo vio que yo andaba con una compañera de Ciencias políticas que se decía muy liberal, me preguntó tranquilamente si mi relación era abierta o cerrada, dejándome estúpidamente perplejo. La confidencia de mi amigo me regresaba a la misma sensación.

Después de un largo silencio que los dos establecimos, me atreví a decirle:

—¡Pero cómo se te ocurrió jugar ese juego tan disparejo! Una mujer como Andrea siempre tiene cincuenta galanes detrás de ella y elige al que quiera; en cambio, en general uno tiene que intentar con cincuenta, para que una de ellas, finalmente, te corresponda.

—Se me ocurrió por pendejo y por comodino; seguramente también porque me indigesté con la revolución sexual, no leí las instrucciones ni le hice caso al letrerito que decía «manéjese con precaución». Además, no pensé que tuviera contraindicaciones —terminó diciendo con un profundo suspiro. Ya estaba más calmado.

Durante las dos semanas que pasó conmigo platicamos mucho. No tenía coraje contra ella, sino contra sí mismo. Poco a poco logró sacar la impotencia que lo asfixiaba y comenzó a sentir alivio. Pero él sabía que iba a pasar un tiempo antes de

que pudiera superar la frustración y el desencanto. Hablamos inclusive del proceso de duelo y de la conveniencia de acudir a un profesional, barajando algunos nombres de psicoanalistas que estaban tratando a varios amigos comunes que también habían participado en el movimiento.

Un domingo en la mañana me avisó que se iba a su tierra a pasar unos días con sus padres. Al filo del mediodía, su hermano y su hermana pasaron por él.

Al despedirse, me dijo, sonriendo:

—¡Si alguien me lo hubiera advertido!

—Ni lo pienses —le contesté muy convencido—, ciertamente *nadie experimenta en cabeza ajena.*

El espejo

EL BANQUETE PERDIDO

Las estrellas son
los ojos de Dios,
y cada ser humano,
un espejo
en donde Dios
se mira

"Aprender a amar es un proceso, un largo aprendizaje", le decía yo a Pedro mientras viajábamos rumbo a Cuetzalan del Progreso, en el estado de Puebla. Íbamos apenas a la altura de Río Frío, y ¡vaya qué hacía frío! Eran las 4 de la mañana.

Yo manejaba; para no quedarnos dormidos, comencé a platicarle sobre las trampas del amor, en las que solemos caer tanto los jóvenes como los adultos y los viejos, sobre todo en los primeros escarceos amorosos.

—A nosotros de jóvenes —le aseguraba— nos atraen las buenas nalgas, las caderas, las piernas y los senos. Somos muy primitivos, muy prosaicos. No tenemos un tipo de mujer definido y generalmente nos vamos por las más coquetas, las que sueltan la hormona, las más guapas; en resumen, las mujeres que son más atractivas físicamente y las que han aprendido a seducir. Son las que nos traen de cabeza a todos los muchachos de la escuela o del barrio.

»Pero otro tanto se puede decir de ellas. Les gusta el más guapo, el rico, el que las halaga, el que las pasea, el que tiene automóvil, el ostentoso. Una relación basada en una atracción así no puede ser más que frívola y superficial, y si uno busca esas relaciones es porque las necesita para complacer su ego, sus complejos e inseguridades.

»Ahí tienes mi caso. En la *prepa* le entregué a una mujer "mi más puro sentimiento amoroso", de la manera más ingenua, aberrante, pendeja, equívoca, irresponsable, insana e insensata, todo por adolecer de guiones amorosos sólidos. A esa edad uno cree que puede elegir a la mujer de sus preferencias y expresarle su ternura, su sentimiento amoroso de la manera más natural. Después de un doloroso proceso te das cuenta de que no es así, de que el amor requiere de un conocimiento, un aprendizaje, un oficio, que no sólo pertenece al corazón, sino que también es un asunto de inteligencia.

»Si bien el enamoramiento, ese hermoso estado sugestivo, es química, también es cierto que el amor es algo más que química. ¡Créemelo! Ahora lo sé, lo he vivido, lo he sufrido y lo he gozado.

—¡No te duermas! —le dije.

—Te estoy escuchando —me contestó mientras se acomodaba la bufanda, se subía el abrigo por encima de las orejas y se acurrucaba en el asiento para disimular su desatención. Se descubrió levemente una oreja.

—Ésta es la historia, Pedro —proseguí entonces—. Recuerdo la primera vez que la vi. Ella iba caminando por el pasillo sur del patio principal de la Preparatoria Uno (que en el turno vespertino se convertía en la Tres) esparciendo seductora sus hormonas en plenitud por los cinco patios de la escuela, y hasta pienso que de seguro el viento, gustoso, las impulsaba hasta la Preparatoria Dos, la Cuatro, la Seis, e incluso hasta la academia de San Carlos y el

Palacio Nacional. Le decían *la Inexpresiva*. Yo la observaba desde el salón donde tomaba clases de matemáticas.

»Ella tenía el mejor cuerpo de la *prepa* —me evocaba el cuerpo de Raquel Welch— y lo sabía; desde luego, le sobraban pretendientes. Yo, al igual que los demás, puse mis ojos en sus piernas y no en su mirada. ¿Por qué puse mis ojos en sus piernas y no en su mirada?

»Pronto aprendería a ver en las mujeres algo más que sus atributos físicos. ¡Sí, evolucioné, Pedro! Comencé a apreciar lo más hermoso de la mujer: su mirada. No hay duda de que es a través de ella como se logra ver el corazón y el alma de una mujer.

»Si me hubiera fijado en su mirada me hubiera ahorrado dos años de duelo por mi alma maltrecha. Mi autoestima quedó apenas por encima de mi desesperanza al sufrir el más doloroso desprecio hacia mi cuerpo, hacia mi color, hacia mi herencia y mi inteligencia; y sobre todo, la inhibición, por muchos años, de mi enorme capacidad de expresar mi ternura.

»Sé que pudo haber sido Juana o Petra o María, la que tarde o temprano me hubiera enfrentado al espejo. Era cuestión de tiempo. Porque los escarceos amorosos a esa edad están dominados por el imperio de la hormona que emerge con toda su fuerza, se asientan a flor de piel y el verdadero sentimiento amoroso, expresado en la ternura, busca a tientas cómo y con quién manifestarse, pero con toda la carga cultural que traemos, casi siempre termina expresándose como puede, no como se quisiera o se debiera.

»Yo era muy feliz en esa etapa de mi vida porque no sabía si era pelota, libro, tenis, mujer o varón, alto o bajo, gordo o flaco, blanco, negro, amarillo o moreno, pobre o rico. Desconocía cómo era y no me importaba, pero era muy afortunado: tenía una gran capacidad para gozar la vida, jugar, estudiar, leer, escuchar música, cantar, asistir a clases y *grillar*, actividades que combinadas

con la defensa de la Revolución cubana ante cualquier detractor, conformaban mis tareas diarias.

»Mis compañeros y yo, que ganamos ese año —por otro lado aciago para mis aspiraciones amorosas— la Sociedad de Alumnos de la Preparatoria, nos creíamos y nos sentíamos revolucionarios, soñábamos con poder instaurar la Revolución socialista en nuestra nación. Fidel y el *Che* Guevara eran para nosotros los símbolos de la más alta dignidad del ser humano.

Y la poesía de León Felipe había llegado a mis oídos:

SOÑÉ... ¡Sueño!
No soy un cuento.
Vengo de más lejos...
¡Soy y vengo del sueño!
Y digo que soñar es querer, querer, querer, querer, querer...
querer escaparse del espejo,
querer desenredarse del ovillo,
querer descoyuntarse de la dulce rosquilla de los cuentos,
querer desenvolverse... prolongarse
...
¡Fui semilla que quiso ser espiga
y soy espiga que sueña en ser pan ázimo!

»Por ese tiempo, le confesé a un condiscípulo y amigo mío que no quería tener ni poseer nada material en mi vida; que sólo me importaba y deseaba mi desarrollo intelectual, ético y espiritual. Con sus ojos desmesuradamente abiertos me expresó su desacuerdo y me gritó, tomando su distancia, como si yo apestara: "¡Estás loco!", "¡Priísta embozado!", le contesté.

»Pero sí, estaba hermosamente loco, quijotescamente loco, como sólo se puede estar a esa edad. Para rematar, el viejo Sócrates

me había convencido el año anterior de que «Es preferible sufrir una injusticia que cometerla».

»Ése era mi bagaje para intentar conseguir su amor... Ciertamente, ella no me dio motivos. Yo me *volé* sólo. Salvo en dos o tres ocasiones que la acompañé a su casa, otras tantas en que estudiamos juntos, una invitación a bailar y otra a pasear, no hubo más. Nada más. Seguramente le divertía un poco, pero ella sabía que yo no estaba a la altura de sus pretensiones y que no figuraba en la lista de sus oportunidades reales.

»El engreimiento y el total desconocimiento de mí mismo que me llevaron a poner mis ojos en la Inexpresiva, también pusieron al descubierto mi real ego, mi falsa humildad, mi machismo, mi frivolidad, mi superficialidad, mis enormes complejos e inseguridades, así como mis limitaciones y mi aparente actitud revolucionaria. Vapuleada mi autoestima por el poco interés que ella me mostraba, ya casi al finalizar el año escolar y ante la inminencia de pasar las vacaciones sin verla, decidí ir a su casa para declararle mi amor. Ese día supe que ella tenía novio... y desde hacía meses. Al presentármelo, me fijé casi de inmediato en que ella había puesto sus ojos en el más guapo, el *güerito*, el rico, el formal; no en mí, el irreverente revolucionario, el modelo de hombre que yo consideraba como el más elevado del ser humano.

»Me enfrenté al rechazo de una manera totalmente inesperada. Ella había elegido a alguien por completo diferente a mí. Con mi amor propio profundamente lastimado, también mi mundo artificioso y mis fantasías se derrumbaron. ¿Y ahora qué sigue? —me dije—, ¿cómo debo actuar ahora, cómo debo ser? Mis jodidos guiones amorosos no daban para mucho, ni los revolucionarios ni los místicos. ¡Quedé colgado de la brocha! Y como buen macho rechazado y despechado, me refugié en el infierno patético de los sufrimientos del desamor. Después de

varios días de vivir *mi tragedia*, porque según el guión hay que vivirla, sufrirla y llorarla, terminé en consecuencia tratando de remediarla con una buena borrachera, ¡faltaba más! ¡Como en las películas de Pedro Infante!

»Al son de «Cuando abriste tú conmigo las persianas del Tenampa... », Rocco, mi mejor amigo de la *prepa*, y yo entramos a una famosa cantina de la Plaza Garibaldi a llorar y padecer mi desgracia como se debe, como lo aprendí en las canciones y en el cine mexicanos. Bebiendo copa tras copa, cantamos —acompañados por el mariachi— «Viva mi desgracia», «Orgullosa y bonita», «El abandonado", «Estoy en el rincón de una cantina», «Entre copa y copa», «Tú y las nubes», «Tu enamorado», «Ella», «La noche de mi mal», «Si tú también te vas», «Cartas marcadas», «Amarga Navidad» y, por supuesto, rematamos con «La chancla», máxima expresión del despecho. Así estábamos, *hasta las chanclas*, chupando, cantando y filmando el guion que las películas del cine mexicano nos habían inculcado de niños. Pero lo cierto es que, a pesar de mi dolor, me estaba divirtiendo.

»Cuando cerraron la cantina del Tenampa y ya nos encontrábamos afuera, en el jardín, abrazados a un poste para no caernos, seguimos cantando, haciendo cuentas del dinero que nos quedaba para seguirla. De repente, Rocco me dijo: "¡Vamos a llevarle serenata!". A mí, herido como andaba, me pareció una brillante idea, y para que se junte un pendejo con otro pendejo para hacer pendejadas, todas las condiciones del universo están dadas desde el inicio de los tiempos. Así, nos dispusimos a llevarle serenata a la Inexpresiva. Como ya no había dinero para contratar un mariachi, lo haríamos "a capela". Y no sé de dónde salió el tercer pendejo que se sumó a la puntada de llevar la serenata, el caso es que terminó aprobando la iniciativa y participando como si nos conociéramos de toda la vida.

»No sé a qué horas de la madrugada los tres nos enfilamos hacia su casa, pero sí recuerdo que los más entusiasmados y eufóricos eran ese par de cabrones, que no paraban de cantar y de hacer chistes. En cuanto llegamos al domicilio de "mi musa", Rocco le gritó por su nombre pidiéndole que saliera, mientras que el otro, al cual le agradaba que le llamáramos por su mote ocasional, *el Diablo*, montado en el capacete del coche que supusimos era de su padre, me hacía la segunda en las canciones que, borracho y "a capela" y, le cantaba a mi amor. Mientras todo esto sucedía, apenas de reojo alcancé a ver a Rocco deslizarse, poco a poco, sobre la puerta de la entrada, hasta quedar sentado, semidormido y totalmente vomitado en el quicio de la puerta. Sin darle mayor importancia, seguí cantando y gritándole que saliera. No sé cuanto tiempo duró la serenata pero ella no salió. Fuimos nosotros los que tuvimos que huir en estampida cuando llegaron las patrullas, que pudimos eludir gracias a que el Diablo, honrando la sabiduría de su mote, nos avisó a tiempo. Corrimos, corrimos y otra vez corrimos hasta llegar al Zócalo, en donde descansamos por algunos minutos; después nos fuimos a dormir al departamento de Rocco que por suerte quedaba cerca, a un lado de la Plaza de Santo Domingo. El Diablo, por su parte, desapareció de la misma manera en que había aparecido. Y como todo esto sucedió cuando ya habían pasado los exámenes finales y también el baile de fin de año, la posibilidad de verla pronto era remota.

»Al día siguiente tenía una fortísima doble cruda; una, la de la borrachera, me duró un día. Pero la otra, la del desamor, me duraría mucho más tiempo, sobre todo porque ella se mantuvo en silencio, con una indiferencia total. Me dio el cortón. Una amiga de ambos me contó que, con un tono seco y molesto, el único comentario que salió de su boca fue: "Siquiera me la hubiera llevado con mariachis".

»Yo trasladé mi obsesión de los patios del antiguo y céntrico edificio de la *prepa* a las modernas construcciones y los amplios espacios verdes de Ciudad Universitaria. Daba por hecho que ahí nos reencontraríamos, aunque fuéramos a escuelas o facultades diferentes, en el siguiente año escolar. Ya habría tiempo para hablar... Pero no fue así.

»Hasta ahí, todo seguía siendo juego, diversión y mucho amor propio. Todavía no me daba cuenta de la situación, no me "caía el veinte" (frase que se inventó cuando surgieron los primeros teléfonos públicos, que necesitaban que se les insertara una moneda de veinte centavos para que permitieran establecer la comunicación). Lo peor estaba por venir.

»Más allá de la indiferencia y del cortón, me vino la necesidad de explicarme el por qué de su rechazo. Evidentemente, yo no era su tipo. Cuando me enteré de que el rechazo se debía a que yo era un mestizo moreno y que quien lo decía era tan mestiza y tan morena como yo, mi autoestima se derrumbó por completo y me lanzó de lleno al espejo. Había empezado, para mí, el largo, doloroso e interminable camino de conocerse a sí mismo.

»En los años sesenta teníamos (y seguimos teniendo) una cultura muy machista, auspiciada por el cine mexicano y las canciones de desamor, que fueron el modelo tomado por muchos jóvenes de la época para expresar su sentimiento amoroso. Por otra parte, el cine gringo de gran influencia en nuestro país, puso de moda a los galanes *caritas*, *güeritos* y de ojos claros, un tanto simplones, superficiales y generalmente adinerados. Ese modelo definitivamente influía en las preferencias de muchas jóvenes mexicanas a la hora de elegir a sus galanes, es decir, no escogían a sus iguales, sino que preferían a los que tenían rasgos caucásicos. Pero no podemos dejar de admitir que a muchos jóvenes les

pasaba algo similar. Había una alta carga de discriminación en esa actitud, que por fortuna en algo ha cambiado.

»En cuanto a mí, lo que más me dolía entonces era su silencio, su indiferencia, su decisión de no verme más. Así, en un acto desesperado por aliviar ese dolor, la busqué y la encontré en los pasillos de su Facultad, en un día lluvioso de agosto. Llevaba mi declaración de amor por escrito en quince cuartillas que, seguramente, aunque a mí me parecían un poema, para ella no significaron más que los ofrecimientos de las miserias, las lástimas y las penas de un pobre enamorado pobre. Ella sabía que me traía por la calle de la amargura y no concedía ningún valor a mi amor. Lo que había comenzado como un juego en la preparatoria, se convirtió, ya en la universidad, en una pasión obsesiva y malsana que me corroía.

»Entonces me seguí enfrentando al espejo. En Huauchinango, durante un viaje que hicimos varios compañeros para conocer Tlaxcalantongo (lugar en donde fue asesinado Venustiano Carranza) lloré "por su amor" toda la noche y hasta la madrugada. Más tarde me di cuenta de que no lloraba por ella, sino por mí mismo, por la condición de impotencia y desvalorización en la que me hallaba hundido. Ahí supe, por primera vez, que uno llora por uno mismo, y sentí lástima y compasión por lo más sagrado de mí: mi cuerpo. Aunque estaba "como la zarzamora" (llora que llora por los rincones...), allí empecé a entender mi situación.

»Cuando uno se encuentra en esas condiciones, cree que no merece nada, ninguna mujer, ningún cariño, ningún amor. Estaba cargando la cruz de todos los discriminados, los negros, los indígenas, los ciegos, los tuertos, los enanos, los tullidos, los gordos, los sordos, los mudos, los feos, los morenos, los chaparros, los pobres, las mujeres. Me vi en todos ellos; me vi en todos los desamparados del amor. Entendí que, circunstancias más, circunstancias menos, uno está de un lado o del otro del mostrador.

Me sentí un poco de cada uno de mis semejantes, en sus virtudes y en sus defectos. Yo era parte de los rechazados, discriminados, humillados, ofendidos, desesperanzados y perseguidos de la tierra, y también estaba en cada uno de ellos. Comprendí lo que quería decir Malcolm X cuando expresó que el crimen más grande de los blancos era haber hecho que el negro se despreciara y renegara de su condición de ser negro (aún no existía Michael Jackson para demostrarlo). Algo semejante me había pasado en mi relación con la Inexpresiva; renegué de ser físicamente como era: flaco, alto, moreno, mestizo... y sin lana. Años después me pregunté qué hubiera pasado si fuera un indígena puro; quizás eso me hubiera llevado a la resignación, a aceptar el desprecio, la humillación y la discriminación que sufren actualmente nuestros indígenas; o quizás estaría en las filas del EZLN.

»Comprendí así, a cabalidad, que el acto más perverso y soberbio, el daño más severo que un ser humano le puede hacer a su prójimo, es cualquier acción, en cualquier plano, que logre que el otro se desprecie a sí mismo, que reniegue de ser como es. Pero, ¿puede esto evitarse en las relaciones amorosas? Ciertamente, nadie está obligado a querer. Si ella hubiera sido la que me hubiera querido, yo no estaría obligado a quererla por el simple hecho de que ella quisiera expresar su ternura conmigo. Recordé la trágica historia de desamor de Grisóstomo y la pastora Marcela (y no dudo que Miguel de Cervantes la haya escrito a partir de una experiencia propia de desamor).

»Retomé los argumentos de Marcela: "Si como el cielo me hizo hermosa me hiciera fea, ¿fuera justo que me quejara de vosotros porque no me amábades...? Mas no alcanzo que, por razón de ser amado, esté obligado lo que es amado por hermoso a amar a quien le ama. Y más, que podría acontecer que el amador de lo hermoso fuese feo y siendo lo feo digno de ser aborrecido, cae

muy mal el decir: 'Quiérote por hermosa; hazme de amar aunque sea feo'".

»A mí me hubiera gustado que *la Inexpresiva* tuviera la cortesía de Marcela cuando habló con su enamorado; y su sinceridad cuando dijo: "A los que he enamorado con la vista he desengañado con la palabra...". Porque es válido y es un hecho que no siempre se puede corresponder al amor, pero en el acto de hablar y explicar la negativa radica un respeto hacia el otro que lo libera y evita su daño. Son el silencio y la indiferencia, el actuar como si el otro no existiera, los que convierten al rechazo en un acto perverso, que oculta el deseo de mantener vivo en el otro un fuego que no es amor, sino la necesidad de afirmarse a sí mismo frente a la negación radical de su persona. Se establece así una relación convenenciera para mantener una vela siempre ardiendo, una *capilla* siempre dispuesta.

»Apoyado por mis reflexiones, mi recuperación parecía ir por buen camino. Al tiempo que iba comprendiendo que las cuestiones amorosas también son asunto de la inteligencia, de la misma manera intentaba aplicar ésta a mi pasión revolucionaria.

»Fue entonces que comencé a despreciar los guiones de las películas mexicanas, así como a las canciones de desamor que delimitan las pautas amorosas de los jóvenes y les impiden entender que una relación amorosa profunda se construye entre dos, paciente e inteligentemente; en muchas ocasiones llegué a mencionar, medio en broma medio en serio, que las películas de Pedro Infante habían hecho más daño al pueblo de México que el mismísimo PRI.

»El descubrimiento siguiente me llegó un día soleado de agosto. Todos tenemos una enorme necesidad de ser aceptados, queridos, amados; pero, ¿qué hay de nosotros?, ¿sabemos aceptar, querer, amar, entregarnos? No, por lo general ni lo pensamos.

Egoístas como somos, ignorantes, no sabemos que tenemos que darnos, ni cómo hacerlo para lograr establecer una relación profunda y correspondida. Hay que aprender tanto a dar como a recibir. Pero aunque avancé en este conocimiento durante aquellos años, fue estando en la cárcel donde más me apliqué para entender y aprender el difícil arte de amar, si bien no todavía a practicarlo del todo. Aprendí que sólo podría expresar mi sentimiento amoroso a alguien que lo valorara, lo estimara y se lo ganara.

»Me reconocí singular y dejé de compararme; no era ni mejor ni peor que los demás, sino simplemente diferente, y aprendí a quererme desde la punta del dedo gordo hasta la punta del más rebelde de mis cabellos. Desde entonces me quiero, me amo y me respeto, y sé que mi deber es cuidar de mi cuerpo, de mi mente y de mi espíritu. Pero no puedo dejar de reconocer la ayuda que un hecho inesperado le dio a la formación de mi nuevo yo. Otra vez, en un día de agosto, conocí a Guitte, una hermosa danesa que supo apreciar mi cuerpo y mi color: "Eres un mexicano hermoso", me decía con voz suave y casi sin acento. Con ella, mi autoestima sanó de todas sus heridas.

»"Sólo en donde hay sepulcros hay resurrección", había dicho un día en *las Islas* de Ciudad Universitaria mi maestro Nietzsche. Tuve la sensación de que en la vida se viven varias vidas. —Pedro, paciente, parecía escucharme con atención, aunque las veces que volteé a verlo siempre tenía los ojos cerrados. Ya faltaba poco para que llegáramos a Cuetzalan—. Según yo, me estaba convirtiendo en un verdadero revolucionario, en un hombre nuevo. Nietzsche me estaba enseñando a superarme, me mostraba el puente hacia lo que él llama el superhombre, el hombre superior que para el *Che* Guevara es el hombre nuevo y que no es sino aquél que logra "superarse a sí mismo".

»El proceso, repito, fue largo y doloroso; cada día había que construir un puente entre el yo de ayer y el yo de mañana. Era un juego de espejos permanente, pero que reflejaba, paradójicamente, un movimiento continuo.

»Pasó el tiempo. Junto con él llegaron —y se fueron— Rosalba, Verónica, Patricia, Ana...

—¿Ya te enfadé, Pedro?

—No. Te sigo escuchando.

—Ya voy a terminar.

»Fue por fin en agosto de 1968 que la volví a ver, en una asamblea de la Facultad, sentada en la tercera fila del abarrotado auditorio. Yo no podía creerlo, no daban crédito mis ojos. *La Inexpresiva* estaba ahí. Evidentemente había ido a buscarme y para eso se había atrevido a entrar a una Facultad que en ese tiempo era completamente masculina, y en donde cualquier mujer, bonita o fea, era saludada con gritos, aullidos, piropos y hasta groserías que desde los balcones y puentes de la Facultad proferían los futuros ingenieros.

»Al terminar la asamblea me acerqué a ella y juntos salimos del auditorio. Nos encaminamos hacia la Biblioteca Central. Esta vez fue ella la que trató de seducirme. Lloró, me declaró su amor y me dijo que pensaba en mí siempre, desde el último día en que nos habíamos visto. Me confesó que, aunque ya se había casado, a quien amaba en realidad era a mí. Pero para entonces yo ya había aprendido a apreciar las miradas y en la suya no reconocí a una mujer enamorada. Más bien me pareció una mujer desesperada, una mujer que no se había atrevido a mirarse al espejo. Ya no me convencieron ni su cuerpo hermoso ni sus lágrimas ni sus palabras. No supo, no quiso o no pudo quererme. Al parecer, ella ahora deseaba ser amada con ese amor que alguna vez le expresé en mis 15 cuartillas.

»Nos despedimos cerca de Rectoría. Ella me dijo simplemente: "Tú te lo pierdes". Yo guardé silencio. Sólo el viento la acompañó hasta las orillas de Ciudad Universitaria. Regresaba a su mundo blanco y negro en donde no existen los matices, en donde no hay juego de espejos. Tal vez si se hubiera quedado, si se hubiera unido a todos los que en ese momento nos enfrentábamos al gobierno de Díaz Ordaz, hubiera logrado verse en el espejo, pues por un instante estuvo en el lugar y en el momento correctos, cuando los estudiantes intentábamos construir un gran espejo para mirarnos todos y obligar al Estado y al gobierno a contemplar su figura autoritaria e ignorante, propia de una sociedad cerrada, retrasada y autocomplaciente.

»Si se hubiera quedado a sentir cómo en la Universidad —al igual que en las calles de la ciudad de México— el espíritu *hablaba por nosotros*, habría compartido nuestra gran fiesta libertaria en contra del autoritarismo, tanto del Estado como del paterno; y habría participado en la dinámica de ese movimiento que rompía tabúes ancestrales y entrelazaba las almas de cientos de miles de jóvenes en una solidaridad y una amistad desinteresadas que, como el verdadero amor, sólo les es dado conocer a algunos pocos afortunados. Entonces, quizás, algo en ella hubiera despertado. Para mí, la vida en blanco y negro había quedado atrás; en su lugar, se levantaba el estallido multicolor del Movimiento estudiantil de 1968: un espejo que obligaría a cambiar al Estado y a toda la sociedad mexicana.

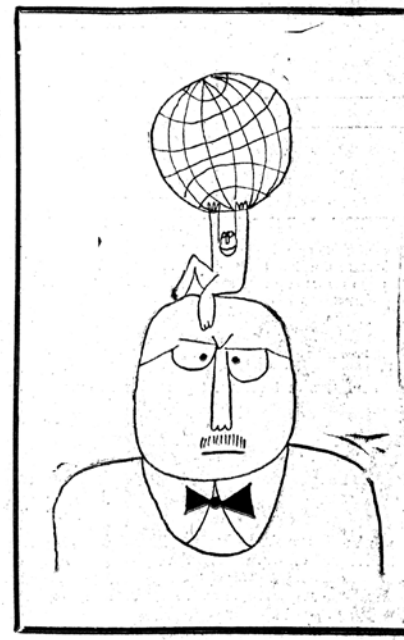
—¿Ya terminaste? —me preguntó Pedro, en un tono un poco irónico, parecido al que utilizaría un padre sabio y tolerante con el hijo al que le lleva muchos años de experiencia.

—Sí —le contesté.

Acurrucándose en el asiento, tranquilo y sin titubeos, habló así:

—Ustedes, los de la izquierda mal vestida, siempre le buscan tres pies al gato y le encuentran dos. Son muy complicados. Mira, te hubieras ahorrado toda esa larga y triste historia si me hubieras conocido en la *prepa*; desde entonces, yo sé que mi tipo de mujer es, simple y llanamente, la que me hace caso.

Enseguida, se durmió.



18.45 HRS.
POR LA CALLE DE INSURGENTES, QUE LOS AGENTES!
1845 HRS.
21 DE ABRIL
AUDITORIO "A"
FACULTADES
CUANDO UN GUERRILLERO MUERE, EN LA TRINCHERA CALIENTE, NO SE MUEREN LOS IDEALES QUE LO LLEVARON AL FRENTE
(El Queso)
OSCAR OLIVA
BÁRBARA
JUAN BAÑUELOS
COMITÉ DE LUCHA (ASUNTOS CULTURALES)
ESIME
COLABORACIÓN DE "EL NIETO DEL AHUIZOTE"

El Pájaro

LA DANZA DE LAS LUCIÉRNAGAS

Ante nuestros ojos asombrados
la explanada se convirtió en un escenario mágico,
en un campo poblado de gigantescas luciérnagas
que danzaban en medio de la noche

Tenía que darnos una clase en la noche, no apareció. Lo esperamos aún en la madrugada, no apareció. A la mañana siguiente, no apareció.

Comenzaba el mes de agosto. En la última reunión del Comité de Lucha habíamos acordado que era necesario disponer de todos los camiones de la Facultad para desplazar a las brigadas que día a día aumentaban. Muchas de ellas se trasladaban en el vehículo de algunos de los activistas, pero la mayoría se movía en transporte público a lugares muy distantes de Ciudad Universitaria para realizar asambleas, mítines relámpago, volantear, hacer pintas y pegas, etc.

En la asamblea matutina del día en que desapareció, otro compañero, Igor, preguntó quién sabía manejar camiones de pasajeros. Un jovencito delgado como una lombriz, Roberto, levantó la mano y dijo muy seguro: "Yo sé manejar camiones desde niño". Ciertamente, aún no había dejado de serlo. Tenía 17 años y acababa de ingresar a la Facultad.

En la asamblea de la tarde continuó la organización del curso de manejo, ya que se impartía esa misma noche. La lista

de los que querían aprender a manejar se cerraría al terminar la asamblea y el único requisito para tomar el curso era la licencia de manejo vigente. La clase constaría de un curso teórico y otro práctico; los instructores serían el Pájaro y Roberto.

El Pájaro había aprendido a manejar el camión Dina de manera lírica. Se atrevió a manejarlo desde que lo expropiamos, y era el único brigadista-chofer de camión confiable de que disponíamos. En una ocasión que llevó algunos compañeros a Topilejo para realizar un mitin relámpago. De regreso estuvo a punto de desbarrancarse en la parte más alta de la carretera federal, en ese tramo en donde se puede observar, muy abajo y a lo lejos, la autopista que lleva a Cuernavaca. En esa ocasión llegó al estacionamiento de la Facultad lívido y tembloroso, al igual que el alumno que lo acompañaba. Cuando nos contó lo sucedido a los que en ese momento estábamos en el Comité de Lucha, dijo por toda explicación:

—Es que le iba enseñando a Calderón.

—¡Cabrón! —exclamamos a coro— ¿A quién se le ocurre enseñar a manejar a alguien en la carretera federal, con un camión de pasajeros lleno de brigadistas y en el desfiladero más alto de la carretera?

Nos reímos, como nos reímos después de contarlo a otros compañeros. Como en ese mes en particular se había desplegado con mayor fuerza, entusiasmo e imaginación el Movimiento estudiantil, los riesgos eran una anécdota más que contar, entre tantas otras que sucedían a diario.

Así pues, los riesgos no importaban. Teníamos la urgencia de utilizar todos los camiones, pero sí era necesario tener algo de precaución, por lo que en el comité decidimos que quienes los manejaran deberían tomar obligadamente el curso para, de esa manera, poder confiar un poco más en los conductores. Se citó a los interesados a las diez de la noche, en la explanada conocida

como *de los frontones*. Los vehículos de que disponíamos eran el mercedes, el *international*, dos dinas y una combi.

A las diez de la noche todo estaba preparado, vehículos y conductores, pero el Pájaro no llegó. No obstante que era el más experimentado y necesario, después de esperarlo un buen rato, el curso tuvo que iniciar sin él. Roberto dio una explicación muy breve y general sobre el manejo de camiones de pasajeros y enseguida, en riguroso orden de lista, comenzaron las clases prácticas. Al principio, Roberto acompañaba en el vehículo a cada futuro chofer, pero una vez que todos aprendían más o menos a manejar el suyo, Roberto se bajó y los conductores comenzaron a practicar yendo solos de aquí para allá y de allá para acá, trazando libremente y a voluntad rectas y curvas a lo largo y a lo ancho, apagando y encendiendo las luces de los transportes. En el marco de la oscuridad nocturna, ante nuestros ojos asombrados, la explanada se convirtió en un escenario mágico, en un campo poblado de gigantescas luciérnagas que danzaban en medio de la noche. No eran sólo los cuatro camiones y la combi: una veintena de carros se habían sumado a la lista inicial del curso. Durante esa noche, todo aquel que se acercó aprendió a manejar.

Como en un verdadero baile, se cruzaban y rozaban a ritmo el mercedes con el *international*, el dina con el otro dina, mientras la combi esperaba su turno para empezar a danzar; los automóviles, cual palomillas alrededor de un foco, acompañaban a los camiones en su ballet improvisado.

Hacia la madrugada, el curso se había convertido en una fiesta; además de los diez aspirantes enlistados originalmente, aparecieron más de cincuenta espontáneos interesados en aprender a manejar.

"¡Me toca, me toca!", gritaban entre risas, luces, música, ritmo; sobre todo esto último, ritmo, ritmo, ritmo; de manera súbita,

alucinante, todo el ambiente, como por arte de magia, se había vuelto rítmico. Los camiones bailaban a ritmo, los autos que se sumaron a la danza también lo hacían a ritmo, las luces que bailaban en las sombras y las sombras mismas se entrecruzaban a ritmo, acariciando con sus manos encendidas a los autos, los camiones y a todos los jóvenes presentes en esa increíble madrugada.

La luna, quieta, simplemente observaba... y nadie se acordaba del Pájaro.

Fue hasta entrada la mañana —cuando Igor reportó al Comité de Lucha que "un chingo de cabrones" había aprendido a manejar durante la noche— que todos comenzábamos a inquietarnos y a preguntarnos qué había pasado con nuestro instructor.

Ya casi a media tarde, y totalmente ajeno a nuestros pensamientos, vi que el Pájaro atravesaba la explanada que une Rectoría con la Biblioteca Central.

—¿Qué te pasó? —le pregunté— ya nos tenías preocupado.

Él, sonriendo de oreja a oreja, se quedó callado por un momento; sacudió de un lado a otro la cabeza y me miró a los ojos, diciendo con voz alegre:

—Ya no soy virgen.

—Y de seguro Esperanza tampoco —le contesté.

Fue durante esa noche mágica que el Pájaro dejó de ser virgen.

Mientras los camiones bailaban, él danzaba con Esperanza en algún lugar del camino a Cuernavaca; mientras se entrelazaban las luces y se rozaban los camiones, él y ella se besaban y entrelazaban sus brazos y muslos; cuando todo entró en ritmo, ellos también se fundían en un solo ritmo, en un solo cuerpo. En ese momento, el mundo de arriba se conectó con el mundo de abajo.

El amor del Pájaro y Esperanza se desbordó en la madrugada. Los ritmos de los amantes y los de la fiesta se conectaron,

y en el campo de las gigantescas luciérnagas danzantes, los allí reunidos, sin saberlo, celebramos la primera comunión de sus cuerpos vírgenes, el primer orgasmo del Pájaro en una vagina amorosa, cálida y húmeda.

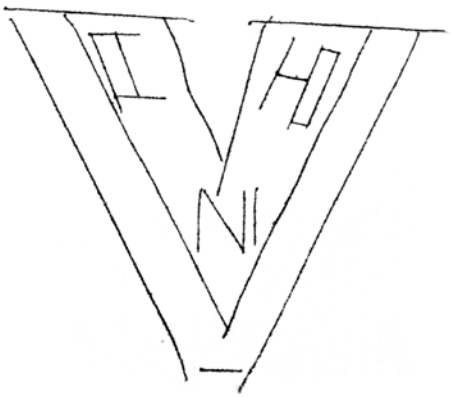
La luna... simplemente observaba.

Cuando llegamos más tarde al Comité de Lucha, los compañeros le reclamaron su ausencia en la clase de manejo. Mustio, les contestó:

—Estuve enfermo.

—De amor —murmuré entre dientes.

Nos miramos y sonreímos.


FIN

Gabriel

DOS DE OCTUBRE: DRAMA DE AMOR Y MUERTE

Pienso en ti, luego vivo

No sé cómo salí de la plancha de la plaza de Tlaltelolco.
Sólo recuerdo que corro como conejo
y me escondo en una jardinera.
Junto a mí y sobre mí se encuentran varios cuerpos.
Me arden el pecho y la pierna.
Escurre la sangre de mi cuerpo
y la del cuerpo que está sobre mí.
El joven cuerpo sobre mí ya no se mueve,
estoy aterrorizado.
Mi tía Adela que oraba a todas horas
cuando estuvo a punto de morirse ahogada
me dijo, *no pensé en Dios, no pensé en nada...*
Vivía con ese remordimiento
que llamaba pecado de traición.
Yo estoy peor,
sólo pienso en Ana Sofía, mi hermosa prima.
¿Cómo se llamará mi pecado?
Sé que estoy vivo porque tu mirada está en mi mente,
me prendo al verdor aceitunado de tus ojos.

Cesan los ruidos de botas y metralla,
sólo pienso en ti,
en el primer beso que nos dimos
bajo el kiosco morisco de la alameda de Santa María.
Salimos del Kiko's a donde siempre íbamos
con una nieve para los dos.
Me dabas probaditas de la nieve.
Esa tarde paseamos en nuestras bicicletas
y llegamos hasta el bosque de Chapultepec.
Regresamos bañados primero de sol y luego de lluvia,
éramos adolescentes y estábamos felices
y desde entonces te amo.
¡Qué impotencia!
De nuevo escucho disparos dispersos,
ya es de noche, oscureció de repente,
Dios está en nuestras oraciones, decía mi tía,
no necesita que lo amemos.
A Dios lo necesitamos como yo a tu tío, decía sonriendo,
aunque necesito a Dios en estos momentos
no pienso en él, no le pido nada...
Me estoy muriendo y yo sólo pienso en ti.
¿Qué tipo de pecado será ése?
Pienso que el amor sólo se da entre iguales,
Ana Sofía es mi igual,
llevamos la misma sangre,
la misma que escurre por mi cuerpo
mientras que mi vida se escapa.
No sé si voy a sobrevivir,
sólo sé que estoy vivo porque sigo pensando en ti.
Pienso, luego existo, decía Descartes.
Pienso en ti y sé que aún vivo.

Yo pienso en ti, luego vivo.
Me aferro a este pensamiento...
Contra las enseñanzas de mis padres
el que habita al abrigo del Altísimo
morará bajo la sombra del omnipotente.
Recuerdo
Caerán a tu lado mil
y diez mil a tu diestra,
mas a ti no llegará,
rezaba con fervor el salmo 91
mi padre todas las mañanas.
Así siempre estarás protegido,
afirmaba mi madre.
Me estoy muriendo
y mi último pensamiento es para ti,
acaso blasfemo.
Mientras siga pensando en ti sé que estoy vivo.
Pienso en ti, luego vivo me repito.
Así me aferro a la vida que me queda,
Sigo pensando sólo en ti
y me veo paseando a tu lado por la calle de San Cosme
llena de luces que iluminaban tu sonrisa,
tu bello rostro lleno de pequeñas pecas,
en nuestros paseos nocturnos
cuando salías por el pan y por la leche...
No siento dolor.
No siento odio.
No pienso en venganzas.
No tengo tiempo para eso,
me estoy desvaneciendo.
Ahora sé,

es mi única certeza.
Me sigo desvaneciendo.
Se escapan mis frágiles pensamientos,
que lo único por lo que vale la pena vivir, Ana Sofia,
es mi último pensamiento.
Es amar y ser amado.

Jesuso

DOS NACIMIENTOS

En memoria
a un hombre con
gusto por el gusto

"Ya te conseguí novia", me dijo sonriendo, con una expresión pícara en su rostro —muy propia de él— que conservo aún en mi memoria, mientras yo jugaba con sus hijas adentro de la tienda de campaña. "Está en el 'restaurante'. Ve con ella, es una francesa que no encontró alojamiento y yo, muy solícito, la invité a compartir el alojamiento improvisado que conseguimos".

Era el Tulum de principios de los años setenta. El alojamiento consistía en una tienda de campaña con piso de tierra, en donde cabían dos improvisadas camas hechas de tablones.

Como yo seguía teniendo relaciones que terminaban tan pronto como empezaban, me sentía solo, no sabía en dónde iba a pasar el fin de año y todavía estaba fresca mi última ruptura amorosa. Seguramente por esa razón acepté la invitación para pasar la Navidad con él y su familia en Chetumal, donde él trabajaba, con el plan de recorrer después el Caribe mexicano. "No quiero saber de mujeres", le había dicho días antes, y eso indudablemente lo motivó a extenderme la invitación: "con o sin", me dijo; "sin", le respondí.

Salí de la tienda de campaña y fui al "restaurante", que no era más que un cuarto hecho de láminas de cartón piso de tierra, una

estufa, unas cuantas mesas y una lámpara de gas. Ella, Josie, estaba sentada en una de las mesas, con una mochila por todo equipaje. Agradeció que fuera a compartir con ella *mi cama*, pues había estado buscando alojamiento toda la noche y no había encontrado.

Cenamos ya muy tarde y decidimos ir a la playa, encender una fogata y quedarnos hasta la madrugada entre el cielo estrellado, el mar y los recuerdos de años pasados. Camino a la playa, recogimos trozos de madera que sirvieron para mantener la fogata hasta el amanecer.

—¿Cuándo nació María José? —me preguntó Guadalupe, muy seria mientras cubría con una frazada a Paulina, que dormitaba tirada en la arena. María José dormía acurrucada en mis brazos. Prácticamente desde que salimos de México yo me había convertido en su "pilmamo".

Sorprendido, le respondí:

—¡Cómo! ¿Tú no sabes la fecha en que nació tu hija?

—Así es; tú la debes recordar mejor que yo —me dijo.

Y era verdad, yo recordaba la fecha mejor que ella.

Josie tenía planeado pasar varios días en Tulum, pero el día siguiente decidió unírsenos en nuestro recorrido por el Caribe. Estuvimos en Bacalar, en Xel-Ha, en Koba, en Playa del Carmen y en Cancún, en donde ella y yo nos bañamos desnudos e hicimos el amor en las arenas blancas de una inhóspita playa. Después viajamos a Medellín, para pasar Año nuevo, y por último fuimos a Chichén-ltzá y a Mérida.

Por esos rumbos fue que escuché por primera vez el *reggae* y lo vi bailar, en una demostración privada a cargo de una amiga inglesa de Josie, acompañada por un negro jamaiquino que bailaba extraordinariamente.

Josie, además de ser una verdadera atleta, también era una atleta sexual. Hicimos el amor desde aquella ocasión en la tienda

de campaña de Tulum y no paramos hasta que me despedí de ella en el aeropuerto de Mérida.

Jesuso y Guadalupe eran marido y mujer. Se habían conocido durante el Movimiento estudiantil de 1968. Ella estudiaba Psicología en la Facultad de Filosofía y Letras, y él Ingeniería civil, en la Facultad de Ingeniería.

Se les veía juntos desde principios de agosto. Él participaba en el Comité de Lucha de la Facultad y ella simplemente lo acompañaba. Guadalupe se alojaba en una casa exclusiva para mujeres, atendida por monjas, por lo que había una vigilancia estrecha y mucho control en las horas de entrada y de salida. Sólo así los padres provincianos se animaban a mandar a sus hijas a estudiar a la Ciudad de México.

Los dos eran muy delgados y les gustaba vestir al estilo *hippie*, de moda en ese tiempo. Traían el cabello largo, calzaban huaraches y vestían ropa folclórica; al menos así los recuerdo desde la primera vez que los vi juntos.

Acostumbraban salir de la ciudad a pasear y aprovechaban sus viajes para llevar propaganda del movimiento. Fueron a Oaxaca, Morelia, Puebla y Cuernavaca.

Cuando el ejército tomó Ciudad Universitaria y el Consejo Nacional de Huelga fue desmembrado, al Comité de Lucha de la Facultad comenzó a hacerle falta el dinero. Jesuso pensó en hacer una fiesta para recaudar fondos. Precisamente en ésas andaba cuando dejé de verlo, pues después del 2 de octubre, Igor y yo salimos de la Ciudad de México hacia el sureste, de donde regresamos a principios de noviembre para reintegrarnos a lo que quedaba del Comité de Lucha y del CNH. Los volví a ver a mediados de ese mes y seguían de novios.

Por esas fechas, los compañeros de la Preparatoria Popular acababan de estrenar su edificio en la calle de Liverpool. Después

de que el CNH se autodisolvió, organizaron una posada navideña en sus nuevas instalaciones. A esa posada llegaron Jesuso y Guadalupe, ya como marido y mujer. Se habían casado esa misma mañana teniendo como testigos a Toño y a Luis Rodríguez Viqueira. Como todo había sido de improviso, Toño completó los testigos que hacían falta con las dos primeras personas que pasaron por la calle.

Cuando estuve en la cárcel, Jesuso me visitó varias veces; me llevaba siempre los programas del Hipódromo de las Américas para que yo pudiera apostar desde la prisión. Juntos discutíamos y seleccionábamos los caballos a los que había que apostarles. Era más un reto que otra cosa: burlar la vigilancia para pasar el programa de las carreras y sentir que, aunque de manera *virtual*, yo estaba afuera.

Cuando salí de la cárcel ya tenían una hija preciosa, Paulina, por lo que él tenía que trabajar y estudiar. Además, puso un negocio de copias heliográficas en la calle de Medellín, a unos pasos de la avenida Insurgentes. No obstante sus nuevas obligaciones económicas y familiares, Jesuso conservaba sus inquietudes políticas, por lo que decidí invitarlo a la conferencia de prensa que Heberto Castillo iba a dar en su casa para hacer un llamado al pueblo mexicano. Pero cuando llegamos Igor y yo a su negocio, nos salió con que tenía mucho trabajo y que además tenía que llevar a Guadalupe al sanatorio, porque estaba a punto de parir. Nos dijo que luego nos alcanzaba.

Guadalupe estaba desesperada por las contracciones en aumento, y apuraba y desesperaba, hasta donde se puede desesperar, a Jesuso. Atribulado y molesto por las presiones del trabajo y las de Guadalupe, optó por pedirnos a Igor y a mí que lleváramos a Guadalupe al hospital porque él "de plano" no podía. Con el tiempo encima, subimos a Guadalupe al automóvil y nos encaminamos al Hospital Inglés. Teníamos que parar cuando las contracciones

aumentaban, pero lo hacíamos brevemente porque también nos apuraba llegar a la cita con Heberto. A Guadalupe la dejamos en la puerta del hospital, ni siquiera la acompañamos a registrarse. De inmediato y a toda velocidad nos dirigimos hacia la casa de Heberto.

Llegamos ahí tal como llegamos al sanatorio, *rayando el cuaco*. La prensa y la televisión ya estaban presentes, al igual que el poeta Octavio Paz y el escritor Carlos Fuentes (que según comentaron algunos llegó acompañado por la bellísima actriz extranjera Romy Schneider). Fuentes elaboró el llamamiento en un dos por tres. Heberto Castillo lo leyó para todos los asistentes y enseguida siete personas lo firmamos esa noche; cientos de compañeros lo harían posteriormente. Sin duda, ese documento —que dio origen al Comité Nacional de Auscultación y Coordinación (CNAC), al Comité Nacional de Auscultación y Organización (CNAO) y más tarde al Partido Mexicano de los Trabajadores (PMT)— aún conserva completamente su vigencia.

Mientras se leía el llamado, Guadalupe estaba dando a luz a María José, la segunda hija de Jesuso.

Lo consideramos un buen presagio.

Era el 21 de septiembre de 1971.

P. D. A casi tres años del nacimiento de María José de las entrañas de Guadalupe, el 8 de septiembre de 1974 nacería *de las entrañas del pueblo* el Partido Mexicano de los Trabajadores, que pretendía, en palabras del propio Heberto, "crear la universidad en donde el pueblo aprenda a hacer su política".

SE INVITA AL PUEBLO DE MEXICO A QUE ASISTA A LA GRAN AMANIFESTacion que se llev r

SE INVITA AL PUEBLO DE MEXICO A QUE ASISTA A LA GRAN MANIFESTACION QUE SE LLEVARA A CABO EL DIA 27 DE AGOSTO CON SALIDA DE LA EXPLANADA DEL MUSEO DE ANTROPOLOGIA (CHAPULTEPEC) A LAS 16 HORAS

CAMPESINOS, OBREROS, ESTUDIANTES UNIOS.

POR EL CUMPLIMIENTO ESTRICTO DE LA CONSTITUCION.

POR UN ESTADO DE JUSTICIA SOCIAL.

COMITE NACIONAL DE HUELGA.

La carta

EL DESENGAÑO

El verdadero dolor radica
en perder completamente la esperanza

Me cuesta trabajo escribirte.
Estoy enojada contigo,
no sé qué decirte,
los recuerdos me abruman,
vivo azotada.
Ese día llegué tarde al concierto,
a tu concierto.
Desde que llegué supe que habías puesto tus ojos en mí.
Mis amigas me habían reservado un asiento.
En la mañana estuve en la alberca,
por eso la piel de mi rostro estaba quemada.
Al pedir permiso para llegar a la butaca
vi que observaste mis piernas doradas.
No despegaste tu mirada de mí.
Me hiciste sentir más bonita de lo que soy.
Sabías que de entre todos los músicos
era a ti a quien miraba.
Te veías guapo.
Estabas guapo.
Eres guapo.

Al terminar el concierto te acercaste a mí,
me diste tu teléfono y me dijiste háblame.
Engreído,
me dio el teléfono del hotel,
qué se cree...
Le di el teléfono de la casa de mi mamá,
háblame...
Ese mismo día en la noche llamaste.
Querías que te mostrara la ciudad.
Ya no volvimos a separarnos
hasta que te fuiste a tu tierra.
Te llevé al aeropuerto,
subiste la escalera y desde ahí me mandabas besos.
Yo te miraba desde la barandilla con los ojos mojados.
Prometiste volver para casarnos.
Te fuiste el mes lluvioso de julio,
cuando las ranas empiezan a brotar en los campos
y asaltan los caminos.
Sólo ibas a vender tus propiedades,
me habías elegido a mí y a México para vivir.
¿Por qué no cumpliste tu promesa?
¿Dónde quedó el automático que pactamos?
Porque te dije estoy un poco loca,
por eso acordamos el automático,
Diga lo que diga y haga lo que haga,
no me creas nada,
porque estoy loca.
Te reíste.
El automático es para siempre, dijiste.
Podría pelear contigo y enojarme e injuriarte
y golpearte y alejarme y rechazarte,

pero la reconciliación sería automática.
Me diste tanto gozo,
te di tanto gozo...
Todos los días paso a la agencia del correo
a ver si está tu carta.
Ya me conocen los empleados.
Ven crecer la desesperación en mi cara.
Mi rostro se descompone.
No tiene carta,
lo dicen aún antes de que entre yo a la agencia.
Sienten pena por mí los empleados.
Luego asisto a la asamblea de mi Facultad.
Salgo todos los días a volantear y a botear,
pero me la paso pensando en ti,
no hay momento en que no esté pensando en ti,
pinche gobierno,
con él desquito mi rabia de no tenerte.
He arrastrado mi desgracia durante todo el movimiento.
Nadie sabe el gran dolor que siento
de no verte y no saber de ti.
Me mata llegar a la agencia del correo y oír
No tiene carta...
Me estoy muriendo.
Ya no quiero ir pero siempre termino por ir.
Si tan siquiera supiera que estás con el amor de tu vida,
la brasileña que tiene un hijo tuyo.
Sé que no vas a volver,
ya es octubre y sobre mí pesan muchos muertos
y presos y desaparecidos.
Si tan sólo supiera que estás muerto
quizás entonces volvería a vivir.

P. D. La policía de su país lo vigiló desde que bajó del avión. Lo siguieron hasta su pueblo natal en donde, días después, fue arrestado, torturado y desaparecido. Muchos años más tarde, al darse a conocer públicamente las actividades de la *Operación Cóndor*, supo de él por un sacerdote y un músico amigo, que le entregaron una pulsera y una carta sin sobre ni dirección ni remitente. Empezaba así:

Amor mío:
Estoy...

Era la carta que tanto había esperado. La que dio fin a sus esperanzas.

Las cuatro vírgenes [4V]: el pacto.

PARA CURARSE DE LA VIRGINIDAD

La virginidad produce cáncer,
vacúnate

"La virginidad produce cáncer, vacúnate", era una de las pintas más llamativas sobre uno de los muros de la Escuela de Ciencias Políticas y Sociales. Aunque hacia 1968 ya habían penetrado en nuestro país algunas ideas sobre la liberación sexual femenina, fue durante el Movimiento estudiantil que se propagaron con más fuerza, muchas veces como parte de una auténtica revolución política y social. El hombre nuevo necesitaba una mujer nueva. Esas ideas se habían ido conformando desde hacía una o dos décadas en los países más avanzados, como Francia, Estados Unidos y los países nórdicos de Europa. El principal teórico de la revolución sexual fue un psicoanalista austriaco, Wilhelm Reich, cuyas ideas cayeron en tierra fértil tras un largo periodo de puritanismo sexual,

cuya problemática ya comenzaba a aparecer en la literatura y en el cine. El movimiento feminista, los *hippies* y la creación de la píldora anticonceptiva también contribuyeron a la ruptura de los tabúes sexuales. Primero unos cuantos, y después muchos jóvenes estudiantes, hombres y mujeres, cambiaron con facilidad su mentalidad sobre uno de los pilares de la sexualidad tradicional: la virginidad de la mujer antes del matrimonio sería desde entonces una elección y no una obligación; el sexo podría dejar de ser la antítesis del amor para convertirse en su complemento, o bien, independizarse gozosamente. Pero, sin duda, al inicio del movimiento de 1968 había entre la población estudiantil femenina muchas más vírgenes que cuando terminó.

De éstas últimas yo conocí a cuatro que eran muy amigas. Recién ingresadas a la Universidad Nacional Autónoma de México en ese mismo año, las cuatro estaban enamoradas de Jim Morrison, del *Che* Guevara y fantaseaban con decirles al oído «Babe, com'on ligth my fire», aunque seguramente eso al *Che* no le habría gustado, al menos en el idioma del imperialismo.

Nacho me las presentó en *las Islas* de Ciudad Universitaria, en alguna de las tantas ocasiones que atravesamos juntos el amplio espacio verde para ir a la Biblioteca Central. Él era su amigo apenas desde mayo, pero habían simpatizado tanto que ya lo habían convertido en su confidente, a tal grado que le permitían participar en sus conversaciones en torno al sexo y la virginidad en general, pero particularmente a la de ellas, que comenzaban a considerar que podían calmar su calentura, aunque no fuera con Morrison o con el *Che*.

Cuando las reuniones eran muy íntimas no lo invitaban, pero eso a Nacho le importaba poco, ya que poseía el don de estar presente en cualquier sitio sin ser visto, lo que le permitía participar como *oyente* cuando su curiosidad era superior a su discreción.

Otras veces lo invitaban expresamente, cuando les interesaba conocer el punto de vista masculino de sus ideas respecto del sexo, ya que en su medio tanto estudiantil como familiar, con los compañeros que "quién sabe qué onda" o con los abuelos, los tíos, los hermanos y los padres, con una "onda" muy bien conocida, era imposible atreverse siquiera a mencionar el tema. Muchas de las ideas y planteamientos que ellas expresaban en sus reuniones se convertirían con el tiempo en demandas y propuestas feministas sobre la sexualidad de la mujer.

Las cuatro eran guapas, pero no bonitas; no eran ricas, pero sus familias tenían la suficiente solvencia económica para enviar a sus hijas a estudiar a la universidad. Sólo una de ellas se creía fea —cosa que no era cierto— pero solía decir: "Como dice mi mamá, lo feo parejito se parece a lo bonito", y soltaba la carcajada. Además de inteligentes, eran simpáticas y alegres.

Las cuatro habían probado ya el alcohol, tres de ellas en fiestas de la preparatoria, pero Sara era la única que sabía lo que era una borrachera y una espantosa cruda; había tomado por solidaridad con su hermano, quien estaba pasando por una decepción amorosa. Ella tenía apenas trece años. Pero en los sesenta, por encima de las tradicionales borracheras, empezó a cundir la tentación por probar la mariguana, que también era tema en sus conversaciones.

Así, un día le pidieron a Nacho que les consiguiera *la yerba*. Sonó casi como una orden. Nacho no se asombró, sino que pacientemente les relató que él ya la había fumado con tres amigos de la Facultad. Uno de ellos había conseguido un *guato* en el mercado de Sonora y entre todos se habían hecho un verdadero puro que empezaron a fumar entre temores, risas y bromas. "Era más el humo que se escapaba que el que aspirábamos —les dijo— y no pasó nada extraordinario, fue una simple experiencia propia

de la vagancia de juventud". Y prosiguió, sabiendo que los temas principales de sus amigas eran el amor y el sexo: "Sé que algunas personas y sobre todo a los jóvenes con conflictos sí los afecta y sí peligran, pues pueden convertirse en adictos. Así que mejor olvídense de ese rollo y sigan con lo suyo, porque la mejor droga es el amor". Eso calmó sus ansias por fumar marihuana.

Inteligentes y con la consciencia de no ser muy bonitas, sabían que no podían apostar su futuro a la belleza física, a conseguir un marido que las mantuviera por siempre. Pero, por otro lado, tampoco lo deseaban. Su proyecto de vida se concentraba en el estudio y en la independencia económica, pues ya intuían que en la dependencia se les iba la libertad. Sin embargo, no podían ni querían renunciar al sexo ni al amor correspondido. Para lograr sus objetivos, entonces en apariencia contradictorios, comenzaron a tener entre ellas reuniones deliberativas formales y a diario sobre el asunto. Poco a poco maduraron y ajustaron sus ideas hasta afinar sus planteamientos y argumentos, que finalmente las conducirían a un corolario y a las acciones correspondientes. De la teoría a la praxis. El retorno de la praxis a la teoría iba a tomarles mucho más tiempo, hasta el término de sus estudios universitarios y más allá. Pero en ese momento, esto fue lo que concluyeron:

Planteamiento 1: Los hombres buscan y desean a las mujeres bonitas y vírgenes; nosotras no somos bonitas, pero sí vírgenes, por lo que para nuestros planes, la virginidad es un estorbo.

Planteamiento 2: Queremos dejar de ser vírgenes, pero tenemos que hacerlo por elección consciente y con un hombre que elijamos especialmente para eso. En nuestros casos, la virginidad nunca será motivo de negociación a la hora de elegir compañero, marido o amante.

Planteamiento 3: Tenemos que ser estudiosas y no solamente estudiantes, acabar la carrera y recibirnos lo más pronto

posible, y después trabajar duro para lograr nuestra independencia económica.

Corolario: Ya sin el estorbo de la virginidad y sus mitos; ya con independencia económica, nuestra elección de pareja tendrá que ser sólo por amor.

Las acciones congruentes con esos planteamientos comenzaron en un conciliábulo que tuvo lugar una mañana de julio de 1968, cuando decidieron por unanimidad que tenían que dejar de ser vírgenes a la brevedad posible. Ese día Nacho llegó espantado por semejante decisión.

—Están locas de la cabeza —dijo.

—Y de la vagina también —agregué.

La curiosidad por conocer un pene las obsesionaba. Una de ellas se propuso como investigadora, le pidió a su primo quinceañero que le mostrara el pene, diciéndole que era para un trabajo de la escuela. El informe correspondiente tuvo lugar en su *isla* favorita:

—Es bastante feo, parece un moco de guajolote y, cuando crece, sale una cabeza de un gorro de pellejo que lo envuelve.

—Bueno, pues si no hay más remedio, tendremos que probarlo —dijeron las demás, completamente confundidas e intrigadas del por qué entonces a Freud se le había ocurrido que la mujer sentía envidia del pene y de por qué los hombres le daban tanta importancia.

Finalmente, ninguna cedió en el compromiso que entre todas habían construido. Era imperativo perder la virginidad. Sólo el cómo, cuándo y con quién quedaría en las manos de cada una.

En sus siguientes conciliábulos, que se extendieron durante toda la carrera, fantaseaban, cada una de ellas, con quién perder su virginidad. Como no había suficientes *Ches* ni Morrisons, la búsqueda de prospectos pasó por muchos periplos, antes de aterrizar en elecciones posibles.

COMISARIADO DE ORDEN

Compañero :

La manifestación de duelo y protesta es una causa justa, por la cual debemos velar personalmente. Tu responsabilidad universitaria le debe mostrar al pueblo -- que somos la vanguardia del progreso y del bienestar en todos sus sentidos.

¡Vigila el buen cauce de esta magna protesta!

Señala y reten al agitador, al politiquillo, al - depredador al infiltrado que trate de provocar el desorden y por lo tanto de nulificar las metas que nos hemos propuesto.

No le demos motivo alguno a los chacales del go-- bierno para que nos ataquen por todos los medios de sugran garrote (Macanas, Bazzokasos, prensa etc.et.

Al disolverse la manifestación hazlo del mismo orden y con la misma rectitud como se desarrolló.

Atiende y escucha a los comisionados del orden y- a los comisarios generales.

¡Luchemos hasta el éxtasis fría e inteligentemente por un México mejor.

Cd.Universitaria a lo. de Agosto de 1968.

COMITE DE LUCHA DE INGENIERIA.

Las 4V: Marcela

AMORES *GRILLOS*

Mientras más hago el amor,
más ganas tengo de hacer la Revolución,
y mientras más hago la revolución,
más ganas tengo de hacer el amor.
(Mayo francés)

Después de haber considerado por un tiempo a varios prospectos que no pasaron de ser imaginarios, fue hasta el 31 de julio, al inicio del movimiento, y precisamente el día en que el rector de la Universidad dejó bien clara su postura de apoyo a los estudiantes en huelga, que Marcela conoció a un joven con un gran futuro: futuro delegado al Consejo Nacional de Huelga y preso político.

Él venía acompañando a un profesor que pasó cerca de ella y de sus amigas rumbo a una improvisada tribuna, desde donde habló: "Hemos venido a pugnar porque en nuestro país se viva un auténtico régimen de derecho... No se pueden enseñar en las aulas esos principios si no se defiende, como ahora, un derecho establecido". Mientras el maestro hablaba, el "futuro" de Marcela permanecía a unos cuantos pasos de ella. Cuando terminó el breve discurso, ella se acercó al joven estudiante comentando algo de lo dicho por el profesor. Eso bastó para que él se soltara hablando y le contara que ya se estaba haciendo un pliego petitorio a las

autoridades con la participación de estudiantes de la Universidad, del Politécnico y de Chapingo.

El Consejo Nacional de Huelga apenas se estaba gestando. El rector de la UNAM, don Javier Barros Sierra, consciente de la gravedad de la situación, temiendo por el curso que pudieran tomar los acontecimientos y a sabiendas del riesgo que corrían los jóvenes estudiantes al enfrentarse directamente con el gobierno, tomó una difícil pero valerosa decisión: encabezar en esos momentos la protesta estudiantil y convocar a una manifestación que él encabezaría, junto con funcionarios y maestros de la institución. Hombre de amplia cultura, íntegro y de fuertes principios, supo arriesgar sus intereses antes que traicionar a la comunidad universitaria.

Durante esa mañana el rector se había reunido con representantes de la Asamblea General de la Facultad de Ingeniería, a quienes dijo: "Permanezco al lado de los universitarios en su protesta contra los ataques a nuestra autonomía y en sus manifestaciones pacíficas tendientes a la reivindicación de su personalidad estudiantil ante el pueblo de México".

—¿Qué? —le preguntó el joven a Marcela— ¿No estuviste ayer en la explanada cuando el rector izó la bandera a media asta en señal de luto?

—No —le respondió ella— no pude, acompañé a mi papá al doctor. Pero cuéntame ¿qué pasó?

—El rector sabe sabe de dónde vienen las provocaciones y a quién van dirigidas, por eso ayer dijo: "No cedamos a provocaciones, vengan de fuera o de dentro...". Para esto, ya le habían comenzado a hacer *ruedita*, pues no dejaba de hablar y de disipar las dudas que le hacían los estudiantes menos informados.

La excitación de los allí reunidos iba creciendo casi tanto como la de Marcela, que pensó para sí, *es inteligente, vivaz y guapo*; y sin dejar de mirarlo, o más bien de admirarlo, añadió,

No es el Che *Guevara, que por lo demás ya está muerto; éste está aquí vivo, ante mis ojos, en el presente; es un buen prospecto*". Entretanto, Nacho, a unos cuantos pasos de Marcela, platicaba con sus amigas, las otras tres vírgenes, en espera de que el rector bajara de sus oficinas.

Hacia el mediodía ya se habían concentrado en la explanada de Rectoría alrededor de veinte mil personas, entre maestros, estudiantes y trabajadores. Al filo de las 12:30, el rector bajó y leyó un mensaje firmado por los directores de las Facultades, Escuelas e Institutos de la UNAM. Entre otras cosas, señaló que: "La autonomía de la Universidad es esencialmente la libertad de enseñar, investigar y difundir la cultura..."; "La educación requiere de la libertad..."; "La libertad requiere de la educación..."; "Dentro de la ley está el instrumento para hacer efectiva nuestra protesta. Hagámoslo sin ceder a la provocación...". Al terminar de leer el mensaje, el rector agregó: "Quiero además aprovechar la oportunidad para anunciar que si se hace necesario, encabezaré una manifestación de protesta en la que presentaremos, fuera de la Ciudad Universitaria, nuestra demanda de respeto absoluto a la autonomía universitaria".

—Mañana —afirmó con gran certeza el futuro líder— el rector va a encabezar la manifestación. ¡Ya lo verán! —y casi gritó— ¡Tenemos que parar la provocación! —con la clara intención de ser oído por quienes le rodeaban.

Mientras tanto, Cecilia, levantando ligeramente el brazo y moviendo su mano, le hizo una seña a Marcela indicándole que ya se iba, pues Nacho y sus otras dos amigas ya iban bajando la escalinata que conduce al mar verde de *las Islas* y, lentamente, encaminaban sus pasos rumbo a su Facultad. Al ver que Marcela se retiraba apresurada para alcanzar a sus amigas, el joven le gritó:

—¿Vas a venir mañana? —al tiempo que él también se retiraba de la explanada de Rectoría con los compañeros con los que había llegado.

—Sí, si hay manifestación, vengo —le contestó ella, alejándose.

Ya en la cafetería de su Facultad, Marcela les confió a sus amigas que aunque desde luego no era el *Che* Guevara, el joven parecía un buen *grillo*, "y eso me gusta".

—¿Cómo se llama?— le preguntaron.

—No lo sé, pero él tampoco sabe cómo me llamo yo.

Al día siguiente, Nacho y sus amigas llegaron a Ciudad Universitaria cerca de las cuatro de la tarde y se situaron a un lado del basamento del edificio de la Rectoría, que proyectaba algo de sombra sobre la explanada. Aquello era una fiesta. No dejaban de llegar contingentes, a pie, en camiones o en automóviles, que se iban concentrando en la explanada y en sus alrededores. Además de los estudiantes de la Universidad, había estudiantes del Politécnico, de Chapingo y de otras escuelas.

—Tengo un apuro, voy al baño de la biblioteca, no tardo, no se muevan de aquí —les dijo Marcela a sus amigas mientras apresuraba el paso.

Al salir, entre la enorme multitud que se encontraba al pie de las escaleras de la Biblioteca Central, en una casualidad casi imposible, el *grillo* y Marcela se encontraron de nuevo frente a frente. Así trabaja el destino.

Él estaba hablando de la importancia de la manifestación, de la libertad, de la unidad de los estudiantes y, sobre todo, de la dignidad con que éstos y las autoridades universitarias, particularmente el rector, habían respondido al abuso de autoridad del gobierno. "Por nuestra parte —decía— en las calles se observa la intensa actividad de nuestras brigadas políticas de información, para

llevar al pueblo de manera directa a través de nuestros volantes, publicaciones, carteles y mítines relámpago nuestra versión de los acontecimientos, y de esta manera contrarrestar la campaña del gobierno, de la burguesía en el poder, de la prensa vendida y de los grupos reaccionarios y conservadores. La táctica de nuestras brigadas debe ser movilidad, desplazamiento y dispersión, para de esta manera reducir las posibilidades de represión y aprehensión en contra de los estudiantes...". Al verla, ya no terminó la explicación. "Discúlpenme", les dijo a los que le escuchaban, mientras se dirigía a ella para saludarla.

Ninguno de los dos disimuló el gusto por el reencuentro. Ya no se separaron durante el tiempo que faltaba para que se iniciara la marcha. Buscaron a Nacho y a sus amigas, a fin de que marcharan todos juntos en la manifestación. Pero la marcha estaba a punto de iniciarse y ellos seguían sin poder localizarlos. Se separaron entonces para tratar de encontrarlos más rápido. Fue en ese momento, aproximadamente a las 4:30 de la tarde, cuando el rector comenzó a pronunciar su mensaje a los manifestantes. Así, mientras caminaban hacia adelante y hacia atrás buscando a sus compañeros, ambos escuchaban algunas frases que les llenaban de emoción: "...Será también la demanda, la exigencia por la libertad de nuestros compañeros presos, la cesación de las represiones...".

—Ve a buscarlas donde quedaron de verse, mientras yo voy a la biblioteca.

Los altoparlantes continuaban: "...Sin ánimo de exagerar, podemos decir que se juegan en esta jornada no sólo los destinos de la Universidad y el Politécnico, sino las causas más importantes, más entrañables para el pueblo de México".

—No los encontré, date una vuelta por *las Islas* y yo voy por el lado de Arquitectura, nos vemos a los pies de la escalera

de la biblioteca, ahí donde nos encontramos. ¡Apúrate, ya está por terminar el mensaje del rector!

La voz, firme, sentenciaba al final: "Los provocadores, lo señalo desde ahora, si los hay —espero que no, confío en que no—, serán objeto del repudio mayoritariamente abrumador de la comunidad universitaria. Y yo, lo digo desde ahora y sin ambages, seré el primero en denunciarlos ante nuestra Universidad y ante la opinión pública. Muchas gracias". El rector de la Universidad Nacional procedería entonces a encabezar la primera de las tres mayores manifestaciones del Movimiento estudiantil de 1968.

—Ya los hallé, vienen para acá. Los encontré cerca del correo, fueron a comerse una torta a la terminal de camiones; por cierto, también trajeron una para ti —le dijo Marcela a su nuevo amigo, mientras le extendía el brazo para dársela.

—¡Apresurémonos! ¡Ya se inició la marcha! ¡Busquemos a nuestros respectivos contingentes! —dijo Marcela.

—No es necesario —dijo él—, propongo que marchemos juntos en cualquier contingente.

—De acuerdo —dijo Nacho—, pero que sea el de Ingeniería. Todos rieron y corrieron hasta alcanzar a los manifestantes.

Era un día soleado de agosto, el primero; apenas se distinguían algunos jirones de nubes en el cielo azul brillante de la Ciudad de México. La marcha salió de Ciudad Universitaria y tomó la avenida Insurgentes para llegar hasta la calle de Félix Cuevas, desde donde, nos había advertido el rector, deberíamos regresar a Ciudad Universitaria por la misma ruta. A pocas calles de ese límite, en el Parque Hundido, en la Ciudad de los Deportes, y por toda la colonia Nápoles y la del Valle, el ejército, desde esa mañana, había realizado un despliegue de fuerzas inusitado con soldados, tanquetas, convoyes, vehículos policíacos y motociclistas, amén de los granaderos y agentes del Servicio Secreto, para

impedir que la marcha avanzara más allá de lo acordado con las autoridades universitarias.

Un poco antes de llegar, a la altura de la calle Barranca del Muerto, *el futuro* les dijo a las cuatro amigas todavía vírgenes y a Nacho:

—Me voy a adelantar, porque desde esta mañana los cuerpos represivos se han apostado cerca del Parque Hundido para impedir que marchemos hacia el centro de la ciudad, y puede haber provocadores que inciten a algunos de los manifestantes a seguir adelante. Hay que organizar una valla para impedir el paso. Nos vemos en la esquina de Félix Cuevas e Insurgentes —casi les ordenó.

Marcela, impresionada, les dijo a sus amigas y a Nacho.

—¡Además de guapo es valiente!

Por respuesta se escuchó una sonora trompetilla que emitió Nacho y enseguida afirmó contundente:

—Para mí es un petulante, engreído, fanfarrón y presumido que trata de impresionarte.

Las otras tres vírgenes hicieron mutis.

Debido al persuasivo despliegue de las fuerzas represivas, la marcha dobló hacia la izquierda por Félix Cuevas y ahí, al paso, el futuro delegado se sumó de nuevo al grupo.

La *descubierta*, como se le llama al grupo que encabeza una manifestación, iba sobre Félix Cuevas, casi para doblar en avenida Coyoacán, a la altura de los multifamiliares Miguel Alemán, cuando sin más, sin que nadie lo esperara, sin ningún indicio del cielo y a pleno sol, el dios Tláloc dejó caer un aguacero torrencial que empapó a todos los manifestantes, lo que no hizo sino aumentar nuestro regocijo. Las cuatro jóvenes, de entre dieciocho y veinte años, parecían hermosas ninfas jugando, girando y bailando bajo la lluvia, al igual que lo hicieron cientos de jóvenes. Al mismo tiempo, recibían y agradecían con los brazos en alto, agitando las manos

o haciendo la V de la victoria, las simpatías que les manifestaban los inquilinos del multifamiliar. Marcela, empapada, se acercó al futuro líder y lo besó en la mejilla; él, correspondiéndole, la abrazó por la cintura y la levantó para girar, girar y girar, abrazados bajo el pertinaz chubasco. Ésa fue su primera comunicación amorosa.

Tras ese abrazo mojado, Marcela agregó la ternura a las cualidades del *grillo*. Todo entre ellos fue color de rosa durante el Movimiento estudiantil, aunque se veían poco y casi siempre en las manifestaciones o en los mítines debido a la dinámica que tomó el movimiento.

Después de la impresionante Manifestación silenciosa del 13 de septiembre, en la cual nadie emitió ni una sola palabra (muchos jóvenes llevaban cinta adhesiva sellándoles la boca) ni se escuchó ruido que no fuera el de los pasos rítmicos de los manifestantes, todo indicaba que la relación entre ellos iba por buen camino. Y todavía más, porque el 15 de septiembre por la mañana, en una de *las Islas*, tuvieron un segundo encuentro amoroso, un intercambio de caricias y besos que ella tomó como una declaración también silenciosa. Se sintió su novia, su pareja, su compañera.

La avalancha de acontecimientos represivos que se sucedieron a partir de la entrada del ejército el 18 de septiembre a Ciudad Universitaria, impidió que se siguieran viendo con la misma frecuencia.

Presentes en el mitin del 2 de octubre en la Plaza de Tlaltelolco, las cuatro amigas, conmovidas y lastimadas en lo más profundo de su ser por lo que significaba el trágico e inesperado *fin de fiesta*, lloraron a mares en casa de Marcela. Sin pronunciar palabra, sólo lloraron y lloraron, sin poder creer lo que había sucedido, sin poderlo comprender. La Muerte derrotaba, una vez más, a la Vida; el miedo de los poderosos había segado de un tajo los ingenuos anhelos libertarios y en un segundo había roto los

sueños de justicia. Sara, una de las cuatro, repetía una y otra vez, "Si sólo estábamos jugando...".

Después de varios días de duelo e incertidumbre, fue hasta mediados de octubre que Marcela se enteró de que *el futuro* había pasado a la segunda etapa: estaba preso en la cárcel de Lecumberri. Lo habían aprehendido en casa de una amiga en los últimos días de septiembre.

En cuanto lo supo quiso ir a visitarlo, pero no tenía idea de cómo hacerlo. Alguien le había dicho que las visitas eran para los familiares y sabía que la represión y las aprehensiones no habían terminado. Tuvo miedo de ir a Lecumberri en esas condiciones.

Fue hasta un domingo de mediados de enero del año siguiente que, en compañía de dos de sus amigas, se atrevió a ir. Querían que fuera una sorpresa y obtuvieron los pases de entrada de otros compañeros de su misma Facultad, que les hicieron el favor de anotarlas en sus listas de visitas. Previamente, el sábado por la tarde, entre todas le cocinaron sabrosos platillos y un familiar de Marcela se ofreció a llevarlas al día siguiente con todo y comida.

Llegaron alrededor de las once de la mañana, creyendo que a esa hora podrían estar a solas con él, antes de que llegaran sus familiares. Habían planeado que después, discretamente, las amigas de Marcela buscarían la forma de dejarlos solos. Cuando cruzaron por las crujías de los presos comunes, se pusieron nerviosas, casi temblaban, pero era también por la emoción del reencuentro, porque tenían verdaderos deseos de abrazarlo, de besarlo y de compartir con él la comida y el encierro. Sabiendo ya el número de su celda, se fueron directamente hacia ella. Tocaron en la primera puerta que, entreabierta, daba a un pequeño pasillo al final del cual se encontraba la segunda puerta. Estaba cerrada.

—Debe de estar dormido todavía —dijo Sara.

—Dejémoslo dormir y más tarde volvemos —dijo Cecilia.

Decidieron tocar de nuevo, no menos de cinco veces y cada vez más fuerte. Nadie contestó. Salieron entonces al redondel del torreón para preguntarle a alguien si no se habían equivocado de celda. Se dirigieron al primero que pasó vistiendo el uniforme azul de los presos; éste, con un inconfundible acento jarocho, les confirmó los datos. Regresaron entonces y comenzaron a tocar con insistencia. En el estómago percibían que no quería abrirles. Pero por fin lo hizo. Molesto, despeinado y semidesnudo, dijo con cierto desdén, "¡Ah! ¡Son ustedes...! Dense una vuelta por ahí mientras me visto".

—¡Vámonos de aquí! ¡Ese cabrón no está solo! —le dijeron a Marcela sus amigas.

Ella, a punto de llorar, les dijo, "Nomás vamos a dejarle la comida".

Esperaron. Al cabo de veinte minutos él las llamó y las pasó a su celda. Estaba casi vacía, a no ser por el colchón de hule espuma puesto sobre el piso, dos cobijas, una almohada improvisada y un par de botes que servían de buró, silla o mesa, según fuera necesario; sobre ellos había un plato, una taza y una cuchara. Una mujer con los hombros desnudos estaba medio sentada, cubierta hasta los senos con las cobijas.

—Es mi *chava* —les dijo—. ¡Siéntense! —arrimándoles los botes.

Dos de ellas se sentaron en los botes y él en la *cama*, apoyando la espalda en la pared mientras acariciaba los cabellos de la mujer que emergía de las cobijas. Marcela, sentada en el extremo opuesto, percibía por momentos el movimiento de los pies cobijados.

Se sentía humillada y engañada. Estuvo a punto de llorar y desmayarse, pero se sobrepuso al mirar al joven galán tan fresco y distante. Nada de lo que había vivido con él era cierto. Recordó

entonces la opinión de Nacho, *Para mí es un petulante, engreído, fanfarrón y presumido…*

La situación era tensa, incómoda y embarazosa para todos. Él tenía prisa por seguir haciendo el amor, y ellas, especialmente Marcela, sólo deseaban abandonar la celda, la crujía y la cárcel de Lecumberri cuanto antes. Y así fue, pretextaron que querían visitar a otros compañeros, le dejaron la comida y se fueron. Él ni siquiera les dio las gracias por la visita o por la comida. El antes ideal de hombre nuevo, el *revolucionario*, se despidió sin moverse, con desenfado, desde donde estaba.

Así fue como la que hubiera podido ser la primera virgen en dejar de serlo se enfrentó con la realidad en la cárcel de Lecumberri. La celebración del supuesto hecho, que iba a tener lugar el lunes siguiente, se pospuso indefinidamente. Sin fiesta alguna, de cualquier modo se reunieron el lunes en *La isla de las confabulaciones* —como Nacho la llamaba— y una de ellas dijo, al comenzar, que no deberían aludir por el momento a los corazones rotos, sino evaluar el avance en sus propósitos de dejar de ser vírgenes:

—Yo creo que perdimos una batalla, pero hemos ganado otra, la del enfrentamiento con la realidad y la destrucción de un mito. Lo importante es no perder el entusiasmo. Seguimos teniendo todavía por delante cuatro batallas por ganar. Y de que dejamos de ser vírgenes, ¡dejamos!

Todas se rieron y el incidente del día anterior dejó de tener tanta importancia.

Marcela no había corrido con suerte. Su guapo líder no resultó ni atento, ni tierno, ni cariñoso, y sí engreído, patán, desatento, egoísta y, después lo supo, también misógino. La idea del amor predestinado le había jugado una mala pasada. Las *campanitas* que se oían al encontrar al amor verdadero no pasaron de ser un artificio de seducción: había hombres que cargaban con sus

campanitas y se las tocaban a cuanta mujer se les cruzaba. Por un tiempo estuvo muy triste y cayó en la depresión, pero pudo verse al espejo gracias a un buen psicoanalista, y aprendió, más temprano que tarde —como a muchos les sucede— que al principio nos confundimos y creemos que siempre el otro es nuestro espejo. Muchas veces no es así. O lo es, pero es un espejo de feria que deforma nuestra imagen. De cualquier manera, decidió olvidarse del amistoso pacto y se dedicó al teatro, a la música y a estudiar con ahínco.

Nunca, ni con las artes de Nacho, supimos cuándo y cómo perdió su virginidad, pero sí sabemos que se casó con un hombre bueno y cariñoso y que viven, hasta ahora, fuera del país.

Las 4V: Cecilia

¿Y ESO ES TODO?

El sexo es una flor
enraizada en la tierra;
el amor es un ave
que vuela al infinito

Era la más guapa de las cuatro.

Aunque también participó en el Movimiento estudiantil, lo hizo con menos dedicación y entusiasmo que sus amigas. A ella no le gustaban los grillos ni los políticos ni los líderes; tampoco los artistas, los músicos ni los intelectuales; más bien le atraían los deportistas, los hombres atléticos, musculosos, varoniles y rudos. Después del fallido romance de Marcela, hubo un *impasse* que duró todo el año de 1969 y casi todo el 70. Las amigas se dedicaron a estudiar, a ir al teatro y a nadar en la alberca de CU, lo que fue una decisión saludable para todas, en especial para Marcela.

Al inicio del verano de 1970, cerca del mediodía y después de haber nadado en la alberca olímpica, a Cecilia se le ocurrió internarse en los campos de entrenamiento de los equipos de fútbol americano, con la curiosidad de saber cómo entrenaban los futbolistas. Estuvo mirándolos por aproximadamente una hora, pero el ardiente sol del verano la obligó a retirarse. Se quedó con ganas de volver.

Cuando se encontró con sus amigas en la Facultad, les platicó de los esfuerzos a que eran sometidos los deportistas:

—Los entrenamientos son bestiales, yo creo que deben llegar a su casa a dormir; no me explico a qué horas estudian.

—No estudian, —dijo Sara riéndose, y añadió— desde el principio del año ya tienen su calificación final.

Por su parte, Marcela agregó:

—Es una exageración, ni que fueran a entrar al Coliseo del circo romano a pelear con leones.

Curiosas las cuatro, a la semana siguiente acompañaron a Cecilia a ver el entrenamiento, bajo un sol sofocante. Luego presenciaron un juego de prácticas. Las indicaciones y gritos del *coach*, los resuellos y pujidos de los futbolistas, las imprecaciones y groserías que se decían entre ellos, así como el pesadísimo batallar por alcanzar unos cuantos centímetros y una pelotita, hizo exclamar a Sara:

—¡Pues, en efecto, es una pelea de leones contra leones! Lo dijo fuerte para que la escuchara Cecilia, pero también la escuchó un joven muy fornido que tenía enyesada una pierna y que para caminar se apoyaba en muletas. Se acercó a ellas y les dijo:

—Tienen razón, esto es una guerra; yo voy a estar tres meses fuera de circulación por cómo me dejaron los Escorpiones rojos en el juego del domingo de hace tres semanas.

Los cinco platicaron unos momentos más y después se despidieron amablemente. Camino a su Facultad, Cecilia les dijo a sus amigas, casi murmurando: "Éste es". Apenas la escucharon, lo entendieron cabalmente, pero no le dieron importancia ni hicieron comentario alguno, porque todavía estaban afectadas por el descalabro de Marcela y aún no querían tocar el tema de la desvirginación. Más aún, pasaron casi dos meses sin que ninguna de ellas mencionara el fútbol; parecía que aquel encuentro había sido absolutamente intrascendente. Pero lo que no sabían sus amigas era que el joven apuesto, atlético y enyesado que habían

conocido en el campo de entrenamiento era una estrella famosa de ese deporte, y menos estaban enteradas de que Cecilia había comenzado a salir con él pocos días después de que lo conocieron. En resumen, ya eran novios. Por eso ella ya no insistía en el tema y, para no herir susceptibilidades, mantuvo oculto su romance.

A finales de agosto, Carmen —así se llamaba la cuarta amiga— las invitó a celebrar su cumpleaños en Tepoztlán, donde tenía casa una de sus tías. También invitó a otros amigos y amigas, y aunque el cumpleaños era el domingo, se querían ir desde el sábado en la tarde para subir al día siguiente muy temprano al cerro del Tepozteco. Entonces Cecilia tuvo que contar a sus amigas de su romance con el futbolista, puesto que no quería perder la oportunidad de la fiesta, del paseo, y de pasar dos días y una noche con él. A Carmen le pareció muy bien la idea de invitarlo.

Todos llegaron a Tepoztlán al atardecer del sábado, tal como lo habían planeado. Eran siete mujeres y tres hombres: un amigo de la Facultad, el novio deportista y Nacho. Les dio tiempo todavía de ir a otra fiesta, en casa de una amiga de la tía de Carmen, pero estuvieron ahí poco tiempo ya que querían acostarse temprano. Al día siguiente, cerca de las ocho de la mañana, todos salieron rumbo al cerro. El ascenso fue muy lento. El futbolista aún convalecía de su fractura y para caminar tenía que auxiliarse con un bastón pero, al fin atleta, también logró llegar hasta la cima. Desde la altura privilegiada del cerro del Tepozteco se quedaron largo rato observando la planicie del valle de Cuautla y sus alrededores, en un estado de éxtasis y paz de espíritu que les proporcionaba la cercanía con la naturaleza y, particularmente, con ese lugar sagrado y mágico de nuestros ancestros.

—Esta vivencia solamente es comparable con las que he sentido en Teotihuacán, Monte Albán y Malinalco —dijo Sara, la más sensible de las cuatro.

Iniciaron el descenso alrededor del mediodía. Ya de regreso se cambiaron de ropa y se metieron en la pequeña alberca de la casa, en la que apenas cabían los diez. Cecilia no se separaba ni un momento de su deportista. Todos jugaban y reían, pero cuando los demás se dieron cuenta, sólo quedaban ocho. Todos entendieron. Cuando los llamaron a comer, no vinieron, seguían encerrados en la recámara. Fue hasta las cinco de la tarde —cuando la tía los llamó de nuevo para que comieran— que los novios aparecieron, pero por separado. La discreción reinó. Ni siquiera la tía hizo algún comentario. Después todos se pusieron a bailar rocanrol y cerca de las ocho de la noche empacaron sus cosas y regresaron a la ciudad de México. Ese día nadie dijo nada, pero las tres amigas sabían que al día siguiente, en *las Islas*, conocerían los detalles del encuentro amoroso y, sin duda, sexual.

El lunes, a las tres de la tarde, todas acudieron puntuales a su isla, esta vez con un delicioso pastel de El Globo, puesto que ahora sí había algo que festejar. Desde luego, Nacho no fue invitado por ellas, pero sí por la curiosidad, y gracias a su don de invisibilidad y a un árbol de tronco grueso, pudo escuchar, oculto, lo que Cecilia les contó a sus amigas:

—La alberca era muy pequeña y no podíamos sino estar muy juntos. En el agua fresca y lúdica nuestros cuerpos medio desnudos comenzaron a tocarse. Nuestras piernas, más ligeras en el agua, iniciaron su juego de acercamientos y, después, ya intencionalmente, se buscaban para entrelazarse. Era una sensación deliciosa, sentir sus piernas musculosas que jugueteaban entre las mías, y mientras nuestros cuerpos se desinhibían y se relajaban, un deseo por el otro que nunca había experimentado antes comenzó a recorrerme de los pies a la cabeza. Sin pensar en nada, comencé a morderle suavemente la oreja, y de repente una yo que no era yo, o que nunca había sido, con una voz que parecía la mía pero

más dulce y sensual, le dijo muy cerca y quedo al oído, "Aquí no se puede nadar". Me contestó sonriendo, "Es cierto, aquí no se puede nadar... en tu cuerpo".

—Sus palabras me estremecieron y entendí cabalmente el mensaje. Él salió primero de la alberca y unos cuantos momentos después lo seguí hasta la recámara. Todavía húmedos, sin destender la cama, nos tiramos sobre la colcha, nos abrazamos y besamos. Como él lo dijo, comenzamos a nadar uno en el otro. Fue muy rico... pero yo esperaba algo mejor... Espero que con el tiempo... —concluyó. Las demás querían saber más detalles, pero ya no los hubo.

Pocos meses después, Cecilia les confesó a sus amigas que algo no le había gustado en aquel momento tan importante de su vida.

—Él... terminó demasiado rápido, y una vez que lo hizo, tan sólo me dio un beso en la frente y comenzó a hablar de fútbol. En un soplo se le fueron el amor y la ternura... No sabe o no quiere expresarlas, pues salimos algunas veces más y siempre fue lo mismo... Definitivamente no es un hombre amoroso. Lo supe desde entonces, pero me negaba a aceptar que no hubiera encontrado ya al hombre de mi vida.

Sara, con un suspiro profundo, dijo:

—Dicen que las mujeres somos por naturaleza intuitivas. Hay que hacerle más caso a esa intuición, que parece ser más sabia que todos nuestros propósitos, estrategias y tácticas racionales —y agregó—. ¿Quién será la siguiente?

Lejos estaba de saber que sería ella.

AMIGOS ESTUDIANTES:

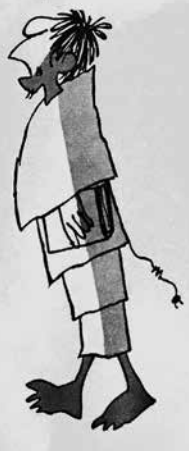
PIDAN A SU VOCEADOR EL
NUMERO EXTRAORDINARIO DE

LOS SUPERMACHOS

DEDICADO, CON LA ATENCION
QUE MERECE, AL

PROBLEMA ESTUDIANTIL

$ 1.00



Las 4V: Sara

FUEGOS DE ARTIFICIO

Nunca aceptes menos
de lo que te estoy dando

Cuando ingresó a la Universidad, Sara tenía novio formal. Era un rico provinciano al que empezó a ver muy poco desde que ella se mudó a la Ciudad de México para estudiar. Ella no quería que la quisieran por ser virgen, y menos aún perder su virginidad en un ritual como lo era el día de la boda. Esas costumbres de su pueblo sólo servían para complacer al macho, a su familia y a una sociedad mojigata, tradicional y generalmente hipócrita. A los pocos meses terminó con él. Después, durante el movimiento, fantaseaba con perder su virginidad en los cálidos brazos de un líder del ala de Humanidades, que simplemente le gustaba para dejar de ser virgen, pero no lo amaba. Era como un ayudante necesario para resolver un aspecto no resuelto en su proyecto de vida.

En pleno Movimiento estudiantil, durante agosto y septiembre, buscó la oportunidad de acercarse al líder en varios mítines y asambleas, y marchó junto a él con el propósito de hablarle en la manifestación del 27 de agosto, pero el ambiente la absorbió por completo y sólo tuvo tiempo para gritar consignas contra Díaz Ordaz. Esa noche se quedó en el Zócalo, junto con cientos de estudiantes, esperando poder abordarlo en algún momento. Pero el ejército se encargó de deshacer sus planes, porque ella

tuvo que salir corriendo, al igual que todos los demás, cuando llegaron soldados y tanques.

—¡Qué ironía! En vez de ser perseguida por él, los que andaban tras de mí, tras de todos, eran los *pinches* soldados y los *putos* tanques del ejército —comentaba furiosa días después.

En la manifestación silenciosa del 13 de septiembre fue imposible hablarle, precisamente porque la manifestación era silenciosa. Sólo se escuchaba el ruido uniforme de los miles zapatos que rozaban el pavimento, los pasos rítmicos de las columnas de estudiantes que marchaban con disciplina ejemplar. Cualquier flirteo en aquel momento hubiera sido no sólo imposible, sino irreverente. El silencio convirtió a la manifestación en un ritual sagrado, en una comunión que unía a todos los estudiantes en un no-canto casi religioso. Si no lo divino, en ese ritual estuvieron presentes muchos de sus más sublimes aspectos. Todos lo intuían. El respeto a ese no-canto fue absoluto.

Y así, el Movimiento estudiantil terminó y ella nunca tuvo la oportunidad ideal para acercarse al líder. Puesto que no lo amaba y no le gustaban las obsesiones, fue sencillo cambiar al sujeto de su fantasía y comenzó a considerar otros prospectos, vistos estrictamente como instrumentos de desvirginación: un rico heredero, un incipiente actor, un músico, un militante comunista, otro trotskista y un preso político cuya especialidad ideológica, siempre de izquierda, le era totalmente desconocida. Cada cual por su causa, uno a uno fueron desechados. El destino estaba trabajando a su propia manera.

Finalmente, en septiembre de 1972, en la ciudad de Zacatecas, perdió su virginidad con un famoso director de teatro, extranjero, que conoció en Guanajuato durante el primer Festival Cervantino. Como ella se lo había propuesto, eligió al hombre y decidió el momento y el lugar para dejar de ser virgen. Y no podía haber

elegido mejor a quien la iniciara en el arte de amar. De una manera dulce y amorosa, con una ternura cuyo recuerdo sirve hasta hoy para dibujarle una sonrisa en esos días tristes que a nadie le faltan, su primera experiencia le dejó una serie de enseñanzas y le sirvió de medida para sus futuras relaciones amorosas. Poco antes de abordar el avión que lo regresaría a su país, él le expresó, a manera de despedida, "Nunca aceptes menos de lo que yo te he dado".

Ella siempre recordaría día en que perdió su virginidad: cómo él se había entregado a ella, la había amado y respetado aún a sabiendas de que la relación era efímera. Le había regalado con plenitud ese tiempo, ese corto tiempo; ni más, ni menos, sólo el necesario para revelarle que el amor es un poema. ¡Y las rosas...! Desde la mañana de ese día, él había empezado a juntar todas las rosas rojas que logró hallar en Zacatecas; compró el mejor champán que encontró y ordenó en el hotel en donde se hospedaba una cena especial, acompañada por un cuarteto de violines; compró docenas de velas blancas, rojas, verdes, moradas, azules, amarillas y de otros colores, e indicó minuciosamente al encargado del hotel la disposición de las velas. Éstas iban de la puerta del cuarto hasta la cama, simulando un sendero iluminado a ambos lados: primero las rojas y las azules; luego las amarillas, las verdes y las naranjas; inmediatamente después las moradas y así hasta terminar con velas de miel alrededor de la cama. El sendero de luces estaba tapizado con pétalos de rosa al igual que la cama, y a la orilla de ésta, siete pequeños cestos llenos de pétalos estaban listos para acariciar todo su cuerpo.

Así, después de cenar a media luz escuchando la suave melodía de los violines, él la tomó de la mano y la llevó hasta la habitación. Antes de entrar, se situó detrás de ella y le cubrió los ojos con una mano, mientras con la otra abría la puerta. Retiró la

mano de los ojos y la condujo suavemente hasta la cama por el camino de rosas rojas.

Lo que pasó después no me lo pudo contar Nacho, por impuntual; se lo perdió él, me lo perdí yo... y también ustedes, porque llegó tarde a la cita de la segunda reunión, en donde habían acordado reunirse las amigas para continuar con el relato inconcluso y celebrar, con un segundo pastel, el acontecimiento. Se habían comprometido a contarse entre sí, con todo detalle, el hecho memorable de perder su virginidad.

Nacho sólo alcanzó a escuchar el final del relato, en el cual la *segunda ya no virgen* contaba a su amiga *primera ya no virgen* y a las *todavía dos vírgenes*, cómo su espalda, sus muslos y todo su cuerpo se habían teñido de rojo sangre y rojo pétalo de rosas...

Las 4V: Carmen

EL FIN DE LA INOCENCIA

Si quieres hacer reír a Dios,
cuéntale tus planes

Era la que menos hablaba, la más introvertida y reflexiva. Participaba del juego del *pacto* al igual que sus amigas, pero conforme avanzaba en su carrera y ganaba en experiencia sobre la vida, sus creencias y actitudes hacia el sexo, el amor y el trabajo se fueron modificando. De hecho, a las cuatro les pasó, sólo que cada una cambió de acuerdo con su carácter, su inteligencia y sus vivencias personales. Si bien es cierto que el rechazo que sufrió Marcela impresionó a todas, al parecer ya habían comprendido que el juego del amor tiene muchas aristas, variantes, y que no es fácil. Entendieron también que la vida sin amor es quizás más tranquila, pero menos vida, y que el sexo sin amor acaba por dejarnos el corazón vacío. Sobre todo, aprendieron que el amor, para que no nos destruya, sino que nos enriquezca, debe ser correspondido y expresado con hechos. Entonces se dieron cuenta, sobre todo Carmen, que buscar un desvirginador *ad hoc* no era algo mecánico y aséptico, sino un hecho trascendente que acarreaba consecuencias posteriores y casi definitivas para la expresión cabal de sus futuras relaciones sexuales. A sus tres amigas les había estallado, en todo su cuerpo, el fenómeno del enamoramiento y de la práctica sexual, con escaso conocimiento de las implicaciones que ello trae consigo,

y a las tres les había dejado una extraña secuela de frustración, dolor y sufrimiento. Incluso a Sara, a la que mejor le había ido en su aventura, le había dolido profundamente la separación de su amante efímero durante mucho tiempo. Era ingenuo querer separar la acción del sentimiento, en un acto que involucra a toda la química del cuerpo. Al parecer, perder la virginidad así, como ellas se lo habían propuesto, era un craso error que estaba cobrando sus dividendos. No habían considerado los efectos sobre su amor propio y su autoestima, ni tampoco que en nuestra cultura, predominantemente machista, existen muchos complejos y guiones amorosos aberrantes. Gracias a que las amigas habían compartido sistemáticamente sus experiencias y reflexiones pudieron ir modificando sus propósitos originales. Por ellas, la experiencia de Sara no fue como la de Marcela; y Carmen, ahora, no estaba dispuesta a hacer lo que sus amigas hicieron.

Estas experiencias y reflexiones las llevaron a hacer un alto en sus propósitos originales. Así que, de 1969 a 1973 (cuando terminaron sus carreras) se vieron obligadas a reflexionar de manera continua, en su *isla*, sobre el tema del sexo, del amor, de los afectos, de la *canija* realidad, del trabajo y, muy marginalmente, sobre cuestiones políticas. Por esa razón es que fue hasta septiembre de 1972 que Sara tiene un evento de desvirginacion que hubieran deseado tener las otras tres.

Todas esas dudas y posteriores reflexiones surgieron como consecuencia de la primera experiencia de Marcela, que las obligó a hacer un compás de espera, porque nunca supusieron el grado de involucramiento de los sentimientos que conlleva una relación afectiva, y jamás se imaginaron que hubiera misóginos del tamaño del *futuro*. La segunda experiencia, la de Cecilia, les enseñó para siempre que la ternura y la manera de expresarla es el quid del amor.

En alguno de los conciliábulos de finales de 1969, meses después de la experiencia de Cecilia, Nacho les recordó una frase hermosa de Franz Liszt: "Dale al corazón que late junto al tuyo todos los tesoros de tu ternura".

—A nadie más —les dijo—, porque eso está reservado sólo para alguien a quien se ama con todas las fuerzas del corazón y del alma.

—Qué mala onda, Nacho —había dicho entonces Marcela—, nos lo hubieras dicho en 1968 y nos hubieras ahorrado muchos problemas.

—Es que apenas lo leí en la contraportada del *Long play* con su música que compré ayer —explicó.

Carmen ya no deseaba tener un ritual de desvirginación como el que todas planearon en 1968. Ya no estaba segura de que ese fuera el camino para lograr su proyecto de vida. Reordenando sus prioridades, se dedicó a terminar su carrera, recibirse lo más pronto posible, trabajar y ayudar a su madre, incapacitada desde hacía varios años. Si llegaba a unirse, lo haría con alguien a quien realmente amara.

A finales de 1972, Carmen les dijo a sus amigas:

—Ya no somos las adolescentes de los sesenta, somos unas mujeres casi profesionales y no podemos seguir pensando igual que antes, sobre todo después de la revuelta de conciencia que fue el Movimiento estudiantil. Comprometámonos con nosotras mismas. Siempre hay sufrimiento y dolor para llegar a ser lo que queremos. Sigamos adelante con responsabilidad. ¡Y admitámoslo!, lo que verdaderamente marcó el final de nuestra inocencia, no sólo de las mujeres sino también de los hombres, fue el 2 de octubre, con su secuela de muertos y de presos políticos. Junto a eso, la virginidad resulta un hecho menor. De cualquier manera, cumplimos, porque de ahora en adelante podremos elegir si queremos

casarnos siendo vírgenes o no, y nadie nos va a satanizar por el hecho de no serlo. Es más, para mí, el hombre menos deseado será aquél que me valore principalmente por el estado de mi himen. No seamos como las víboras, que sólo cambian de piel; nuestro cambio debe ser más profundo.

En otra ocasión que discutieron en torno al matrimonio, terminó diciéndoles: "Yo creo en la pareja, no en el matrimonio".

Ciertamente, los acontecimientos nacionales y mundiales de los años sesenta obligaron a los jóvenes a modificar sus intereses y creencias en un sentido o en otro. Algunos, como Carmen, retornaron al concepto del amor y de la pareja. Otros han seguido explorando nuevos caminos, al amparo de las pautas en constante cambio de la revolución sexual.

Carmen cumplió paso a paso con sus objetivos: se recibió en marzo del año siguiente, comenzó a trabajar, ayudó a su mamá, y se casó con un compañero de generación... del cual se separó algunos años después. Nunca se supo si llegó virgen al matrimonio, ni les importó saberlo a sus amigas.

Muchos años después, en una ocasión en que las cuatro se juntaron —ninguna virgen, pero algunas ya excasadas— Carmen, con un dejo de resignación, les dijo:

—En la vida uno hace lo que puede, no lo que quiere.

Sara le reviró:

—"Si quieres hacer reír a Dios, cuéntale tus planes". Nosotras lo hicimos reír.

Los amigos

HERMANOS DE SUEÑOS, HERMANOS DE SANGRE

La amistad es amor sin sexo

*Para Alfredo, Igor (+), Miguel Ángel, Beto, Manuel (+), Alejandra, Benjamín y otros compañeros que estuvieron ahí. También para Arturo (+), Jorge, Fernando (*el Abuelo*), Hugo, Felipe, Roberto, Esperanza, Alma (+), Alfonso (*la baliza*), Otto (+), Jesuso (+), Toño, Manuel E. P., Pepe (+), Pepe A, Pepe Miguel, Nacho, Mingo, Luis, Luis R., Enrique y muchos otros cuyos nombres ahora se me escapan.*

Después de 1968 nos seguimos reuniendo con frecuencia, pero fue hasta muy recientemente, en el 2001 y con motivo del 33º aniversario del Movimiento estudiantil, que logré resolver un enigma personal sobre lo que me había sucedido 33 años atrás... y que quizás me salvó la vida. Vale la pena que se los cuente.

Después de la toma de Ciudad Universitaria por el ejército, el Comité de Lucha de la Facultad de Ingeniería comenzó a reunirse de manera irregular y en lugares que se daban a conocer unas horas antes. Desde luego no asistíamos todos, sino sólo aquéllos a los que habíamos podido contactar dadas las condiciones. Era evidente que nuestra situación había cambiado de manera radical

y que, por lo tanto, teníamos que ser mucho más cautelosos, pues la persecución y las aprehensiones por parte del gobierno eran cosa de todos los días. De mutuo acuerdo nos liberamos del compromiso formal de permanecer en la lucha, y cada cual, según su conciencia, podía tomar la decisión que le pareciera más conveniente. Nadie lo tomaría a mal. A los que optaran por abandonar la lucha recomendé que salieran de la Ciudad de México e incluso que abandonaran los vehículos *expropiados* de inmediato. Particularmente, le dije a Hugo —nuestro responsable de finanzas— que si tomaba la decisión de irse, que dejara la *combi* en algún lugar público, que el dinero lo pusiera en manos de un compañero honrado y que nos avisara de alguna manera quién era éste y en dónde lo podíamos localizar.

Así, el 23 de septiembre Hugo y Calderón pasaron a dejar el dinero que tenían a casa de Fernando, *el Abuelo*, y salieron enseguida para Guanajuato... Pero se llevaron la combi, haciendo caso omiso a la recomendación de abandonarla. Unas horas más tarde, Arturo, Jorge y Felipe, en el carro de este último, pasaron por el Abuelo y tuvieron la genial ocurrencia de irse a divertir un rato con *la chingaderita*: una metralleta hechiza, calibre 22, que Arturo había conseguido y que era el juguete de algunos compañeros del comité. Muerto de risa, un compañero originario de Guerrero decía:

—En mi tierra usan esas chingaderitas para hacer los agujeritos de las orejas a las niñas, y no lloran.

Esa misma noche, Arturo, Jorge, el Abuelo y Felipe fueron aprehendidos en el Casco de Santo Tomás por los soldados y granaderos que cercaron a los estudiantes de esa zona. Sufrieron una tremenda golpiza que ciertamente dejó huellas en al menos dos de ellos. Fernando me contó que cuando regresó a la Facultad de Ingeniería, entendía las clases con relativa facilidad, pero que pocas horas después olvidaba todo lo que se había explicado. Jorge, por

su parte, ya no terminó la carrera, con todo y que había logrado aprobar todas las materias de primer año, lo cual no era nada fácil.

El 2 de octubre asistimos —en un pequeño contingente del ya diezmado Comité de Lucha de Ingeniería— a la Plaza de las Tres Culturas, en la zona arqueológica de Tlatelolco, cerca del centro de la Ciudad de México. El plan era realizar un mitin y posteriormente marchar hasta las instalaciones del Instituto Politécnico Nacional, ubicadas en el Casco de Santo Tomás, que se encontraban ocupadas por el ejército desde el 23 de septiembre. Allí se había librado la última batalla de los estudiantes en contra de las fuerzas represivas del gobierno de Gustavo Díaz Ordaz.

Llegamos cuando ya había comenzado el mitin, algunos desde Ciudad Universitaria, y nos situamos casi en el centro de la plaza. Igor, a pesar de la recomendación del diezmado CNH en el sentido de que exclusivamente los oradores designados deberían de asistir al acto, no sólo asistió sino que intentó subir por las escaleras hasta el tercer piso del edificio Chihuahua. Le fue imposible, ya que había personas que lo impedían, por lo que regresó molesto al lugar en donde se concentraba el pequeño contingente de Ingeniería.

Después de unos minutos, mientras en la tribuna hablaba uno de los oradores, vi encenderse una luz de bengala por encima del templo de Tlatelolco. Acto seguido, unos hombres de guantes blancos que estaban apostados al pie de los edificios y sobre el basamento de la plaza, comenzaron a disparar indiscriminadamente sobre la multitud. Al mismo tiempo, los soldados que estaban sobre el puente avanzaron hacia los manifestantes. Era una trampa, un acto planeado, perfectamente sincronizado. Todos comenzamos a correr despavoridos, buscando algún lugar que nos protegiera de las balas o intentando salir de la plaza. Recuerdo que Beto gritó a voz en cuello, quizás incrédulo ante lo que estaba presenciando: "¡Son balas

de salva! ¡Y son pocos! ¡Vamos a partirles su madre!". Pero alguien lo detuvo al ver que algunas personas empezaban a caer.

Corrimos agrupados instintivamente hacia el norte. Igor, Alfredo, Alberto, Manuel, Alejandra, yo y varios otros, nos dirigimos hacia una cerca de barrotes que tenía como 3 metros de altura. Al llegar a la cerca me impulsé y salté para brincarla. No sé cómo lo hice, pero logré poner mis manos sobre la parte superior y agarrarme de los barrotes, pero mis brazos no eran lo suficientemente fuertes como para impulsarme por mí mismo y elevar mi cintura por encima de la parte superior. Estaba demasiado flaco y supongo que débil (en esa época llegué a pesar 67 kilos). De repente, sentí que alguien puso sus manos debajo de mis zapatos y me impulsó con fuerza hacia arriba, de tal manera que logré saltar.

Al caer del otro lado me encontré con que, a una distancia de 5 o 6 metros, soldados con bayoneta calada impedían la salida, por lo que retrocedí de inmediato. Un ruido estrepitoso me hizo voltear hacia atrás. Ante la presión de los manifestantes que trataban de escapar, la cerca se había derrumbado. Volteé hacia la derecha, que parecía ser la única salida que el ejército no había bloqueado, al menos no aún. Benjamín y yo corrimos a todo lo que daban nuestras piernas hacia el Paseo de la Reforma y nos metimos en un departamento desocupado atrás del edificio Chihuahua, cuyas ventanas daban a un gimnasio de la propia unidad habitacional. Nuestra respiración entrecortada, nuestras caras sudorosas y nuestra expresión de espanto contrastaban con las de unos jóvenes que jugaban ping-pong despreocupados, sabiendo que en la plaza de Tlatelolco, a pocos metros de distancia, no dejaban de escucharse los disparos.

Fue hasta cerca de las nueve de la noche, cuando el interés por saber qué había pasado superó nuestro miedo y prudencia. Salimos del departamento y nos encaminamos de nuevo hacia el

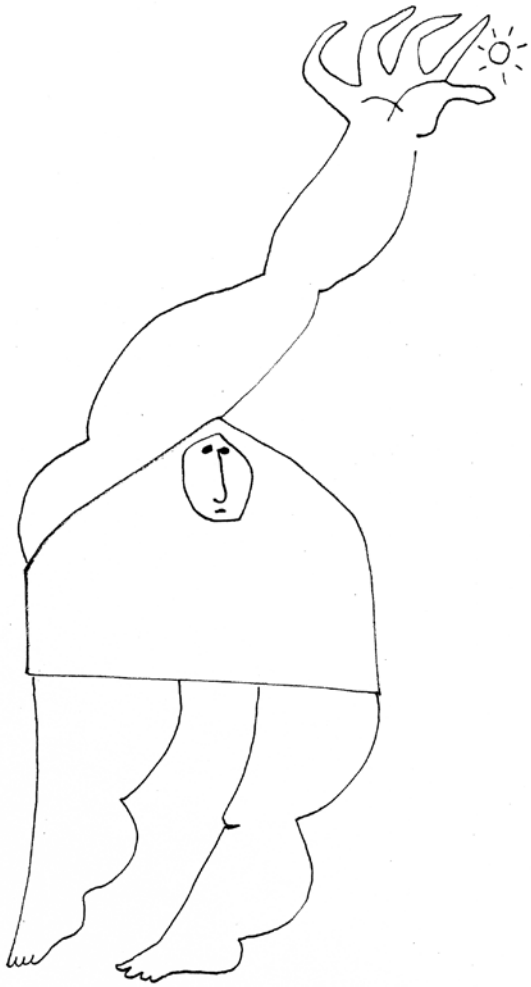
Paseo de la Reforma. Todavía pudimos ver algún tranvía incendiado en las calles solitarias de la colonia Guerrero. No recuerdo más, sólo que de alguna manera llegamos a la casa de Miguel Ángel y, una vez a salvo —por el momento—, lloramos de impotencia y de rabia hasta que las lágrimas se nos acabaron.

Pasó el tiempo. Algunos volvimos a la Facultad, unos antes y otros después: los que pasamos alrededor de dos años presos en Lecumberri. Curiosamente, a pesar de que no pasaba un año sin que nos reuniéramos; y de que hemos asistido juntos a muchas marchas, mítines y manifestaciones —particularmente a las que se realizan para conmemorar el 2 de Octubre—, nunca se nos ocurrió contarnos cómo habíamos logrado salir cada uno de la plaza. Quizás no lo hicimos porque no queríamos recordar ese día. Por mi parte y a falta de otra explicación, durante 33 años pensé que Dios había mandado al ángel de mi guarda a que pusiera sus manos debajo de mis pies y me impulsara para lograr saltar la cerca.

Estábamos, como lo dije al principio, conmemorando los 33 años de los hechos de Tlatelolco. El mitin estaba por terminar, cuando, sin más, se me ocurrió contar a Alfredo, Beto y Roberto cómo había logrado escapar de la plaza. Les dije, con una emoción que el tiempo no borraba —y que dejaba ver lo sobrenatural del asunto—, que una mano providencial me había impulsado.

Alfredo se empezó a reír. "¡Fui yo!", me dijo, "Iba corriendo detrás de ti, junto a Igor y Beto... Cuando vi que no lograbas saltar te impulsé con mis manos.

Hasta ese momento, después de 33 años, supe de qué manera escaparon también Alfredo, Beto y Manuel *la Bruja*. Por fin nos atrevimos a platicar de ese día y supe que, de alguna manera, había habido una mano salvadora para cada uno de los compañeros y amigos que estuvimos ahí y que logramos salir de la plaza de Tlatelolco.



Malkhut

UNA HISTORIA DE TODOS O DE NADIE

Actuar de acuerdo con los principios
que rigen el Universo,
sólo eso traerá a cada hombre,
para sí y para toda la humanidad,
la verdadera plenitud .

Según la literatura hebrea cabalista, que trata de explicar el proceso de revelación de Dios, existen emanaciones divinas conocidas como sefirah, las cuales conforman el Árbol de la Vida y son, a la vez, los eslabones que unen al hombre con la Divinidad. Comenzando por la primera esfera —la más cercana a lo divino— se nombran: Keter, Hokmah, Binah, Heded, Geburah, Tiferet, Nasah, Hod, Yesod y Malkhut. Esta última corresponde al mundo material, al mundo de lo humano, al reino en que vivimos y que, según la tradición hebrea, es donde se desarrolla el plan de Dios para los seres humanos. Es la última de las emanaciones en donde se establece el vínculo de la Suprema Voluntad de Dios con los hombres de buena voluntad.

Esta historia no podría haber sucedido sino en el marco de un sueño compartido, libertario y solidario, en un país mágico y en un momento en que sueño y magia se conjuntaron: el Movimiento estudiantil de 1968.

Cerca de los amplios espacios verdes del bosque de Chapultepec, frente al Museo de Antropología ubicado en Paseo de la Reforma, comenzaban a reunirse los contingentes de manifestantes de las diferentes Escuelas y Facultades, convocados por el Consejo Nacional de Huelga de acuerdo a una lista que ponía orden a la manifestación que se dirigiría hacia el Zócalo.

Eran casi las cuatro de la tarde. Caminábamos de prisa cuando de pronto, entre la algarabía de los jóvenes, mantas y pancartas que iban y venían, apareció ante mis ojos una hermosa silueta. Eran tres cuartos de perfil de una belleza extraña, distante, en cuyo rostro, lleno de pequeñas pecas, había un dejo de tristeza. Mientras pensaba que quizás era porque tenía pecas hasta en su corazón, nuestras miradas se cruzaron por un instante.

A gritos pregunté entonces:

—¡¿Quién es?!, ¿quién la conoce? —a lo lejos, Toño Castillo me respondió:

—Es *Campanita.*

El mote me movió un poco a risa y me pregunté si ella conocería a todos los *Pepes grillos* de la UNAM, o nada más al Capitán Garfio, a Peter Pan y.... Seguí caminando de prisa hacia el contingente de mi Facultad. Alcancé a oír que alguien comentaba:

—¡Puta madre!, nomás falta Caperucita roja, pues ya tenemos al lobo feroz de Díaz Ordaz.

Pero aún no conocíamos toda la ferocidad del lobo, que nos atacó desde la noche de ese 27 de agosto, hasta la madrugada del 28, con toda la fuerza del Estado. De ahí en adelante, el acoso al Movimiento estudiantil fue siempre creciendo.

Atraído por Campanita, volteé hacia donde se encontraba. Tuve la sensación que del árbol más cercano a ella, de la rama más alta, se desprendía una sombra y se colocaba a su lado. Era un joven alto, disfrazado de *Che* Guevara, que agradable y sonriente

—como recién salido de la Sierra Maestra—, comenzó a moverse a su alrededor, cubrió toda su silueta e hizo que la perdiera de vista. Como tenía que alcanzar al contingente de mi Facultad, ya no intenté acercarme a ella. Fue una visión fugaz, pero también un presagio de lo que en ese mismo lugar y en ese mismo árbol me sucedería 35 años después.

El 7 de enero de 1969, día del cumpleaños de mi madre, varios agentes de la Dirección Federal de Seguridad me aprehendieron afuera de la casa de mis padres. Al salir, le dije a mi madre:

—No tardo, voy a pagar unas horas de mi servicio social, regreso para comer contigo y con mi papá. Me tardé dos años en regresar.

No recuerdo la fecha, pero sí estoy seguro de que volví a ver a Campanita en la cárcel de Lecumberri, en la celda 20 de la crujía M y, necesariamente, en el mes agosto, pues es el mes en que por alguna desconocida razón me he encontrado o reencontrado a las mujeres que más he querido o amado. La vi recargada en el marco de la puerta de la celda y con la mirada perdida en el infinito. Estaba esperando que llegaran los invitados a un improvisado baile que habían organizado Arturo y Jorge. Era la misma visión de tres cuartos de perfil. Bella, distante, lejana, y con el mismo dejo de tristeza que tenía cuando la vi la primera vez. Me provocó un profundo sentimiento de ternura que hubiera querido expresarle, pero no pude. Primero, porque no me dirigió ni le dirigí la mirada ni la palabra; segundo, porque las visitas de nuestros compañeros, en un código de valores entendidos, se respetaban.

Pasó el tiempo. Salí de la cárcel. Cada quien volvió a su cotidianeidad y a reubicarse en la siempre *razonable* realidad, en el sentido en que Rilke se lo dijo al joven poeta: "Créemelo, la realidad siempre tiene la razón".

Seguramente en otro agosto, muchos años después, la volví a ver. Al finalizar un mitin, Campanita venía caminando sola por la plancha del Zócalo capitalino, del centro hacia la orilla poniente, donde estábamos reunidos varios viejos amigos. Fue de nuevo Toño Castillo quién a lo lejos la identificó y le hizo un ademán con la mano. Cuando se acercó al grupo, me la presentó.

—¿Se conocen?

Era la primera vez que la tenía cerca. Le tendí la mano para saludarla y al darme la suya, la atraje —¿o me atrajo?— para besarnos en la mejilla. Estoy seguro, no aluciné, que ella, Campanita, la hermosa y bella Campanita, como en un sueño, me susurró tiernamente al oído: "Yo te amo desde niña". Fue un dulce murmullo salido de sus labios, de sus ojos verdes, de su hígado, de sus riñones, de su estómago, de su corazón, de sus pecas, de su alma (¿en realidad fue así? ¿Fue un sueño...?, ¿una ilusión...?, ¿un milagro?).

Oí claramente fragmentos de la Flauta Mágica; floté unos momentos encima del suelo; y alrededor de mi cabeza volaron mariposas blancas y amarillas que brotaban de mis ojos, mi boca, mi nariz y mis oídos... En ese momento volví a descubrir los colores, la luz, el amor. El más puro y tierno sentimiento amoroso se esparció por todos los oscuros intersticios de mi ser y los iluminó.

Antes de que yo pudiera reaccionar, ella ya se había alejado, sola.

¡Cómo hubiera querido atraerla a Malkhut!, pero... ¿Cómo se puede atraer a un sueño?

La volví a ver, sólo a ver, el día en que la comandanta Ramona llegó a la Ciudad de México. Habían pasado muchos años más. La alcancé a mirar entre el tumulto de vallas dobles, triples y cuádruples que se formaron a la entrada del Centro Médico. Ella caminaba, vestida de blanco, entre varios jóvenes de hermosos

rasgos indígenas. Era imposible acercarme. Esto confirmaba lo que había sabido de ella a finales de los ochenta.

—Me voy a trabajar a Chiapas —le dijo en alguna ocasión a Toño Castillo—. Quiero ingresar a las filas del EZLN —y agregó—, es mi destino.

No he podido olvidar a Campanita. No puedo regresar el tiempo. No hubo oportunidad de vivir el amor real. No hubo destino común para nosotros. Mi vida entró ya en su etapa final. Es viernes en la noche, la hora del shabbat. Quizá sea el momento de iniciar la búsqueda de lo sagrado. ¡Quizá!

¿Por qué su semilla se arraiga en el corazón de los hombres desde los tiempos más remotos y después toma forma en la diversidad de creencias religiosas, en los Vedas, en la Torá, en los Salmos, en el Cantar de los Cantares, en los misterios de Eleusys y en los dioses aztecas, mayas y huicholes; en Buda, en Confucio y en los profetas? ¿Qué significan los holocaustos, los sacrificios de animales y de seres humanos, cuál es el misterio de la sangre, del éxtasis y de los estados alterados de conciencia? ¿Cómo aceptar la palabra revelada sin los dogmas? ¿Por qué las expiaciones, los rituales, las ceremonias? Jesús, Cristo, los Evangelios, Mahoma, el Corán y sus derivaciones en miles de creencias e iglesias son tan sólo una extensión de aquellos afanes. La Cábala, la oración, el kundalini, el orgasmo, la meditación, la fe, la ciencia, la conciencia, la creencia, el amor, la justicia, tú, yo, el presente, uno. ¿Qué es lo sagrado? ¿Cómo alcanzarlo?

El año pasado asistí a la entrega anual de premios del Instituto Nacional de Antropología e Historia, en el Museo de Antropología. Llegué temprano, pues había mal comido, no cenado y poco dormido el día anterior, por lo que quería desayunar en el restaurante del museo antes del acto y caminar un poco por el bosque.

Al pasar frente la escultura del grillo que está sobre el Paseo de la Reforma, me detuve y la acaricié; me recordaba viejos y entrañables tiempos, de amores pasados que quedaron impresos en la magia de la fotografía. Tras perderme unos instantes en mis remembranzas, proseguí mi camino hacia el museo, cuando de pronto vi —entre las ramas del mismo árbol del que 35 años antes había descendido el *Che* Guevara— a un joven trepado, con intenciones de bajar. Me hizo una señal para que lo esperara. Ya abajo, noté que vestía un traje fino y a la moda, como si fuera un *yuppie*. Entonces, de manera familiar, me dijo sin preámbulo:

—Te hemos escuchado a ti y a Campanita, y sabemos lo que hay en sus corazones. Conocemos bien su caso. Son realmente muy pocas las ocasiones en que, aunque queramos hacerlo, tenemos el poder y el derecho, por ciertos méritos y circunstancias, de llevarlos de Malkhut a los tribunales celestiales.

Sin que mi formación racional interviniera; sin el más mínimo cuestionamiento ni duda, me dije: "¡Es un ángel!", como si fuera lo más natural y uno los encontrara en la vida cotidiana por todos lados. Lo adiviné porque siempre he pensado que el alma de ellos es igual al alma de los niños y ambos comparten desde siempre la costumbre de subirse a los árboles.

—¿Qué saben del caso? —le pregunté para nada sorprendido.

—Hay un reclamo tuyo y otro de ella, desde hace muchos años. No lo han hecho formal, porque lo han escondido en el fondo de sus almas. Pero nosotros, más que las palabras, escuchamos las melodías alegres o los cantos desgarrados que producen las almas. Dejar pasar tantos años es parte de la prueba de merecimiento. Por eso ahora queremos atenderlos —y procedió—. ¿Quién le debe a quién? Ésa es la cuestión, la controversia. Ella reclama y demanda que le debes o le debemos muchos años de tristeza por no poder amarte como hubiera querido, y tú, te hemos escuchado, reclamas

y demandas que te debe o te debemos 35 años de la felicidad que pudieras haber tenido con ella. Ustedes, los humanos, no acaban de entender nada, por eso ese gran hombre, José Vasconcelos, *hecho pelotas*, optó porque el espíritu hablara por su raza, porque así se quitan la responsabilidad —o la corresponsabilidad— que tienen en los asuntos de Malkhut.

»Su tiempo no es nuestro tiempo, sus intenciones no son nuestras intenciones. El nivel de conciencia de cada uno lo hace actuar de diferente manera; bajo las aparentes mismas condiciones, uno actúa de una manera, el otro de otra y el otro de otra. Por eso, elevar el nivel de conciencia es el quehacer más importante en la vida de ustedes, los humanos. Te lo explico de otra manera: tú tenías tareas que cumplir y Campanita también, de acuerdo a sus niveles de conciencia y a sus propios karmas. En la trayectoria de sus vidas, como en el vuelo impredecible de dos moscas, hubo momentos en que casi se tocan, pero tu ángel y yo tuvimos el cuidado de que no se cruzaran, porque era peligroso para ambos y también para nosotros. Sus destinos así tenían que ser, no me preguntes por qué, porque no lo entenderías. Campanita me dice que empezaron a enredarse las almas de los dos desde un agosto (¿el 27 de agosto de 1968?) y que cada día están más y más enredadas; que cada vez más se asemejan la una a la otra hasta no poder distinguir quién es quién; que pareciera que cohabitan en copropiedad, en cada uno de sus ojos, sus pupilas, sus vísceras, sus átomos, electrones y quarks, y hasta en la nada. La mitad de uno es la mitad del otro y cada uno habita en la otra mitad del otro. Es, me dice, como que tu alma y su alma se hubieran convertido en una sola. Pero eso sólo es dado a las almas gemelas genuinas, y ustedes son *y no son* almas gemelas. Pertenecen al alma de una época, los años sesenta, en que muchas almas se fundieron hasta llegar a ser Él, que es el todo y la nada, que es lo mismo, porque

todo está hecho de la nada. Todos los de esa generación tienen rasgos de almas gemelas, pero no lo son; se asemejan, pero no son iguales. ¿Me explico?

—Disculpa, pero no muy bien. Se parece un poco a la dialéctica que traté de aprender cuando joven —le dije tímidamente.

Él solamente esbozó una pálida y leve sonrisa de conmiseración. Respirando profundo para obtener paciencia, retomó la palabra

—Voy a decírtelo de una manera más sencilla: *Las cosas suceden justo cuando tienen que suceder, ni antes, ni después…*

Como luces de fuegos artificiales, en mi cabeza estallaron millones de **?¿?¿?¿?¿?¿?¿?** en la oscuridad de la noche de un desconocido Malkhut.

—¡Carajo! —fue todo lo que pude decir. A mi mente llegaron, sin que las llamara, las siguientes palabras:

Inútil conocer lo conocido,
menos aún el infinito vasto.
Perdidos para siempre en la razón sin fondo,
jugamos al saber… por hacer algo.

Esperó unos segundos, mientras las luces multicolores de mi cerebro se iban apagando, para continuar. Como despedida, conforme trepaba al árbol y desaparecía entre sus ramas, me dijo:

—Ve mañana a la banca, al sitio donde solías estudiar cuando estabas en *prepa*, para que tu ángel te aclare todas tus dudas. Recuerda mirar hacia arriba, no olvides que nos gusta treparnos en los árboles —y desapareció.

Cuando volteé la mirada, sólo vi el río de gente que se encaminaba al museo. Lo busqué entre ellas, pero tampoco estaba ahí.

Como lo había planeado, fui a desayunar al restaurante del museo. Al ver la hora, era la misma de cuando había llegado al

árbol. El tiempo no había transcurrido. No me sorprendió; me empezaba a acostumbrar a lo extraordinario y quizá hasta esperaba un milagro. "¡Qué más milagros que la vida diaria!", exclamé para volver a la realidad. Pero Malkhut me asombraba cada día más. Poco me pude concentrar en el acto al que asistí ese día.

Al día siguiente volví a Chapultepec. Remé un rato en el lago para relajarme y hacer tiempo, porque aunque yo mismo pensara que lo más seguro era que ya había *perdido un tornillo*, tenía que asistir a la cita con mi ángel.

Caminaba por el Paseo de los Poetas rumbo a mi banca, cuando de pronto me encontré con una adolescente cuya imagen oscilaba entre niña de la calle y militante del Consejo General de Huelga, de 1999. Me miró fijamente con hermosos ojos negros que parecían más grandes que su cara morena. No sé si salieron de su boca las palabras que vinieron a mi mente: ***Morena soy, pero hermosa / muchachas de Jerusalén / como las tiendas de Cedar / como los cortinajes de Salomón / No me miréis fijamente por ser yo tan morena / pues nomás estoy tostada por el sol.***

Embelesado por su extraordinaria belleza, no podía dejar de mirarla. Me señaló con el dedo índice un árbol viejo, cerca del lago, y dijo:

—Estaba en aquel ahuehuete, pero bajé en cuanto te vi. Estaba jugando —y unos segundos después—. Demos un paseo.

Caminamos hacia la fuente de Don Quijote, cuando me espetó (reconociendo que, en efecto, ése era mi ángel):

—¡Sí que eres cabrón! Te sientes muy picudo, ¿verdad? Has armado un verdadero pedo. ¿Qué quieres? ¿Regresar el tiempo? ¿Torcer los destinos? ¿Cambiar los karmas? ¿Cambiar los acontecimientos del pasado para que nunca hayan sucedido e imponer tu sueño de amor y paz en la pobre Malkhut? ¡Estás grueso, chavo! ¡No entiendes nada de nada!

Y prosiguió, molesta

—¡Venga, pues, tu demanda! ¡Te escucho, te escucho! Dime tus desatinos, tus sueños, tus reclamos, tus intenciones, tus ansias, tus plegarias. ¡Anda! ¡Anda!

—¡En este mundo no hay justicia! —atiné a gritar desesperado, desahogando mi rabia contenida por tantos años. Esperé unos momentos para calmarme. Más sereno, comencé a hablar:

—Han pasado 456 lunas llenas, 12,781 soles con sus respectivos amaneceres y atardeceres (¿por qué no hay *luneceres*, crepúsculos lunares?) en los cuales se ha desperdiciado un mundo de posibilidades. En las 306,744 horas de vida que *no* nos fueron dadas a este par de cuerpos y de almas, pudimos haber hecho 33,333 veces el amor. Nunca escuché los 1,380,348,000 latidos de su corazón, ni sentí sus 345,087,000 respiraciones. Nunca oí sus suspiros. Nunca su corazón latió junto al mío, en ese mar de 1,725,435,000 latidos, respiros y... suspiros.

»Nunca pude abrazarla.

»Se desperdiciaron 99,999 cm^3 del mejor semen y 3,999,960,000,000 de excelentes espermatozoides, suficientes para crear un mundo nuevo de hombres nuevos para esta Malkhut miserable, contaminada material y espiritualmente hasta el punto de casi perecer. Hombres nuevos que la trataran de salvar y la embellecieran, que hubieran buscado la sabiduría para terminar con el absurdo, la locura y la confusión que ahora reinan; que acabaran, en fin, con la estupidez, la ignorancia, la hipocresía y la corrupción, fuentes de toda injusticia.

»Nunca pude lavar con ternura su cabellera, ni limpiar sus pies, ni acariciar sus muslos y sus senos, ni bañar su cuerpo para nadar en él. Comer y beber en su ombligo, caminar juntos en la playa o hacer el amor en un campo de trigo; ni nadar ni bucear ni leer ni estudiar ni ver nuestras miradas hasta nuestro fondo por un

tiempo infinito. Nunca se juntaron nuestros cuerpos —¿o almas?— para bailar, escuchar música, orar. Nunca conocieron el mar, nunca sus atardeceres, nunca una parranda, una borrachera, una pelea. Nunca un beso con sabor a vino, nunca un beso con sabor a miel, nunca un pezón en mis labios del racimo de sus pechos, nunca sus ojos en mis ojos. Nunca la alimenté con pasas y nueces, nunca la refresqué con manzanas cuando estuviera mala de amor, nunca puse mi brazo izquierdo bajo su cabeza mientras mi brazo derecho la abrazaba, nunca las vigas de nuestra nunca casa serán nunca de cedro, ni los nunca artesones de nunca pino. Nunca, nunca, nunca, ¡nada! en este reino de Malkhut. Hubiera bastado el toque de uno de sus dedos en mi cuerpo o un solo beso de sus labios en mis labios para haberme fundido con ella en tu reino, en tu justicia y en tu ley.

»¡¿Por qué, entonces, no se dieron los hechos en Malkhut?! —grité.

Si mis ojos por pudor no lloraron, mi alma sí lo hacía. Ella se dio cuenta y los dos callamos. Compartimos un silencio largo, muy largo.

No sé cuánto tiempo transcurrió, cuando me miró y dijo:

—¿Quieres comer? Tengo que ir a Ciudad Universitaria, pero no tengo prisa.

Le contesté que cerca de donde estábamos había una cantina, que ahí nos esperaban un par de tequilas y el mejor pescado a la sal que había comido, "parece pechuga de ángel", traté de bromear.

—¡Caníbal! —me contestó fingiendo enojo.

Comimos en silencio.

Al abordar su *vochito* de modelo inidentificable, me dijo despidiéndose y con una expresión distinta, que denotaba cierta ternura y mucha conmiseración:

—Los tiempos celestiales no son los tiempos terrenales, así que no sé cuánto pueda tardar el veredicto. Mientras tanto,

voy a platicar con el celoso ángel de Campanita para ver qué se puede hacer; como dicen ustedes, ¡todo es negociable! Pronto, más pronto de lo que crees, se los haremos saber —y después, sonriendo, comentó—. Esos *CGHacheros* estuvieron gruesos, al igual que ustedes cuando eran jóvenes, también creen que es muy fácil cambiar a Malkhut.

Al tercer día de ese encuentro y después de una pesada jornada de trabajo que me mantuvo dormido por no sé cuantas horas, tuve un sueño extraordinariamente claro.

Estaba yo corriendo en el Parque Hundido, cuando de pronto me alcanzaba mi ángel —¿mi ángela?— enfundada en pants azules y calzando tenis anaranjados. Con la voz jadeante por la carrera, me dijo:

—Ya está el veredicto y es inapelable: tus afanes, los de Campanita y los de muchos jóvenes de tu generación para convertirse en el hombre nuevo —que fueron hermosamente vividos por cientos de miles que entregaron lo mejor de sus esfuerzos, que arriesgaron su sangre y sus vidas, su salud física y mental— no fueron inútiles. Pero, lamentablemente, no estaban dados los tiempos de arriba y de abajo para que surgiera el hombre nuevo. Ese tiempo está por retornar, porque lo que será... ¡ya fue! —dijo sonriendo— Así pues, resultó imposible que el amor entre ustedes se diera en esta vida; sólo estuvo permitido que Campanita y tú se conocieran por unos instantes. Las almas gemelas se encuentran en algún tiempo y espacio que no depende de ustedes.

Desperté molesto y decepcionado. Hasta ahora no he podido resignarme del todo. Entonces recordé unas frases de Umberto Eco, al final de *El péndulo de Foucault*, y mientras mordía una manzana, imitando en la realidad al personaje literario, caí en la cuenta de que los jóvenes estudiantes también le habíamos hincado el diente al sistema político autoritario, aunque sólo fuera por unos meses.

No sólo lo habíamos soñado, deseado o imaginado, sino que habíamos actuado sobre la realidad, habíamos hecho que las cosas sucedieran. La creatividad de los estudiantes se manifestó enfrentando a un gobierno que perversamente los había provocado y reprimido. No sólo lo soñamos, sino que probamos el sabor de la rebeldía, de la dignidad, de la solidaridad y la hermandad entre los hombres de buena voluntad.

También comprendí, junto con Eco, que para nosotros, con toda su maldad, pero también con toda su bondad, "Malkhut es la única verdad que brilla en la (larga) noche de la sefirot".

CARCELES,
GAS,
MUERTE,
A LOS ESTUDIANTES QUE HAN ROTO LA MACANA DEL GRANADERO
¡¡¡CON SUS CABEZAS!!!

¡ESTE ES EL"DIALOGO CON LAS AUTORIDADES"!
¡ESTA ES " LA JUSTICIA DEL REGIMEN"!

¡POLICIAS Y EJERCITO SON LOS INSTRUMENTOS DE REPRESION DEL GOBIERNO MAS NO LOS VERDADEROS RESPONSABLES!

PUEBLO:

¡NO PERMITAS QUE HUMILLEN Y ASESINEN A TUS HIJOS!

¡PROTESTA CON LOS ESTUDIANTES!

Marianne

¡VETE POR EL ARMAMENTO!

En el amor,
nadie le quita nada a nadie

Yo no quería ir,
se lo advertí.
Antes de ir allá le dije,
no quiero ir, es peligroso.
Me contestó,
es tu deber.
Por él estoy
en donde ahora estoy.
Hace apenas unos meses ,
según yo,
tenía bajo control toda mi vida,
me sabía bonita e inteligente,
atractiva,
rica y snob.
Tenía lo que quería,
los hombres que quería
y al hombre que elegí por esposo.
Estaba muy segura de mí
y según yo tenía muy claro lo que quería ser
hasta finales de agosto de ese año.

Pero llegó septiembre y después octubre
y junto con ellos
la escoba que barrió todas mis certezas.
Fueron los meses en que la incertidumbre me invadió.
A mí,
una mujer de vanguardia
siempre con la respuesta convincente ante cualquier situación .
¿Qué me pasó?
No lo sé.
De pronto me hundí en la confusión y la inseguridad.
La respuesta que daba a una de mis dudas
duraba el escaso tiempo de vida de una pompa de jabón.
Llegaban a mi cerebro en caudal,
en tropel,
desordenadas,
desquiciantes.
Y así
llegaron a ser tantas
que empezó a empedrarse el camino
que me condujo hasta donde ahora estoy.
Comenzaron a descontrolarse las cosas.
¿Alguna vez estuvieron controladas?
¿Realmente lo amaba?
¿Me ama?
¿Qué es amar?
Mis razonamientos intentaban a tientas
explicar lo que estaba pasando.
Las palabras me resultaban insuficientes.
Buscaba desesperadamente las respuestas
a lo que estaba viviendo
¿Por qué tan desmesurada la represión?

¿Cuál es la lógica del poder?
¿Qué es lo que sigue?
¿Qué será de mí ahora?
¿Qué podemos hacer en estas circunstancias?
Me exasperaba no poder encontrar respuestas satisfactorias.
Hasta que finalmente
me reconcilié con mis dudas
y me dije
que las cosas simplemente suceden
como suceden,
como me suceden,
como están sucediendo...
El ejército en CU...
El rector renunciando...
Los cientos de estudiantes presos...
La batalla del Casco de Santo Tomás...
La Plaza de las Tres Culturas...
Él
Yo
El y yo en la cama haciendo el amor.
No buscando él darme placer.
No buscando yo darle placer.
Sexo solamente, pues,
sólo para escapar de mi realidad.
Desenfrenada propiciaba su pronto orgasmo
con el afán inútil de conseguir el propio.
Añoraba el tiempo de agosto,
de los múltiples orgasmos.
Por añoranza me volví adicta al sexo
para buscar el orgasmo perdido.
Los escasos orgasmos que lograba

los hubiera querido del placer del amor,
como antes,
pero eran sólo como alivio,
por un instante me situaban fuera del mundo.
Me escapaba mediante el sexo,
pero volvía a caer irremediablemente en la depresión.
Al tiempo que estábamos viviendo miles de compañeros.
Al tiempo de la represión.
Al tiempo de la persecución.
Al tiempo del terror.
Al tiempo del miedo.
Habían quedado muy lejos las actitudes festivas,
las brigadas,
las asambleas,
las manifestaciones,
los festivales,
el hacer el amor diariamente
con el pueblo
y con él...
Lo gozamos tanto.
Éramos revolucionarios.
¿Éramos?
¿Por qué me casé con él?
¿Por inteligente?
¿Por guapo?
No sé,
simplemente amanecí casada.
No necesitaba casarme,
pero lo hice.
¿Por qué lo hice?
Por la misma razón con que he hecho muchas cosas

que no sé por qué las hice,
simplemente las hice
por la misma razón
de que las cosas
simplemente son.
Y seguía haciendo el amor todos los días
para escaparme por unos instantes
de la realidad que me abrumaba.
Y así,
en ese estado emocional,
después de un orgasmo aguado
tomamos la decisión de ir por las armas prometidas.
Te vas con Flavio mañana a recoger esas armas,
me ordenó desde la cama
como un comandante ordena a un subalterno.
Por rechazo congénito a recibir órdenes
me desquité
antes de recoger las supuestas armas.
Desde luego que me recogí a Flavio en el camino,
que lo alargamos a cinco días de distancia
cuando pudimos haberlo recorrido en un sólo día.
Sólo así,
con un orgasmo diario como mínimo
mi cabeza se medio ordenaba
para seguir viviendo.
¿Viviendo?
¿Qué es vivir?
¿Quién me ha enseñado a vivir?
¿Mi papá?
¿Mi mamá?
¿Mis amantes?

¿Mis profesores?
¿Mis libros?
¿Mis reflexiones?
No sé qué es vivir.
No sé qué es amar.
¿Dónde se aprende a amar?
Aún ahora,
aún ahora que estoy aquí
con otro hombre
yo sé que ni éste ni el otro merecen lo que les estoy haciendo.
No tengo sentimientos de culpa.
En el amor nadie le quita nada a nadie,
simplemente el corazón manda.
Sigo casada con aquél todavía,
pero no voy a regresar.
Aquí con éste me voy a quedar.
Algún día le explicaré mis motivos
si es que hubo motivos.
Y todo esto que les cuento
pasó por ir a recoger un supuesto armamento
que resultaron ser un par de pistolas viejas
que tengo ahora,
aquí sentada,
una en cada mano,
en esta húmeda casona vieja
y que dudo en mandarle porque sería una burla.
Todo por estas putas pistolitas
que cambiaron su destino
Que cambiaron mi destino...
¿Es éste mi destino?
¿Aquí se cumple?

Nacho

MIRAR DE FRENTE

No hay amor a secas,
hay hechos de amor

Como ya lo hemos dicho, mi amigo Nacho tenía el don de la ubicuidad y la invisibilidad. Pero cuando uno se enamora pierde la cabeza y el control. Uno nunca o casi nunca sabe qué hacer ante la mujer que uno presume suya, aunque ella no lo sepa. Su don, en el empeño por atraer la atención de la mujer de sus sueños, representaba para él más un estorbo que una ventaja. Durante el tiempo que estuvo enamorado de Natalia, pocas veces pudo controlarlo; su presencia lo inhibía.

La conoció en la alberca olímpica de Ciudad Universitaria unos meses antes de que iniciara el Movimiento estudiantil de 1968.

Así que, como suelen decir los yucatecos, ya *la tenía vista*. La había observado, acariciándola con la mirada, desde las tribunas de la alberca. Después, esperaba por horas enteras sentado en alguno de los montículos de *las Islas* sólo para verla pasar rumbo a sus clases de natación. Fingiendo estudiar, se quedaba extasiado contemplándola en la sala de lectura de la Biblioteca Central. En fin, había estado enfrente de ella, a su lado, a sus espaldas y hasta en el centro mismo de la mesa donde ella se reunía con sus amigas, en la cafetería de Ciencias políticas, pero Natalia nunca lo vio.

¿Por qué ella no lo podía ver?

Ante la curiosidad de saber cómo era la mujer que traía tan de cabeza a Nacho, le pedí que me invitara a nadar cuando ella solía asistir a tomar sus clases. Y la ví: delgadísima, pequeñísima y blanquísima; su color de piel parecía el de unas ancas de rana despellejadas. Él era un poco menos blanco, su color era como de carne de pollo.

Con toda la intención de que lo viera, Nacho comenzó a nadar a su lado. Ahí fue cuando me di cuenta de por qué me había invitado: él esperaba que mi presencia anulara su invisibilidad para tener su primer acercamiento. Pero no fue así; por el contrario, ambos resultamos afectados por su halo transparente y, aunque era tan sólo un carril el que nos separaba de ella y podíamos distinguir todos sus movimientos natatorios, ella jamás nos vio.

Me llamó la atención que nadaba bien por tramos pequeños, pero que de repente se detenía y se hundía por algunos segundos emergiendo después desesperada, volvía a nadar otro tramo y volvía a hundirse, y así hasta cruzar toda la alberca.

—Oye, Nacho, Natalia nada muy raro. Además, ¿para qué quiere aprender a nadar? Con su físico podría correr sobre el agua sin hundirse y hasta podría aprender a volar si se lo propusiera.

Él dijo, ignorando mis ironías:

—Así nada ella, no debe dejar de nadar porque si se detiene se hunde, pero como tiene que parar necesariamente porque se cansa, entonces es cuando se hunde. No sabe flotar.

—¿Cómo está eso Nacho?

—Sí sabe nadar, pero no ha aprendido a flotar.

Por semanas estuvo atisbando desde el montículo de una isla, cual si fuera su atalaya, a que pasara Natalia rumbo a la alberca. Era el camino que solía tomar y el sitio donde la esperaban unas amigas que también iban al curso de natación. Varias veces lo vi, dizque estudiando, en *la Isla* situada entre la Facultad de Ingeniería

y la Escuela de Arquitectura, esperando pacientemente, con el traje de baño en su mochila y dispuesto a seguir a Natalia... si pasaba.

Fue en vano su esfuerzo. Ella había dejado de ir a nadar a la alberca para dedicarle tiempo a su nueva afición: el teatro. La aflicción de Nacho era grande y doble. Por una parte, su don era afectado en cuanto sentía la presencia de Natalia y, por la otra, era la primera ocasión en que realmente estaba invadido por el sentimiento amoroso más puro que en su vida había experimentado. Estaba profundamente enamorado.

—¡Atrévete Nacho! —le dije cuando regresó, con su mejor color de piel, de un viaje que realizó a Puerto Vallarta con su familia.

Me contó que estuvo buceando en Mismaloya —donde se filmó la película *La noche de la iguana,* con Elizabeth Taylor y Richard Burton— por varias horas, recogiendo conchitas y estrellitas de mar para ofrecérselas a Natalia cuando la volviera a ver a su regreso. Se pasó esa noche y todas las noches que estuvo en la playa, hasta la madrugada, mirando las estrellas del cielo de Puerto Vallarta, Mismaloya y Yelapa, deseando que Natalia fuera el amor de su vida. Soñó con ella todos los días e hicieron el amor en una hamaca bajo el cielo estrellado de Mismaloya, tan real, que cuando me lo contó todavía temblaba de amor. ¡Hubo orgasmo de ella! ¡Lo juro! ¡Fue real! ¡Fue real! ¡Fue real! Repetía como para convencerse.

A su regreso, sacando de su mochila un pequeño paquete, me dijo:

—Le traje mis estrellas de mar, pero hubiera querido traerle las estrellas del cielo de Mismaloya; se las voy a entregar mañana durante la manifestación, en un pequeño cofre de madera de Olinalá.

¡No se atrevió! Pasaron semanas y no se atrevió.

—Nacho, entiéndelo, no hay amor a secas, hay hechos de amor, ¡atrévete!

Nacho escribió muchos versos de amor a Natalia, pero nunca se atrevió a dárselos. En alguna ocasión que estuvimos estudiando en la Biblioteca Central, dejó olvidado un verso de amor desesperado; lo recogí de la mesa, lo leí y luego se lo entregué. Al darle la hoja de papel, sin ver lo que tenía escrito, de memoria empezó a murmurarlo:

Pensar
no puedo pensar
en perderte para siempre.
Si tan solo en ti yo pienso
dejar de pensar en ti
es la muerte.

Prolongó su amor imposible durante todo el movimiento. Participaron en brigadas, pintas, pegas, asambleas, mítines relámpago y manifestaciones. Marcharon juntos, uno al lado del otro, en la Manifestación del Silencio (y ahí, aunque hubiera querido hablarle, estaba impedido, porque el silencio que nos impusimos fue tan solemne y acatado por todos los que marchamos, que el gobierno se dio cuenta y se asustó de la autoridad moral del Consejo Nacional de Huelga). Ella nunca lo vio.

—Nacho, ¿por qué no te puede ver? —le expresé desesperado, días antes de que el ejército tomara la Ciudad Universitaria.

—Nunca me vio porque cuando veo de tres cuartos o de perfil, me hago invisible e imperceptible. De frente sí me pueden ver, pero nunca me he atrevido a ver de frente a Natalia.

Toño

MUÉSTRENME SUS CREDENCIALES

Creía también en las reencarnaciones
sobre todo a partir de aquel día
en ue realizaron el ritual mágico
para encontrar a sus almas gemelas

La conoció como se conocieron miles de jóvenes durante el Movimiento estudiantil, en un encuentro casual del cual surgió, de manera natural, un hermoso y breve romance.

Ella entró con tres de sus compañeras al edificio principal de la Facultad de Ingeniería, en busca de ayuda para que le imprimieran unos volantes. No sabían a quién dirigirse.

La casualidad hizo que Toño las atendiera. Ese día había entrado por la puerta principal, cuando su costumbre era hacerlo por la puerta de abajo. Iba cruzando el puente para ir a la asamblea de la mañana, cuando le sorprendió ver a tres casi adolescentes —como él— que, despistadas, estaban sobre el pasillo donde se encontraba la Dirección de la Facultad y el final del puente. Se acercó a ellas y sin más las saludó.

—¡Hola! ¿De qué escuela son ustedes?

—Somos estudiantes de arte dramático —le contestaron—. Vamos al auditorio.

—¿Y qué andan haciendo por aquí? —les preguntó, al tiempo que todos bajaban las escaleras para ir hacia allá.

—Al entrar a Ciudad Universitaria nos dijeron que en la Facultad de Ingeniería podían imprimirnos unos volantes.

—Yo les voy a imprimir sus volantes, pero antes tienen que enseñarme su credencial de revolucionarias. ¿La traen? —les dijo muy seriamente, aguantándose la risa.

Ellas se miraron entre sí, desconcertadas por la pregunta, poco antes de llegar a la puerta del auditorio. Entraron, se sentaron unos minutos y tuvieron que salir rápido porque Toño tenía que imprimir tanto los volantes del comité como, ahora, los de ellas.

—Enséñenme sus credenciales —insistió.

—No, no tenemos esa credencial, sólo traemos la de la escuela —al decir eso, una de ellas se le acercó y le mostró su credencial. Toño alcanzó a ver "Escuela de Arte Dramático", su fotografía, nombre y firma al calce.

—Tienes bonito nombre, Julia, como mi abuela. ¿Y ustedes? —dirigiéndose a las otras dos—, ¿cómo se llaman?

—Gilda —dijo una.

—Y Lía, como mi madre —dijo la otra.

—Bueno... ¿Pero sí son revolucionarias? —insistió Toño.

—Sí, sí somos —le contestaron las tres.

Él les dijo que no se preocuparan, que les iba a hacer las credenciales primero y luego los volantes.

—Acompáñenme al Comité de Lucha de la Facultad, voy por las credenciales y el papel para los volantes.

Tomó varios paquetes de hojas, una cartulina, tijeras y luego subió con ellas al salón de dibujo, donde habían instalado el centro de propaganda y difusión del comité.

Mientras les preparaba sus credenciales de revolucionarias, ellas le relataron lo que había sucedido en su escuela.

—Ayer en la noche —le dijeron—, en la Unidad Artística y Cultural del Bosque de Chapultepec, cuando estábamos celebrando

la asamblea, ahí en la escuela fuimos agredidos por soldados y policías. Fueron detenidos 73 compañeros de nuestra Escuela de Arte Dramático, que depende del Instituto Nacional de Bellas Artes. Estábamos informando a los compañeros lo que había pasado la madrugada de antier en las Preparatorias 1 y 3; y del acto en el cual el rector izó la bandera a media asta en protesta por la violación a la autonomía universitaria, cuando irrumpieron los soldados y los policías y empezaron a golpearnos.

Para más ilustración, Julia sacó unos recortes del periódico y se los mostró a Toño y a otros compañeros del comité. Gilda, por su parte, sacó unos recortes de *El Universal*, del primero de agosto. Entre otras cosas, la noticia decía:

> ...intervinieron en la acción miembros del Ejército auxiliados por personal de la Jefatura de Policía... Pese a que en la Jefatura de Policía se negó toda información al respecto, logramos saber que la policía y militares realizaron un cateo en la mencionada escuela, en busca de propaganda comunista... Se dijo, incluso, que se habían encontrado algunos libros que consideraron tendenciosos por ser de autores soviéticos...

—Y dale con que quieren configurar un "complot comunista" —dijo Toño.

—Por eso estamos aquí —dijo Lía—, queremos denunciar estos hechos y también invitar al pueblo de México a la marcha que va a encabezar el rector la tarde de hoy.

—Mientras termino sus credenciales, den a Pepe —un compañero que se encontraba imprimiendo un cartel a dos colores en serigrafía— el texto de su volante para que piquen el esténcil.

—Yo lo pico —dijo Gilda, mientras las otras dos se aprestaban a ayudar a Pepe a imprimir el cartel.

En tanto una picaba el esténcil, Pepe les mostraba a Julia y a Lía cómo se imprimía un cartel; Toño seguía empeñado en lograr un buen diseño para sus credenciales, con espacio para la fotografía, el nombre y la firma.

Al cabo de un buen rato las llamó para pedirles sus nombres completos, lo que anotó en cada credencial y todavía tuvo la puntada de fingir que buscaba y no encontraba el sello que las hacía válidas.

—Tengan sus credenciales —les dijo, siempre muy serio y formal—, en cuanto puedan pónganle su fotografía —y añadió—. Cuando vuelvan por aquí, pasen al comité para que les pongan el sello.

—Los volantes van a estar en una hora —les dijo a las jóvenes—, si gustan pueden esperar y en cuanto los terminen de imprimir y cortar, si quieren les ayudamos a repartirlos.

Mientras terminaban de imprimir los volantes bajó con ellas a mostrarles el periódico mural y las llevó al lugar donde estaban pintando las mantas para la manifestación de la tarde. Las jóvenes estaban impresionadas con la actividad de los estudiantes, apenas el día anterior el rector había sostenido una reunión con los representantes de la Asamblea General de la Facultad de Ingeniería, minutos antes del mitin en el cual izó la bandera a media asta, y ya hoy estaban preparándose para la manifestación que encabezaría el rector en la tarde.

Salieron a repartir los volantes por Coyoacán y por Insurgentes, hasta el Parque Hundido y alcanzaron a sumarse a la manifestación a la altura de Félix Cuevas. Terminaron empapados por la lluvia.

Se hicieron amigos y asistieron juntos a casi todas las manifestaciones y mítines de agosto y septiembre. Julia pasaba por él con frecuencia al Comité de Lucha y se sumaba a alguna brigada

que salía. En otras ocasiones salían juntos y ya no regresaban a C.U., pues disfrutaban estar y pasear juntos.

Julia era una adolescente muy sensible a los temas esotéricos. Por aquel tiempo la tenía impresionada Lobsang Rampa, autor de varios libros, como *El tercer ojo*. Las cualidades de ese supuesto tercer ojo eran un tema redundante en su cabeza y, desde luego, quería desarrollar esas capacidades. Creía también en las reencarnaciones, sobre todo a partir del día en que ella y sus amigas judías habían celebrado rituales mágicos para encontrar a sus almas gemelas.

A finales de agosto le contó a Toño sobre estos rituales que había realizado y le dijo que solo a ella, de entre las cuatro que lo hicieron, le iba a ser permitido conocer a su alma gemela, pero que no iba a poder ser su pareja en esta vida porque no tenía los méritos suficientes.

—¿Qué es el alma gemela? —le preguntó Toño.

—Es la mitad del alma de uno que quedó esparcida en el tiempo y en el espacio cuando el alma de Adán quedó desintegrada y solamente las almas que tienen grandes méritos pueden encontrar a su alma gemela. Una vez que se reencuentran se funden en una sola para toda la eternidad.

Toño, que tenía cualidades científicas, la escuchaba pacientemente mientras miraba sus hermosos labios rosados. Era una cálida tarde que disfrutaban juntos en el Bosque de Chapultepec.

—Necesito el máximo de mi energía para poder desarrollar mi visión del tercer ojo. ¿Por qué crees que traigo el pelo tan corto? —y sola se contestó—, porque quita energía.

Toño estaba fascinado por la ternura de Julia y más desde que un día de mediados de agosto ella le confesó

—Es probable que seas mi alma gemela, lo sé porque lo sentí desde el primer momento en que te vi. Es lo que le sucedió

al rey David cuando vio a Betsabé desde su palacio. Ellos eran almas gemelas.

Toño, aunque estaba más educado para científico que para esotérico, se sintió halagado y su ternura por Julia aumentó.

Varias veces los vi paseando juntos y despreocupados por el campo donde se encuentran *las Islas;* a él con su larga cabellera y a ella con su pelo cortito y su bonito talle sin senos: era una hermosa pareja de adolescentes. El romance iba en aumento y los *fajecitos* también. Éstos eran cada vez más frecuentes y el cuento del *alma gemela* exaltaba la devoción del uno hacia el otro. Así transcurrieron los días de agosto y septiembre hasta que...

El 18 de septiembre en la noche, Julia llegó por él al Comité de Lucha y se encaminaron hacia la Facultad de Derecho. Pensé que regresarían pronto, porque él había quedado de ir en el camión que partiría a las instalaciones de la Procuraduría, en la calle de Héroes, para liberar a los compañeros que estaban detenidos. Nos fuimos sin él, en un camión de la Facultad repleto de estudiantes y dos profesores que nos acompañaron.

Nos volvimos a ver hasta el año siguiente, porque a las 22 horas de aquel día, el ejército allanó de nuevo las instalaciones de la UNAM, pero esta vez las de la propia Ciudad Universitaria.

Fue hasta enero de 1969 que Toño me contó que ese día se habían ido a *las Islas* y que habían comenzado el *faje* en serio.

—Al amparo de la noche, le quise tocar los senos y me encontré con la sorpresa de que los tenía completamente vendados, de tal manera que parecía que no tenía. Julia me dijo entonces: "Los senos grandes quitan energía". Entonces yo usé con mayor fuerza mis manos para quitarle las vendas y más cuando percibí que no eran tan pequeños. Lo que más me llamó la atención fue que el color de sus pezones era el mismo que el de sus labios. Eso me excitó y fascinó de tal manera que suavemente comencé a recostarla en el pasto.

»De repente, escuchamos gritos a nuestro alrededor. Las voces nos alertaban a todos: el ejército estaba entrando a Ciudad Universitaria. Vi correr a algunos hacia Odontología y otros a Rectoría. Con las vendas enredadas entre su cuello y el mío, nos incorporamos como pudimos y corrimos hacia Filosofía y Letras, donde una pareja de profesores, de manera apresurada, se subía a su auto y partía con rumbo a Insurgentes. Pensé, *a éstos, por su aspecto, seguramente los van a dejar salir*. Así que les pedí que por favor sacaran a Julia. Los profesores asintieron y partieron con el carro repleto de mujeres.

»Yo me quedé en el estacionamiento viendo cómo Julia se despedía, asomando su carita de tristeza: con una mano se despedía y con la otra me mostraba, a la altura de sus ojos y a través de los cristales, su credencial de revolucionaria. Yo, por mi parte, estaba dispuesto a sufrir la cárcel; me sentí como los revolucionarios que han mandado al exilio, me sentí Trotsky —me dijo sonriendo cuando me visitó en la cárcel de Lecumberri, en 1969—. Pasé unos cuantos días en el exilio y, en cuanto salí de la cárcel, me sumé de nuevo al Movimiento estudiantil, el 23 de septiembre en el Casco de Santo Tomás.

—¿Y qué sabes de Julia? —le pregunté ya casi a la hora de la salida de las visitas.

—No la volví a ver —me dijo—, sus padres la sacaron del país, seguramente cuando le encontraron su credencial de revolucionaria.

OBREROS
ESTUDIANTES
CAMPESINOS
ALIANZA
P/R/I

Zapata
UNA YEGUA DEMASIADO FINA

Las tanteadas del jodido nunca salen
(dicho popular)

—Es que la quiero "muncho" —me dijo en su departamento la madrugada del 19 de septiembre, después de tres días en que estuvo tomando día y noche.

—Mira paisano —le dije— los que vinimos de provincia a estudiar en la Ciudad de México traemos una alta carga del México rural que explica muchas de nuestras actitudes.

Zapata era oriundo de Cuquío, Jalisco, un pueblo cercano a Guadalajara, separado de ésta por la barranca de San Cristóbal, que sirve de cauce al río Santiago que lleva las aguas del río Lerma y del lago de Chapala al océano Pacífico. Ambos conocimos de niños ríos de verdad; él recordaba que el río Santiago se cruzaba en panga y que el ganado se arriaba, como en el antiguo oeste, desde las partes altas de la Sierra del Norte de Jalisco, y se acopiaba en corrales improvisados a orillas del río para cruzarlos, posteriormente, a los mercados de Guadalajara.

En su pueblo, en los años de su niñez no había drenaje, agua potable entubada, ni energía eléctrica. Las calles polvosas eran un inmenso fango en la temporada de lluvias.

—Recuerdo —decía— que en las calles del pueblo, en la oscuridad, todos los que se encontraban se saludaban por su

nombre, aunque apenas se distinguiera la silueta de la persona. "Buenas noches, don Jesús", "Buenas noches, don Telésforo"; "Buenas noches, Tere", "Buenas noches, don Procopio". Se conocían por el ritmo de sus pasos, por su olor. Mi padre olía a canela, mi madre a tierra mojada, don Simón a puerco, Pancho a chivo, Sofía a huele de noche, Ruperto a cirio, María de los Ángeles a vísceras de vaca; el caso es que todo el pueblo se conocía de manera inequívoca.

Me decía que años después, cuando regresaba de vacaciones a su pueblo, ya no identificaba en las noches oscuras a quienes pasaban o se cruzaban con él. Platicábamos del México rural que conocimos cuando niños; de los mesones donde arrieros y recuas de mulas pernoctaban; de los agraristas, los grupos de campesinos armados por el general Lázaro Cárdenas que desfilaban en las conmemoraciones de la Revolución mexicana; de las carretas de ruedas de madera cubiertas con cincho de acero forjado que circulaban por las calles empedradas y los caminos vecinales; de los ríos tan abundantes en peces que podían pescarse con resortera; de las parcelas que se abonaban únicamente con el excremento de las vacas, caballos y chivos; y, sobre todo, nos lamentábamos de los malos o pésimos maestros que tuvimos en primaria. Nadie nos corregía el decir "muncho", "vistes", "trajistes", "quebra", "ira", "aiga", etcétera.

Nos acordábamos de que el tequila era para los pobres; del extenso uso de la manta, el dril y la mezclilla en las ropa que vestíamos de niños; de que se usaban mucho los calzones de manta y los pantalones de mezclilla cuando esta tela era empleada para prendas de pobres; de los predominantes colores blanco y oscuro en los trajes y vestidos de los adultos; del ceñidor rojo que hacía las veces de cinturón que fajaba el calzón de manta; del cotón de manta; de los huaraches *de vuelta y vuelta* y los de *horca-pollo*, en los que la suela estaba hecha de

llantas de automóvil usadas; de las escasas *trocas* (camiones de carga), carros y camiones de pasajeros y de las todavía muchas e indispensables carretas de tracción animal; de las entre 14 y 18 horas que hacíamos desde Guadalajara a la Ciudad de México, pasando por Mil cumbres, en camiones que paraban en cada pueblo, o en el tren, sin saber entonces ni a qué hora íbamos a salir ni a qué hora íbamos a llegar; de las peregrinaciones a Talpa, a pie, por lo que los peregrinos tardaban varios días en llegar al lugar de su fervor, y que en su andar nocturno por los oscuros cerros de la Sierra Madre Occidental se veían serpentear, como hilos luminosos, las varias filas de peregrinos itinerantes que avanzaban iluminándose con linternas, antorchas improvisadas y *cachimbas* (utensilio que sirve para encender una tea de trapo impregnada de petróleo); y, sobre todo, recordábamos la admirable solidaridad de los pueblos y rancherías por donde cruzaban o pernoctaban los peregrinos.

Con esta carga del México rural, muchos provincianos que vinimos a estudiar a la Ciudad de México en los años cincuenta y sesenta, prácticamente llegamos y tomamos por asalto a la Universidad.

La dispar formación que proporcionaban las escuelas de provincia y las de la ciudad se agudizaba cuando nos juntaban en un aula universitaria, y aunque formalmente todos habíamos cursado la secundaria y el bachillerato, eso no nos igualaba en conocimientos. Había compañeros de provincia que nunca en su vida habían visto un matraz o que llegaban a estudiar una ingeniería sin haber llevado álgebra, geometría analítica o cálculo diferencial e integral de manera consistente.

—¿Por qué eres de izquierda? —le pregunté en una ocasión, ya siendo alumnos de la Facultad de Ingeniería.

Me contestó:

—Porque nací encabronado, sigo encabronado y voy a morir encabronado por las injusticias que he visto y que he vivido. Con mis ojos vi cómo despojaban de sus tierras a campesinos pobres, que con usura, amenazas, balazos y hasta asesinándolos, el cacique del pueblo se apoderaba de sus escasas propiedades. He visto la miseria en que vivían compañeros de primaria a los que no les alcanzaba para comprar un cuaderno. El *papil capón* era un niño al que le pusimos así porque la maestra le preguntó que por qué no había hecho la tarea, y él contestó "porque no tengo papil"; no tenía papel, un cuaderno. Se parecía al *Chavo del ocho* y se vestía como él; iba a la escuela descalzo y sin útiles escolares; en el cuello, los brazos, los pies y las manos se le dibujaban los "paisajes de tierra".

—¿Y tú? —me preguntó Zapata.

—Más o menos por lo mismo —le contesté—- además de que tengo unas imágenes y vivencias desde niño que nunca se me han borrado, y que si pudiera dibujarlas, pintarlas o narrarlas lo haría.

»Recuerdo que cuando tenía como siete u ocho años estaba sentado en un equipal adentro de la casa vieja de mis padres, con la puerta entreabierta, viendo llover a cántaros, como a eso de la hora cero en que empieza a anochecer. Me entretenía observando cómo la corriente de agua rojiza se iba convirtiendo en un arroyo que abarcaba toda la calle empedrada cuando, a lo lejos, divisé a un hombre que venía a pie, con el calzón de manta arremangado hasta el muslo, protegiéndose de la torrencial lluvia con un sombrero estropeado por el uso, y una *china* (el impermeable de los pobres, hecho con hojas de palma que asemejan al plumaje de una ave) tan vieja y raída que apenas simulaba protegerlo de la inclemencia de la lluvia. Era casi un anciano, su cuerpo resignado soportaba la lluvia, igual que desde hacía tiempo soportaba todo; había renunciado a luchar por una vida menos dura. Su paso era

lento, de hombre cansado de vivir. A dos pasos de distancia, lo seguía un caballo escuálido en el que venían los arreos de labranza y, más atrás, un perro color canelo, tan flaco que se le veían las costillas. El hombre, el perro y el caballo eran la viva representación de la pobreza y la resignación. Esa visión me hizo sentir un frío húmedo que me caló hasta los huesos; me atemoricé como si hubiera visto un pedazo de la muerte; mi cuerpo de niño se trasladó a su cuerpo y temblaron de frío mi cuerpo y mi alma, hasta que me sentí tan empapado, desprotegido, humillado y resignado como él: aborrecí desde entonces su condición infame de tener que ganarse *el pan de cada día* de manera tan lastimosa.

»Por mi padre sabía que en la temporada de aguas los campesinos pobres sobreviven de prestado: semana a semana les fiaba el *mandado* que llevaban a sus ranchos para sus familias. Me angustiaba imaginar las condiciones de vida de la mujer y de los hijos del hombre que había visto. Con la esperanza de que mi padre lo conociera y pudiera ayudarlo le platiqué de ese campesino. El simplemente me dijo, "Es del rancho del cerrito, ahí hay muchos pobres". Lo asocié de inmediato, aunque no era, con *el Güero* Camacho, un amigo de la familia que vivía en ese rancho. Seguido lo veía platicando con mi padre, sobre todo en la temporada de lluvias, cuando a la tienda acudían cientos de campesinos pobres a llevar su mandado.

»Mi gusto, Zapata, por ver las puestas del sol, seguro parten del Güero. Recuerdo que en varias ocasiones, de estar él tranquilamente charlando en el mostrador de la tienda con mi padre, repentinamente cortaba la plática y se despedía presuroso, "Ya me voy don Jesús, para ver si alcanzo a ver la puesta de sol en el cerrito". Después de escucharlo me entraban ganas de compartir su gusto por ver las puestas de sol; era una verdadera invitación. De seguro también a veces compartimos y gozamos el mismo

atardecer, él en su cerrito y yo a orillas del río, o trepado en el campanario de las torres de la iglesia, o me bajaba de la bicicleta, o suspendía el partido de fútbol o el juego de canicas, para disfrutar plácidamente del atardecer y la puesta de sol.

»En cierta ocasión observé que mi padre revisaba un montón de papeles, unos los separaba y los guardaba y otros los rompía y los echaba al basurero; por cada uno de éstos últimos murmuraba: "Las tanteadas del jodido nunca salen". Años después supe por mi madre que año con año mi padre separaba las cuentas cobrables y rompía las incobrables, y que repetía esa frase porque *el Güero* Camacho en alguna ocasión le había prometido a mi padre que a finales de ese año le iba pagar, dizque porque la siembra iba muy bien. Al terminar el año le dijo que no se había dado la siembra como él pensaba, y que por eso no le iba a poder pagar. Como única disculpa le sentenció a mi padre: Ya ve don Jesús, "las tanteadas del jodido nunca salen".

»Comprendí entonces que mi padre decía eso para sí mismo cada vez que rompía uno de aquellos vales. Muchos años después aprecié la actitud, el valor y la solidaridad de mi padre con aquellos campesinos. Él sabía, desde el momento en que les fiaba el mandado, que nunca le iban a pagar, y asumía las consecuencias de buen grado. Tenía el valor de realizar hechos con plena consciencia, a pesar de que algunas personas creían que lo sorprendían. Lo juzgaban mal, como algunos *pobres pendejos* que piensan que el *soberano pendejo* eres tú. Es caridad sin soberbia. Es estar muy por arriba del qué dirán.

»Mi padre era un hombre justo que trataba con respeto y por igual a un niño que a un adulto, a un pobre que a un rico, a un desvalido que a un poderoso.

»También creo, desde entonces, que la vida puede ser más llevadera, menos agobiante y angustiosa que la que reflejaba la

imagen y el rostro de ese hombre que jamás volví a ver. Y que mi rebeldía nace de ahí; mi anhelo de justicia e igualdad y mi actitud revolucionaria parten de aquellas vivencias que se complementaron con mi formación en una escuela católica durante la primaria. Moisés fue el primer personaje, histórico o no, que me fascinó. Desde entonces, hombre y justicia son temas redundantes en mi cabeza. Esas vivencias fueron muy importantes y definitivas para mi consciencia y la manera de percibir y de gozar mi vida.

Zapata y yo platicábamos muy a menudo de nuestro pasado semejante. Nos hicimos amigos. Juntos asistimos a varias fiestas en casas de compañeros de la Facultad, que nos dejaban impresionados por el lujo en que vivían. Apenas podíamos creerlo. A una de ellas nos invitó un compañero que sabía de dónde éramos y que nos preguntó si sabíamos jinetear, porque iba a hacer una fiesta el día de su cumpleaños. Pensamos que el evento sería en un cortijo alquilado, pero no era así: el cortijo era propio y estaba atrás de su casa, integrado a ella. Tenía caballerizas, alberca, salón de boliche y no sé cuántas cosas más. Eso me lo contó Zapata, porque yo no pude asistir a esa fiesta, pero después pude constatar por mí mismo que mi amigo se había quedado corto en la descripción de los lujos.

En una de esas casas, durante una posada, fue que Zapata conoció a Irma a finales de 1967. Fue una fiesta bonita, a la que asistimos pocos días antes de salir hacia Guadalajara para pasar la Navidad y el Año Nuevo con nuestras respectivas familias. Un sendero conducía del portón de la casa hasta el amplio salón en donde empezaban a reunirse los compañeros. A ambos lados del sendero, de aproximadamente 300 metros de largo, había antorchas encendidas que alumbraban el camino arbolado y adoquinado.

A Irma la había invitado un hermano del compañero de la Facultad de Ingeniería que nos había invitado a nosotros. Aunque

Zapata no tomaba con frecuencia, cuando lo hacía se ponía muy alegre y desinhibido. Así que después de las primeras copas se animó a bailar con ella y ya no dejaron de hacerlo durante toda la noche. Se veían contentos, como si se conocieran de mucho tiempo atrás. Me dijo al día siguiente: "Paisano, ¡es mi media naranja! ¡Estoy enamorado!".

En los días siguientes ella lo invitó a salir con sus amigas y amigos. Asistió a un *rally del tesoro*, ésos donde se busca un premio en alguna parte de las etapas del recorrido; a una carrera de autos; al Hipódromo de las Américas; a un paseo a caballo en las faldas del Ajusco y a una misa en el templo de San Jacinto, en San Ángel.

Zapata estaba tan enamorado que perdió la noción del tiempo, al igual que el boleto del camión que lo llevaría a Guadalajara. Todo por complacer a Irma. En esa ocasión llegó a Cuquío *rayando el cuaco* para asistir a la cena de Navidad, el mismo 24 de diciembre en la noche.

Cuando regresó de vacaciones, a finales de febrero de 1968, comenzó a ir a casa de Irma con mucha frecuencia. La madre de ella lo trataba amablemente y los dejaba estar solos en la sala, en donde platicaban por horas. Irma lo atendía amorosamente, ofreciéndole las comidas que expresamente había preparado para él. Se sentía en las nubes. Pero el padre y los hermanos apenas le dirigían el saludo.

Irma tenía un pretendiente que a su familia le gustaba más que Zapata. Sabían que éste no era un buen partido para ella y empezaron a remarcarle en su cara, de manera ostensible, la diferencia entre sus mundos. Sin embargo, como el amor que Irma sentía por Zapata era real, la relación se prolongó a pesar de los desaires que le hacía la familia. En una ocasión, durante mayo, la mamá de Irma invitó a Zapata al rancho de su familia, que quedaba entre los límites de Querétaro y Guanajuato.

Al día siguiente de su regreso, Zapata llegó a mi departamento, se acostó en el suelo con la espalda pegada al piso y mirando fijamente al techo, me dijo:

—Paisano, me siento muy mal, el mundo de Irma no es mi mundo —y se quedó tirado y callado por largo tiempo, *ido*, hasta que lo apresuré para ir al cine Chapultepec a ver una película de Sofía Loren.

—Es un mundo que no me pertenece —solía decirme a menudo mientras nos echábamos una *cascarita* en las canchas de basquetbol o caminábamos por los pasillos de la Facultad, o cuando asistíamos al salón de clases o a la biblioteca.

A partir de la ida al rancho su incomodidad fue en aumento y creció mucho más cuando se inició el Movimiento estudiantil, en el cual él participó activamente desde un principio.

Estando con la familia de ella escuchaba los más duros ataques a los estudiantes, a quienes no bajaban de "comunistas" y "alborotadores". Así, aunque Irma lo quería de verdad, las opiniones de la familia empezaron a minar la relación, en el mismo momento en que Zapata ya estaba convencido de que ahí no había ningún futuro. Las diferencias entre ellos eran abrumadoras. Vivían en dos mundos totalmente diferentes.

Todavía cuando se inició el Movimiento estudiantil —y no obstante que Zapata colaboraba durante muchas horas en el Comité de Lucha de la Facultad— se daba sus tiempos para salir a pasear con Irma. Ella inclusive asistió a una asamblea en el auditorio, debido a la insistencia de él, pero se negó a participar en cualquier actividad, por convicción propia y por el temor de que su familia se enterara.

Cuando Gustavo Díaz Ordaz pronunció su discurso del primero de septiembre, las opiniones de elogio en torno a la postura presidencial molestaron tanto a Zapata que armó una terrible

discusión con la reaccionaria familia. La relación se deterioró por completo con el padre, para el cual Zapata no sólo era pobre, lo que ya de por sí era intolerable, sino que además era *comunista*. Era impensable siquiera que un sujeto así pudiera tener alguna relación con su hija.

El 15 de septiembre por la mañana, día del cumpleaños de Irma, ella le pidió a Zapata que la acompañara a la casa de su tío, hermano de su padre, porque, según le había dicho el tío, le tenía un enorme regalo sorpresa. Ella supuso que Zapata le podría ayudar a cargarlo. Él estuvo puntual en su casa. Los dos abordaron el automóvil que manejaba el hermano de ella y enfilaron hacia el rumbo de San Jerónimo; subieron un buen trecho, más allá de la Unidad Independencia. Al llegar a la casa del tío, Zapata pensó: "¿Qué carajos estoy haciendo aquí? ¡Qué ostentación! Ésta no es una casa, es un casco de hacienda porfiriana, un rancho dentro de la ciudad, una mentada de madre para millones de mexicanos".

El regalo del tío era ni más ni menos que una finísima yegua.

—¡Qué hermosa! ¡Qué hermosa! —no paraba de exclamar Irma—. ¿No te parece hermosa? —le preguntó a Zapata, que pasmado como se sentía simplemente atinó a decir:

—Sí, tiene bonito color avena —lo dijo por no quedarse callado y recordando *al Moro*, el caballo en el que había aprendido a montar de niño y con el cual había ganado varias carreras *parejeras* allá en su pueblo.

El tío, naturalmente orgulloso, comentó que se trataba de una yegua anglo-árabe que servía para galope, carrera y salto de obstáculos. Provenía de una cruza de un pura sangre árabe con una yegua pura sangre inglesa, que se había llevado a cabo en Inglaterra hacia 1820.

—Pero a final de cuentas —dijo remarcándolo para que no quedara ninguna duda— es una yegua inglesa.

Después de hablar por cerca de media hora sobre las cualidades y características de la yegua, terminó diciéndole a su sobrina:

—Tienen ojos expresivos, como los tuyos —y agregó con picardía— y orejas móviles como las de tu novio.

Y celebró su chiste a carcajadas.

De no ser por Irma, que se moría de ganas de montarla, el tío hubiera seguido hablando toda la tarde de sus conocimientos sobre caballos.

Ese mismo día, al regresar, me dijo Zapata:

—Créemelo paisano, los ojos expresivos no eran tanto los de Irma sino los míos, se me desorbitaron de ver el lujo en el que viven estas gentes, y no sólo me temblaban las piernas; estoy seguro de que también se me movían las orejas, como me dijo el cabrón tío, pero hacia abajo; sin duda el pinche tío notó que me *azorrillé*. Ahí sí que agaché las orejas.

»Definitivamente acepté en ese momento que ella vivía en un mundo que no era el mío. Acepté que era un amor imposible, más imposible de lo que me lo empezaban a mostrar sus parientes, con todo el afán de que por mí mismo renunciara al amor de Irma. Después de que Irma anduvo un buen rato montando a la yegua... y créemelo paisano ¡se veían hermosas!, cuando desmontó y se acercó a mí sólo atiné a preguntarle— ¿Cómo se va a llamar tu yegua?

—*Deina* —me dijo—. Mi tío le puso *Reina*, pero mi sobrinita, que va a cumplir dos años y apenas empieza a hablar, le empezó a llamar así y mi tío optó por dejarle ese nombre.

Irma estaba muy contenta y quería compartir ese momento con Zapata, pero él ya no lo sentía así; ese fue uno de los días más terribles de su vida porque sufrió humillaciones ya olvidadas, comparables a las que había recibido de niño.

—No podía fingir que estaba contento, paisano; estaba triste, profundamente triste, a punto de soltar el llanto, porque sabía

desde ese momento que tenía que renunciar al amor de Irma. Con todo el dolor que llevaba dentro, me atreví a decirle: "Tu yegua vive mejor que muchos de mis familiares y que la mayoría de los de mi pueblo...". No me contestó nada. Simplemente me abrazó y me besó tiernamente. Me dolió decirle eso, paisano, pero tenía que saberlo.

Ese día por la noche, solo y su alma, Zapata le llevó a Irma, más que una serenata, un lamento de despedida, tan sólo una canción que —me había dicho— le cantaría una y otra vez. No pude acompañarlo porque quería asistir a la Facultad de Filosofía y Letras, en donde se celebraría una noche mexicana en la que el maestro Heberto Castillo daría el popular *Grito* del 15 de septiembre, lo cual nos emocionó mucho, pero irritó profundamente a Díaz Ordaz.

Las noches-madrugadas del 18 y 19 siguientes fueron doblemente aciagas para mí. Por un lado, el ejército había tomado las instalaciones de Ciudad Universitaria y capturado a cientos de estudiantes; por el otro me preocupaba mucho Zapata. Habían pasado tres días en que no sabía de él. Llegué a su departamento en la madrugada del 19 y lo encontré ahí, despierto, rasgueando su guitarra y susurrando una canción. En cuanto traspasé el umbral de la puerta me platicó brevemente cómo había terminado su relación con Irma, y en los intervalos de su relato, compungido repetía, la quiero "muncho", la quiero "muncho".

Por un rato lo escuché sin interrumpirlo, hasta que de golpe le dije, "Zapata, el ejército está dentro de C.U.". Hasta entonces se despabiló. Ya no pudimos dormir. Seguimos platicando hasta el amanecer sobre los dos acontecimientos lamentables.

Después, ya más relajados, le pregunté qué cuál era la canción que estaba susurrando cuando llegué.

—Es la que le canté a Irma de despedida y la que he seguido cantando desde hace tres días.

—Cantámela —le dije.

Entonces se transformó su rostro y empezó a cantar:

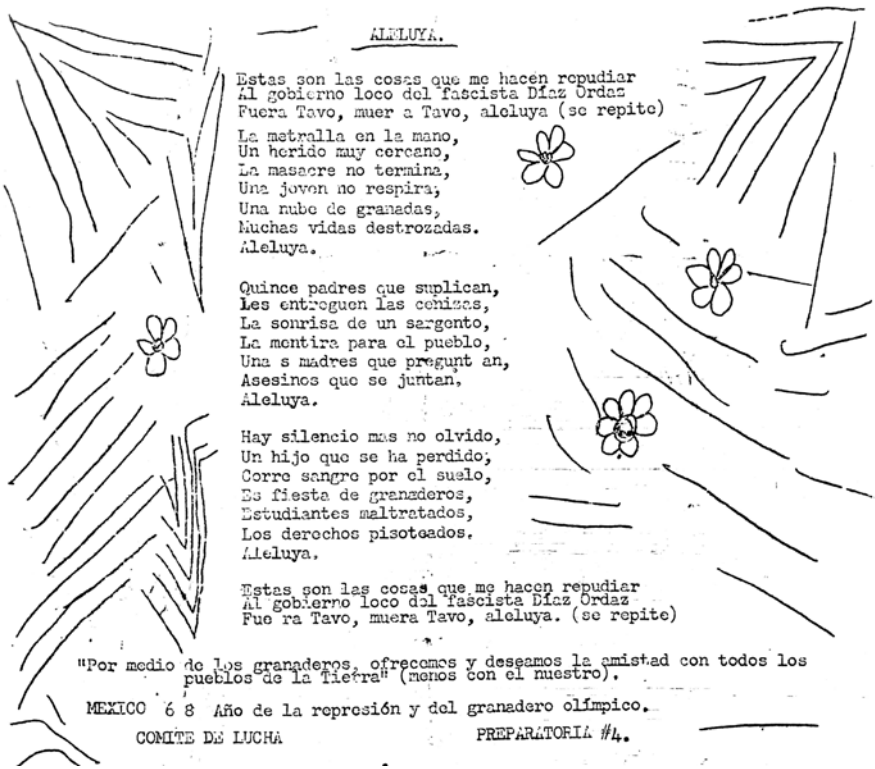
Porque soy como soy/ sin razón me desprecias. / Porque vivo entre gentes/ que dicen no son de tu altura. / No me dejan cantar / en tu reja como otros te cantan/ ni me dejan gritar que te quiero / con honda ternura. / Si de veras te vas / me lo dices de frente / si me piensas mandar una carta/ mejor ni la escribas/ este adiós corazón / te lo exijo mirando tu cara / y si ya no hay amor en tus ojos / me voy de tu vida.

—¡Puta! Qué canción tan triste —y añadí—, Zapata, estamos triplemente jodidos. Con estos pinches guiones sobre el amor que traemos, las cargas del México rural que arrastramos y la represión al Movimiento estudiantil, quién sabe qué futuro nos espera.

Después de un breve silencio, me contestó.

—Como dices que dice tu padre:

"Las tanteadas del jodido nunca salen."



ALELUYA.

Estas son las cosas que me hacen repudiar
Al gobierno loco del fascista Díaz Ordaz
Fuera Tavo, muer a Tavo, aleluya (se repite)

La metralla en la mano,
Un herido muy cercano,
La masacre no termina,
Una joven no respira;
Una nube de granadas,
Muchas vidas destrozadas.
Aleluya.

Quince padres que suplican,
Les entreguen las cenizas,
La sonrisa de un sargento,
La mentira para el pueblo,
Una s madres que pregunt an,
Asesinos que se juntan,
Aleluya.

Hay silencio mas no olvido,
Un hijo que se ha perdido,
Corre sangre por el suelo,
Es fiesta de granaderos,
Estudiantes maltratados,
Los derechos pisoteados.
Aleluya.

Estas son las cosas que me hacen repudiar
Al gobierno loco del fascista Díaz Ordaz
Fue ra Tavo, muera Tavo, aleluya. (se repite)

"Por medio de los granaderos, ofrecemos y deseamos la amistad con todos los pueblos de la Tierra" (menos con el nuestro).

MEXICO 6 8 Año de la represión y del granadero olímpico.

COMITE DE LUCHA PREPARATORIA #4.

semblanza del autor

Salvador Ruiz Villegas nació en Ameca, Jalisco, el 3 de mayo de 1942. Estudió Ingeniería civil en la Facultad de Ingeniería de la UNAM. Participó en el Movimiento Estudiantil de 1968 y estuvo preso dos años en la cárcel de Lecumberri. Al salir, junto con Heberto Castillo y Demetrio Vallejo promovió y fundó, en 1974, el Partido Mexicano de los Trabajadores.

agradecimientos

Con especial agradecimiento a los amigos que generosamente me contaron sus historias y permitieron que las escribiera.

créditos de imágenes

Los dibujos de las páginas 18, 53 y 112 son de la autoría de Jaime Goded y fueron tomados de sus ***Cuadernos de la cárcel*** • 1968 • Agradecemos su autorización para reproducirlos

Los carteles reproducidos en las páginas 54 y 64 pertenecen a la colección gráfica de Edgar Reyes Galbiatti.

Las imágenes restantes son reproducciones de volantes del Movimiento estudiantil de 1968 • colección M68 • Fondos reservados • Centro Cultural Universitario Tlatelolco • UNAM

Historias de amor rebelde

AGOSTO 68

Salvador Ruiz Villegas

Ciudad de México, agosto de 2019.

Se terminó de imprimir y encuadernar en los talleres de Navegantes de la comunicación gráfica, S.A. de C.V., ubicados en Antiguo camino a Cuernavaca núm. 14, San Miguel Topilejo, alcaldía de Tlalpan, 14500, Ciudad de México. Tel. 5243 2019.
Para su formación se utilizaron las familias tipográficas Asap, Asap Condensed y Barrio, *diseñadas por Omnibus-Type para Adobe Fonts. Los forros están impresos en cartulina sulfatada de 14 puntos y los interiores en papel bond ahuesado de 90 gramos.*

Años ***sesenta***,
días de la revolución sexual
del esoterismo A Go-Go
de la militancia política como acto de fe...

cuando perder la virginidad antes de casarse es
una acción contestataria
como enfrentar al presidente.

Son jóvenes los alquimistas del **68**:
en estas páginas revolotean
las hormonas...

AGOSTO {lectura en voz baja}

coqueteos de brigadistas;
historias nocturnas después de las marchas;
parejas que la historia unió y separó...

Salvador, dirigente estudiantil,
fue actor,
cómplice
y testigo.

TLA TELOLCO centro cultural universitario

UNAM la Universidad de la Nación

culturaUNAM